

# El desafío de Dorian

Julio Sánchez



Agosto de 2003. La extraña muerte en accidente de tráfico del conocido empresario Alonso Escámez destapa un sórdido juego. Un grupo de pretenciosos internautas, aficionados a los juegos de rol, verán perturbadas sus vidas de forma inesperada con la irrupción de Dorian, un inquietante y enigmático personaje que convertirá a un empresario de éxito, un magistrado caduco, un influyente editor y un timorato profesor de economía en marionetas de un macabro desafío.

El periodista Juan Valcárcel y la hija del fallecido tratarán de esclarecer las circunstancias de su muerte y su relación con el extraño juego, y se verán involucrados en una vertiginosa investigación relacionada con las ciudades de Ámsterdam, Londres y Fez. El universo de la pintura contemporánea se convertirá en un desconcertante trasfondo.

Julio Sánchez



## **El desafío de Dorian**



Título original: *El desafío de Dorian*  
Julio Sánchez, 2017

---



Vins

---

Revisión: 1.0  
Fecha: 21/11/2019

No soy un fulano con la lágrima fácil,  
de esos que se quejan solo por vicio.  
Si la vida se deja, yo le meto mano  
y si no aún me excita mi oficio,  
y como además sale gratis soñar  
y no creo en la reencarnación,  
con un poco de imaginación  
partiré de viaje enseguida  
a vivir otras vidas,  
a probarme otros nombres,  
a colarme en el traje y la piel  
de todos los hombres que nunca seré.

*La del pirata cojo* (Joaquín Sabina).

Gracias a los que me animaron a escribir...  
y a los que no.  
A los que me leerán...  
y a los que no.  
A los que creen en mí...  
y a los que no.  
De todos se aprende, pero especialmente,  
gracias a mi familia y a mis amigos  
por estar siempre ahí.

El autor

# I

Gritos, golpes, carreras, voces, siempre voces, un niño mirando, más gritos, más golpes, su madre implora. Voces, siempre voces y su padre arriba de la escalera, gritos, el niño entra asustado en el dormitorio, al pie de la escalera su madre, tendida en el suelo, pelo rubio, siempre pelo rubio manchado de sangre y frío, mucho frío.

Se sentó en la cama, sudaba, la sangre le golpeaba en las sienes, estaba furioso y le dolía la cabeza, el sueño volvía de nuevo, siempre el mismo sueño, no recordaba cuando empezó, pero hacía tanto tiempo que en su cabeza se confundía lo soñado y lo vivido...

La manecilla del reloj avanzaba exasperante, rondaba las cinco de la mañana cuando subió al estudio. Se enfrentó irritado al lienzo impoluto. Tomó con rabia una paleta con abundante pintura roja y golpeó la superficie de la tela cruzándola con energía; arrugó una hoja de periódico, la embadurnó con aceite de lino, dispuso sobre ella ocre, amarillo y tierra tostada y la deslizó de arriba a abajo sobre el cuadro; untó de sepia un viejo trapo y sacudió las partes del lienzo en las que el blanco aún dominaba obstinado. La imagen cobró vida. Sonrió, se sentía más tranquilo.

En la siguiente exposición, algún pretencioso crítico de arte resaltaría su meticulosidad en la elaboración del cuadro y la madurez técnica y creativa que le proyectaban como uno de los más prometedores pintores de vanguardia de los últimos años.

## II

Pasaban las diez de la mañana. El teléfono, implacable, me reprochaba la larga noche vivida en compañía del alcohol y de una lacerante dosis de terca autocompasión. Cuando, a regañadientes, percibí el lugar que ocupaba en el mundo, decidí descolgar el auricular. Al otro lado de la línea, Tobías, un compañero de redacción, un auténtico pelmazo cargado en las mismas proporciones de deseo de agradar y de la dudosa virtud del desatino, me fustigaba con su indulgente recordatorio: la viuda de Escámez me esperaba esa misma mañana. El redactor jefe ya me previno la tarde anterior; debía escribir cuanto antes un artículo decente que presentar al director.

Una vez conseguí evitar las admoniciones de Tobías, afronté con empeño de cruzado la difícil labor de afeitarme, tomar una ducha fría y vestirme de forma apropiada para la entrevista. Tras un café bien cargado, decidí que mi atención y reflejos no soportarían enfrentarse a la carretera y tomé un taxi desde el hotel donde me hospedaba hasta la casa de la viuda.

Dos días antes había recibido el encargo del director del periódico. Llevaba varias semanas cuestionando mi eficacia como redactor —no sin razón—. Desde que volví de México, me resultaba hartamente aburrido sentarme en la redacción de un diario insulso en el que, convenientemente parapetado, veía discurrir mi vida, con más pena que gloria, aunque eso sí, cómodamente apalancado. No dudé en aceptar una necrológica que, en otros tiempos, me hubiera parecido insultante. Ahora, suponía una vía de escape y, cuanto menos, unos días fuera de la redacción sin rendir cuentas a nadie.

El artículo, melosamente laudatorio, debía retratar a un conocido empresario, fallecido en accidente de tráfico, muy unido a sectores influyentes de la economía y la política. Su muerte se produjo en medio de una extraña lucha económica entre los miembros de varios grupos empresariales que, directa o indirectamente, dirigía.

El taxista, que me abocaba al domicilio de los Escámez con mayor celeridad de la que mi estado de ánimo hubiera deseado, detalló las bondades del difunto y de su capacidad para los negocios. Excusó su fuerte carácter, necesario en un hombre hecho a sí mismo, y resaltó que había repartido mucho dinero en la comarca y que todos debían mostrarse agradecidos. Aunque últimamente había pasado más tiempo en su casa de Madrid, añadió que era en Cañamero donde se sentía feliz. Los paisanos eran muy discretos y encubrían sus correrías, aseguraba sonriendo mientras me deleitaba a través del espejo retrovisor con una ristra de dientes negros y torcidos.

Nos acercábamos a la casa familiar, situada en las afueras de Cañamero, en un profundo valle atiborrado de cepas de alarije a punto para la vendimia. Tras varias curvas pronunciadas, la carretera se estrechaba y, de uno de sus recodos, partía un camino privado al que accedimos tras identificarme en la caseta de un guarda que, aburrido, leía la sección de deportes de un periódico de la competencia.

Agradecí que llegáramos para dar descanso a mis oídos de tanta pleitesía; por lo demás, no

me interesaba lo más mínimo la necrológica que debía escribir.

Tardamos unos diez minutos en acceder a la vivienda, una regia casona de principios del siglo veinte en perfecto estado de conservación, casi tanto como su propietaria, una mujer rubia, de unos cincuenta años muy bien llevados, de elegancia innata, y a la que se le adivinaba una especial facilidad para ponerte en tu sitio sin perder un ápice de displicente afabilidad.

En el salón, me dejó claro que el empeño del periódico en escribir sobre su marido, aunque aceptado por ella, no había sido idea suya. Mientras insistía en este punto y me animaba a ser rápido y discreto, me alcanzó una taza de té negro con cardamomo y canela, *chais*, le llamó, al tiempo que me obsequiaba con una pretenciosa media sonrisa.

No era mi intención defraudarla. Para mí era la excusa perfecta para no oír a mis jefes durante unos días y no esperaba conseguir el *Pulitzer*. Por ello, no me sorprendió, ni tampoco me ofendí, cuando me acercó un *dossier* sobre el difunto que incluía toda la información relevante sobre su vida. Era innegable que había previsto hasta el último detalle para confeccionar un maravilloso artículo, que sería leído por el efímero compromiso de poder comentarlo en sociedad.

—Bien, señor Valcárcel —recalcó—. Me espera una reunión importante y llego tarde. No me gustaría robarle más tiempo, así que, si dispone de suficiente información y no desea nada más, le rogaría que me disculpase —acompañó sus palabras levantándose de la butaca—. Cualquier cosa que necesite, no dude en llamar y mi secretaria le facilitará lo que precise, concluyó con un ademán tan tajante como casi imperceptible, con el que finiquitó nuestra conversación.

Me despedí de ella. Sin duda, una deliciosa partida de *bridge* o una apasionante sesión de manicura requerían su presencia.

Un circunspecto empleado de la viuda de Escámez me trasladó de regreso al hotel.

Durante el trayecto, intenté en vano establecer cierta complicidad con él. En parte para romper el incómodo silencio, pero también por si podía relatarme algo de interés. Resultó inútil. Estaba bien aleccionado y no hubo manera de sonsacarle información sobre su fallecido jefe. ¡Qué distinto del taxista!, pensé.

Una vez en mi habitación, decidí que lo mejor era recopilar cuanto antes toda la información necesaria para el reportaje y disponer de un par de días libres para mí, con la excusa de profundizar en la vida del señor Escámez. Compondría un artículo fácil de escribir, tirando de oficio que se dice, un poco de niñez austera, un duro trabajo en su juventud, resaltar su notoria habilidad para los negocios, pasar de puntillas por un matrimonio a todas luces de conveniencia y finalizar con la figura del prohombre aficionado al golf y a la caza que protagonizó algunas de las jugadas de ingeniería económica más audaces de los últimos tiempos. Por supuesto, dejaría de lado las innumerables investigaciones a las que fue sometido y que solo sirvieron para evidenciar su poder sobre la vida económica, política y judicial de este país.

A las dos horas, ya tenía pergeñado un perfecto e insípido artículo sobre un hombre influyente y despótico del que casi nada me interesaba. Sin embargo, y pese a ello, no conseguía quitarme de la cabeza esa extraña sensación que me había perseguido durante toda mi vida y que, sin duda, había sido la causa de muchos sinsabores. También de algunos aciertos.

Con esa sensación dejé la habitación del hotel buscando un lugar tranquilo donde tomar una copa que mitigase el todavía pegajoso calor de septiembre.

Callejeando, entré en un local que soportaba mal el paso de los años, aunque su decadencia le concediera cierta familiaridad acogedora, posiblemente debido más a mi estado de ánimo que a



mis preferencias hosteleras.

Me acomodé al final de la barra, en un pequeño y ajado sofá, dispuesto a estrenar la noche con un güisqui, mientras hojeaba los periódicos de principios de agosto de 2003. Encontré un artículo sobre el accidente que acabó con la vida de Alonso Escámez. Según el articulista, el vehículo se salió de la carretera cuando circulaba a 200 kilómetros por hora por una recta con total visibilidad y a plena luz del día. Había vagos indicios de que otro vehículo podía estar involucrado, aunque este punto no había sido suficientemente aclarado. A causa del brutal impacto, fallecieron el propio Escámez, de cincuenta y siete años de edad, su chófer y hombre de confianza, Jacinto. La escueta nota acababa con una breve reseña sobre la importancia del finado.

Dudaba entre un segundo güisqui o retirarme discretamente al hotel cuando se sentó a mi lado una atractiva joven de poco más de veinte años, morena, delgada y bastante desaliñada, pese a llevar ropa de las mejores marcas. Demasiado preocupada en aparentar naturalidad, mantenía una pose forzada de muchacha rebelde, de las que gastan en unos pantalones raídos más de lo que costaría mi alojamiento.

No creo en las casualidades, ni tampoco que la sugerente muchacha se sintiese atraída por mí, así que o me había tocado el premio gordo de las ofertas sexuales de ese mes o venía buscando algo que, por el momento, no acertaba a vislumbrar.

Me preguntó si era Juan Valcárcel. Ella se presentó como Laura, la hija de Alonso Escámez. Me había visto conversar esa misma mañana con su madre.

Le había hablado de mí y del interés del periódico en confeccionar un artículo sobre su padre. Le contó que, después de nuestra entrevista, mantuvo una conversación con alguien de mi periódico para informarse sobre mí y no pareció quedar muy satisfecha con mis antecedentes profesionales, sobre todo en lo referente a los sórdidos motivos que me habían llevado a renunciar a mi corresponsalía en México para una conocida televisión privada.

La madre de Laura también refirió ciertos escauceos con la mujer de un político local de la ciudad de Veracruz que me incitaron a cambiar de aires. Devaneos que, he de reconocer, nunca negué con la suficiente resolución. En ciertos lances resulta preferible la cautela antes que la decencia.

El solícito informante había afirmado que yo era un buen periodista. No obstante, aseguró a la madre de Laura que nada de lo que escribiese sobre Escámez vería la luz sin antes ser supervisado por el redactor-jefe, según órdenes expresas de la dirección, y, una vez finalizado el artículo, podría leerlo antes de publicarlo.

La insistencia de Laura empezaba a atosigarme, así que la interpele sobre la razón de su enojosa impertinencia. Pretendía que averiguase la verdad sobre la muerte de su padre. Hacía más de un año que andaba metido en actividades extrañas y Laura intuía que su muerte no había sido accidental.

Sin fundamento alguno, las dudas de Laura me parecieron propias de una caprichosa joven con pocas obligaciones, demasiado tiempo para pensar y convencida de que una palabra suya bastaba para que tomase en serio que una trama funesta había acabado con la vida de su padre.

Pero algo en su expresión me hizo considerar que la sensación padecida al concluir el artículo sobre su padre no me atacaba solamente a mí. Laura tampoco creía en los epitafios escritos con letras doradas, así que, pese a mi escepticismo, me dispuse a escucharla.

Desgranó detalles sobre los últimos meses en la vida de su padre y pese a que su

comportamiento distaba mucho de ser un ejemplo de empatía nada avalaba un asesinato. Presumía que su padre se había buscado enemigos en los ámbitos económicos, financieros, empresariales o políticos en los que se movía. Su carácter, dominante y huraño, le había llevado, incluso, a múltiples enfrentamientos con sus colaboradores más directos, sin menospreciar una conducta disoluta que había enturbiado las relaciones familiares, aunque siempre mantuviera las apariencias propias de su preeminente posición social.

Presentía que había cometido un error al dejarla continuar, pero hubo un detalle curioso que atrajo mi atención. Su padre utilizaba un apartado de correos donde recibía mensajes y, aunque desconocía de quién, Laura especulaba sobre una amante, que despechada podría haberse vengado.

Reconocerás —insistía— que resulta extraño que un hombre con la posición económica de mi padre disponga de un apartado de correos secreto situado, además, en la oficina del pueblo más cercano a nuestra casa y no en los alrededores de su despacho en Madrid donde, al fin y al cabo, pasaba la mayor parte del tiempo.

No es tan extraño que buscara cierta confidencialidad —repuse—. Precisamente por su posición social, como tú dices, no gozaría de la conveniente intimidad y quizá necesitara la independencia que le proporcionaba el empleo de un apartado postal. No es ningún delito hacer uso de ese servicio. Y que tú lo ignoraras no significa que fuera secreto. Y lo de las citas amorosas... no tiene sentido —apostillé para no darle más pie.

La historia resultaba rocambolesca. Un hombre como Escámez no precisaba comunicarse con una supuesta amante por medio de un apartado de correos y, aunque chocante, yo le suponía un destino bien distinto cómo manejar información comprometedor, sin utilizar los conductos oficiales acostumbrados, sobre los innumerables y turbios negocios inmobiliarios de los que había sido acusado. En cualquier caso, aquello resultaba más sugerente que el panegírico que debía escribir y no tenía nada más provechoso que hacer en un par de días. Me comprometí a remitir al periódico el artículo que a la viuda le gustaría leer, pero accedí a acompañar a Laura a la oficina de correos y averiguar cualquier información interesante sobre el citado apartado postal y su relación con la muerte de Alonso Escámez. Incluso acepté mantener una entrevista con el cabo encargado de la investigación sobre el accidente de tráfico que ocasionó su fallecimiento.

Laura, más relajada, siguió repasando el anecdotario familiar plagado de engaños, reproches, anhelos y sinsabores. Poco a poco fui desconectando mientras apuraba el segundo güisqui que, finalmente, me decidí a pedir.

Al día siguiente, nos vimos antes de las diez, frente a la estafeta de correos. Laura trajo la llave del apartado. Su padre la llevaba cuando sufrió el accidente y la Guardia Civil se la entregó junto con el resto de sus efectos personales. Fue el único familiar directo en acudir al Anatómico Forense el día del fallecimiento. Su madre se encontraba de vacaciones en Niza y no estimó necesario precipitar el regreso.

Cuando vio la llave, Laura la relacionó con lo sucedido al recordar retazos de una conversación telefónica escuchada por casualidad meses atrás. Su padre, muy alterado, indicaba a su interlocutor que estaba más que harto de lo que él calificó como «el juego».

A raíz de aquello, Laura lo siguió en un par de ocasiones. En una de ellas, accedió al interior de la oficina postal. Entonces no le pareció importante, pero ahora, tras su muerte, cobraba relevancia. La suma de todos esos detalles espoleó el interés de Laura en buscar posibles

relaciones con su fallecimiento.

Una vez en la estafeta, uno de los empleados nos mostró la ubicación del apartado postal y, tras reiterar su más sentido y artificioso pésame, retornó a su trabajo. Laura abrió la portezuela del casillero correspondiente y en su interior encontramos un sobre depositado el día anterior al accidente.

Tras abandonar la oficina de correos, subimos al vehículo de Laura y abrimos el sobre dirigido a Alonso Escámez. Su contenido se limitaba a una pequeña carta y tres fotocopias de otros tantos recortes de prensa de tres periódicos extranjeros, uno de *Ámsterdam*, otro de *Londres* y otro de *Fez*.

### III

Al principio, no le dio demasiada importancia. Le pareció un juego más en el que los cibernautas ocupaban su mal ganado ocio. Pero, tras recorrer el sitio web con mayor detenimiento, le llamó la atención que diversos usuarios anónimos propusieran desafíos más o menos arriesgados y divertidos, acompañados de apuestas económicas que, no siendo exageradas por su cuantía, aportaban un incentivo a la creatividad.

Leyó con detenimiento las instrucciones del juego y la descripción de los personajes. La idea le pareció divertida así que se registró en la página con el alias de Dorian. Poco a poco se familiarizó con los distintos desafíos, como denominaban los usuarios del sitio a las partidas, y después se relacionó con algunos de ellos movido por la curiosidad y participando con comentarios en el foro del portal. Incluso acabó proponiendo algún que otro juego más arriesgado de lo habitual.

Cuando ya empezaba a desencantarse, recibió por correo electrónico una propuesta distinta y atractiva. Debía obtener un apartado postal donde recibiría información con las instrucciones de un juego diseñado para un grupo de escogidos.

Las reglas eran sencillas. Uno de los participantes en el juego lanzaría un desafío para el resto a través de los apartados postales. Unos a otros, se remitirían la información añadiendo un detalle que aportara un grado más de dificultad al reto, reenviándolo a otro participante antes de transcurrir cuarenta y ocho horas.

Un día, determinado previamente y solo conocido por el primer desafiante, convertido para ese juego en el maestro-organizador, la rueda se detendría. El participante que, en ese momento tuviese en su poder el reto, debería ejecutarlo en un plazo inferior a dos semanas. Si lo finalizaba con éxito, percibiría el dinero alcanzado por las apuestas efectuadas por todos los socios. En caso contrario, abonaría a cada uno el doble de lo apostado.

El secretismo y *lo prohibido* le excitó. Las ganancias eran lo de menos. A sus cuarenta años le sobraba dinero y tiempo. Además, parecía que ese juego estuviera hecho para él. Le gustaban los retos arriesgados y la estética de la ilegalidad que aparentaban sus nuevos compañeros le atraía. Y decidió unirse al selecto grupo.

Tiempo después, recibió en su apartado de correos un desafío, una propuesta divertida. En el interior de un sobre grande, encontró varios más pequeños: el primero de ellos contenía un reto consistente en sustraer un objeto de valor de un domicilio privado y una apuesta de 3.000 euros; el siguiente sobre contenía un recorte de una revista de sociedad donde se observaba un matrimonio posando al pie de las escaleras de su mansión y junto a ellos, colgado en la pared, un fotomontaje de Marcel Duchamp, también se adjuntaba una nota igualando el envite anterior; en el tercero de los sobres, junto a la consabida aceptación de la apuesta de 3.000 euros, encontró la hoja de un calendario, pertenecía al mes de noviembre de 2002 y tenía señalados los días 1 al 14; el cuarto y

último sobre, además de la nota igualando la postura, acompañaba una fotografía de una conocida galería de arte de Madrid en cuyo interior debería dejarse la obra sustraída.

Decidió retener el desafío hasta que recibiese el aviso de que él debería ejecutarlo. A los pocos días recibió por correo electrónico un curioso mensaje: «*El guerrero deberá cumplir el desafío*».

Espoleado resolvió ponerse en acción. Localizó la casa, consiguiendo la revista y leyendo con detenimiento el reportaje. Sus propietarios formaban parte de la aristocracia intrascendente de papel cuché, personajes que llenaban las páginas de las revistas del corazón. Ella, hija de un terrateniente andaluz enriquecido en los tiempos de la dictadura como contrapartida a su apoyo al régimen durante la posguerra; él, un político advenedizo, pura fachada corrupta y decadente, acostumbrado a sonreír en los cócteles de sociedad buscando el sol que más calienta. La mansión se situaba a las afueras de Madrid, una lujosa urbanización poblada por nobles venidos a menos, banqueros con aires de grandeza, prostitutas de altos vuelos y empresarios con fortunas de dudosa procedencia empeñados todos en flotar en su propia mierda.

Lo más complejo del reto era entrar en la casa. Aunque uno de los participantes había previsto esa circunstancia al elegir las fechas. El día seis de noviembre el matrimonio celebraba una fiesta en honor de su hija mayor, una de esas puestas de largo para presentar en sociedad una nueva cachorra sosa y mojigata que no dudará en entregar su virginidad al primer mentecato adinerado que, a cambio, le permita mantener el nivel de vida que, papi y mami, le han enseñado a venerar.

Aprovecharía el barullo para entrar en la casa. Después, no le sería difícil aguardar a que finalizase el grotesco evento, sustraer el fotomontaje y salir fingiendo la fractura de una de las ventanas desde el exterior. Las medidas de seguridad están diseñadas para disuadir a los intrusos, pero no para evitar la huida, caviló.

Acudió a la mansión pasadas las ocho de la tarde. Hacía casi una hora que habían comenzado a llegar los invitados, la mayoría le parecieron de una detestable cursilería fruto del poco gusto que concede el exceso de capital combinado con una patente falta de clase. No le sorprendió la facilidad para colarse en la fiesta, su elegancia y aplomo siempre le habían franqueado muchas puertas. Hábil conversador y de buena presencia sabía encandilar a quien fuera necesario, por lo que nadie sospechó. Tampoco repararon en que, tras la marcha del último invitado, a eso de las once de la noche, él aún no había salido de la mansión.

Permaneció oculto en un trastero, bajo la escalinata que aparecía fotografiada en la revista. Esperó a que la empresa de *catering* abandonase la casa, una vez retirados los restos de la fiesta, incluido un espantoso pastel con el que premiaban la puesta de largo de la futura hortera de clase, pretendidamente, alta.

Cuando el silencio inundó la casa, se cercioró de que todos durmieran y, a eso de las dos de la madrugada, descolgó el Duchamp, desarmó el marco y se apoderó de la composición fotográfica. En ese instante lamentó el escaso riesgo del desafío. También ideó proponer al grupo algo más complejo e inquietante que burlar a unos pobres pazguatos.

Salió de la casa por la puerta de la cocina y, ya en el exterior, rompió una de las ventanas. Se deslizó por el jardín y, entre madreSelvas y jazmineros, saltó el murete que separaba la casa de un camino vecinal que transcurría junto a una arboleda donde había aparcado su coche, un imponente *bugatti* blanco.

Pocos días después, los periódicos seguían relatando lo desconcertante del expolio, máxime

cuando los restos de la obra de Duchamp aparecieron esa misma noche, medio carbonizados, en la puerta de una galería de arte. Ese detalle inclinó a la policía a pensar en un acto de venganza contra los propietarios del original fotomontaje.

Sin embargo, solo había sido su manera magistral de reinterpretar el juego, aportando al desafío un toque de sublimación que le rescatara de la mediocridad. En la reseñada galería se exponía en esos días una de las mejores colecciones itinerantes de Duchamp. Una bella ironía.

## IV

El cabo de la Guardia Civil Alberto Cifuentes nos había citado a las cinco de esa misma tarde. Nos recibió en su despacho. El calor sofocante superaba la capacidad de un destartado ventilador que, más que refrescar, expandía su monocorde zumbido por la habitación como testigo sordo, que no mudo, de nuestra entrevista.

Cifuentes se mostró juicioso y colaborador, no en vano conocía a Alonso Escámez desde hacía veinte años y sentía verdadera devoción por él. Rechoncho y con un largo mostacho pelirrojo, parecía sincero cuando afirmaba que nadie tenía más interés que él en descubrir si el accidente pudo ser provocado. Comprendía que no iba a ser fácil que Laura admitiera la estúpida muerte de su padre, pero no podía basar su investigación en los sentimientos.

—Laura —dijo afable— sabes que quería mucho a tu padre. Él me ayudó cuando me dieron este destino e incluso me echó una mano al principio con algún trabajillo fuera de horas. También sabes que haré todo lo que esté en mi mano para aclarar por qué Jacinto conducía a 200 kilómetros por hora en una carretera local que transitaba con frecuencia, pero no puedo inventar indicios que expliquen tus temores.

Puso sobre la mesa el atestado sobre el accidente y lo abrió por el informe técnico remitido al juzgado de instrucción. En el folio trece se describían, entre otros datos, las características de la vía por la que circulaba el *Mercedes* de Alonso Escámez, la anchura de la calzada, los márgenes de la vía... En el punto del accidente, el trazado era recto, aunque previamente discurría entre curvas no muy pronunciadas y con un perfil en ligero descenso. El accidente se produjo a plena luz del día, el tiempo era bueno y soplaban viento débil.

El pavimento se encontraba en buen estado, aunque la ausencia total de huellas de frenada en el firme resultaba curiosa. Eso indujo a pensar en un primer momento que el conductor se había dormido al volante. Una hipótesis difícil de encajar con el hecho de que el accidente se produjo a las catorce horas y el vehículo llevaba recorridos apenas diez kilómetros desde que salió de casa de Escámez.

El informe resaltaba que en el arcén de la derecha existía un pequeño talud en el que se habían encontrado huellas de fricción que señalaban el lugar por donde el vehículo abandonó la carretera, chocando con un ribazo que actuó como rampa y lo elevó para, tras estrellarse dando varias vueltas de campana, acabar empotrado contra un árbol.

Finalmente, el informe evaluaba la velocidad en función de la distancia recorrida y del brutal impacto que produjo la desaceleración, y estimaba la misma en torno a los ciento noventa y siete kilómetros por hora. La vía tenía un límite máximo de sesenta.

—La causa de la muerte de ambos, según la autopsia —añadió— fue debida a un politraumatismo con destrucción de órganos vitales. La investigación ha sido exhaustiva y nada implica a un agente externo que provocara el accidente. Tampoco se han encontrado restos de

alcohol o drogas en el conductor, de sobrada experiencia, he de añadir. Vamos, que, en resumidas cuentas, no hay ningún indicio que justifique mantener abiertas las diligencias.

Laura, que hasta ese momento había seguido atenta y en silencio las explicaciones del cabo, interrumpió preguntando sobre el otro vehículo que algunos testigos aseguraban haber visto huir a toda velocidad.

Cifuentes concretó que se trataba de un único testigo y que, además, no había sido testigo directo del accidente. Se trataba de un pastor que, desde lo alto de un peñasco, observó a lo lejos un vehículo blanco al final de la recta donde volcó el *Mercedes*. De ser cierta esa apreciación, probablemente hubiese podido circular, incluso, por delante del coche de Alonso Escámez y ni siquiera ver el accidente. De todas maneras, Cifuentes se mostró dispuesto a interrogar de nuevo al pastor para descartar cualquier omisión y reiteró su compromiso de hacer cuanto estuviera en su mano, pero debíamos entender que, sin pistas, tarde o temprano, debería cerrar un caso que, hasta ahora, mantenía abierto por tratarse de quien se trataba. Pese a todo y con la boca pequeña, tuvo que reconocer que la forma en la que se produjo el accidente carecía de toda lógica.

Mientras volvíamos en coche a la ciudad, Laura, enfrascada en sus pensamientos, no abrió la boca. Sus fascinantes ojos verdes volaban perdidos más allá de los márgenes de la carretera, entre bosques y tierras de labor. Quizá necesitaba aclarar la muerte de su padre para no enfrentarse a los silencios del pasado.

—¿Sabes qué recuerdo me queda de mi padre? —dijo finalmente.

—¿Cuál? —pregunté.

—Ninguno —sentenció tras un leve suspiro—. Al menos, esa sensación tengo. Para ser justa, ninguno reciente. No es que de mi madre conserve demasiados recuerdos —añadió con amarga ironía—. Se ocupa más de recaudar fondos para sus buenas obras y de sus actos sociales que de mí. Pero, no sé... Nos limitamos a vivir en la misma casa y ella aún está viva. En cambio, mi padre... Es como si desde niña hasta ahora no hubiese transcurrido el tiempo o que hubiese vivido en otro lugar. No sé si siento la muerte de mi padre o la del padre que jugaba conmigo de pequeña. Sé que es egoísta, pero me siento enojada con él y al tiempo culpable por desperdiciar estos últimos años.

Traté de animarla. Le hice ver que vivía una sensación natural ante la pérdida de un ser querido, más aún en su caso, una mujer joven que empezaba a forjar su propia vida. Intenté persuadirla de que no debía ser muy dura consigo misma.

—La muerte de tu padre es irremediable, así que no te empeñes en estropear los recuerdos, son lo único que te quedará de él. Es normal que ahora veas las cosas de forma negativa, pero no te tortures, lo grave no es que te sientas culpable por el tiempo perdido, sino que te acabase gustando sentir lástima de ti misma —atiné a decir, con mayor o menor fortuna.

Me miró fijamente, no sé si agradecida por el consejo o barajando fundirme con la mirada por entrometido, así que aliviado por haber llegado a nuestro destino opté por traer a colación nuestra entrevista con Cifuentes y sortear una situación incómoda. Mi fuerte nunca fue dar consejos y menos a las mujeres.

Tras digerir la información sobre el extraño accidente de Alonso Escámez nos encontrábamos de nuevo en el mismo bar de la noche anterior. Intentábamos hallarle significado al sobre encontrado por la mañana. Las tres fotocopias correspondían a tres periódicos de *Ámsterdam*, *Londres* y *Fez*.



Al parecer, describían de forma sucinta la muerte violenta de tres individuos en cada una de las ciudades. Del periódico londinense extrajimos que Scotland Yard carecía de información relevante sobre el asesinato de un hombre que había aparecido con el cuello seccionado en las inmediaciones de Regent's Park. Respecto a los otros recortes deberíamos esperar a poder traducirlos.

Si sorprendentes fueron los recortes, no resultó menos llamativa la carta que los acompañaba. Había sido enviada por un individuo que se lamentaba de lo que él calificaba como una broma de dudoso gusto y echaba en cara al padre de Laura que se prestase a semejantes desatinos. El remitente no quería imaginar que Escámez se plantease, si quiera, aceptar el desafío, y amenazaba con contarlo todo a la policía, aunque pudiera verse perjudicado por lo que hasta entonces había sido solo un juego descabellado. El sobre no llevaba remitente y en uno de los márgenes aparecía sellado en tinta un casco con unas pequeñas alas.

El asunto se tornaba más atractivo de lo que cabía esperar cuando me confiaron el artículo, hasta el punto de que en ese momento me hallaba desconcertado.

Laura recordó dos datos que podían guardar relación. Entre los efectos personales que le entregó la Guarda Civil se encontraba la cartera de su padre. En su interior, descubrió una nota en la que se leía «*sigue el juego*». Le resultó extraña pero no le dio más importancia y al cabo de unos días se deshizo de ella. Ahora se arrepentía.

El otro detalle fue que, pocos días antes de su muerte, encontró a su padre en su despacho. Se mostró muy nervioso y esquivo al verse sorprendido junto a la chimenea, donde se consumían restos aún humeantes que, según dijo, no eran más que viejos documentos sin ninguna utilidad.

—No quiero decir que mi padre no pudiese tener motivos para hacer desaparecer cartas o lo que fuera, pero me extrañó que lo hiciese en casa y no en la oficina, donde se supone que tendría la información comprometedoras —reflexionó en voz alta—. Y luego, esa nota...

## V

Recostado en una impecable *chaise lounge vintage*, contemplaba la obra en la que trabajaba. Atardecía un día frío y lluvioso de mediados de diciembre y cuanto más observaba el lienzo, más indigno le parecía. Se exasperaba.

Nada especial le transmitía ese estúpido esperpento de manchas de color insulsas y despreciables. Lo único que se le ocurría era prenderle fuego o lanzarlo por la ventana del estudio.

Dos horas largas examinando la tela le habían reportado una fuerte migraña y una visceral irritación que le calaba hasta la médula.

Se levantó bruscamente y furioso. Tomó una espátula y destripó el lienzo arrancándole la poca vida que tenía. Le tranquilizó. Al menos, reflexionó, nadie vería semejante mediocridad.

Más tranquilo, conectó su ordenador y revisó el correo electrónico. Ni rastro de GmasterJyR. Esa misma mañana, en su apartado de correos, tampoco había ningún mensaje.

Hacía más de un mes desde que cumplió el desafío y no había recibido ninguna noticia. Se inició en el grupo convencido de lo estimulante del juego, pero resultaba patético ver cómo los caprichosos buscadores de emociones fuertes no eran más que cobardes con ínfulas de intrépidos. Jamás habrían llevado a cabo ninguno de sus pretenciosos juegos.

Se sintió defraudado. Creyó que sus compañeros de juegos gustaban de experiencias insólitas y, sin embargo, había comprobado que solo eran un hatajo de indolentes. En parte, también se sentía reconfortado. Se había reafirmado ante la dificultad de aceptar un reto y ejecutarlo hasta sus últimas consecuencias.

Anduvo rebuscando en su memoria, rememorando cómo se había relacionado con ellos. Le habían atraído sus discusiones en el foro de [www.justasyretos.com](http://www.justasyretos.com). Le divertían las disquisiciones pseudofilosóficas de los pobladores que le habían animado más de una tarde en que la desidia y el hastío le invadían.

En especial, recordaba una perorata de PierrotleFou65 sobre el bien y el mal y la libertad como capacidad de elegir y asumir las consecuencias. Solo los fuertes eran verdaderamente libres, sostenía, ya que la libertad existía cuando se transgredían las normas de la sociedad, circunstancia que únicamente podía permitirse a una élite a cambio de dirigir a la plebe. Por ello gozarían de inmunidad por el bien de la mayoría.

Sandeces. El autor de esas reflexiones, con toda seguridad, no sería más que un vulgar y engreído bravucón.

Cuando el Gran Maestro le propuso formar parte de un grupo especial junto a él mismo, a PierrotleFou65, a Hermes y a Unicornio, lo encontró divertido. Incluso, le pareció curioso el sistema empleado para comunicarse por medio de un apartado de correos. Le aportaba cierta intriga adicional.

Sin embargo, con el paso del tiempo constató que los desafíos no pasaban de pequeños actos vandálicos impropios de personas de pro. La apuesta en la que intervino había sido la más arriesgada e intuyó que, pese a haber retenido el desafío para ejecutarlo él mismo, muy probablemente así lo hubieran preparado.

Habían intentado manipularlo. Quizá vieron en él a un incauto y buscaron divertirse a su costa. El tiro les había salido por la culata. No solo ejecutó el reto sino que, además, lo había sublimado cuando decidió quemar la obra de Duchamp. Les asustaba su atrevimiento. Por eso pretendieron amedrentarlo.

Recordaba que le irritó la estúpida y farisaica reacción del Gran Maestro al descubrir que había reinterpretado el desafío. Lo mejoró, sin duda, aunque el resto lo negara. Tal y como le expuso el Gran Maestro, sus compañeros de juegos le habían transmitido su profundo malestar por la decisión unilateral de Dorian. El desafío consistía en sustraer el Duchamp y abandonarlo a la puerta de la Galería de Arte. Pretendían burlar a los propietarios a los que catalogaban de nuevos ricos sin clase. Pero, de ahí a prenderle fuego mediaba un largo trecho que, bajo su exclusiva responsabilidad, debería asumir Dorian.

Aún le golpeaba en las sienes su tedioso sermón telefónico. Atender sus patéticas quejas le provocó un fastidioso y punzante dolor de cabeza, así que le advirtió que él siempre jugaba hasta las últimas consecuencias y, no solo no veía causa alguna para tanto lamento, sino que además le exigió el pago inmediato de la apuesta. No estaba dispuesto a aceptar el más mínimo intento de coacción.

El Gran Maestro, sumiso y timorato, accedió con voz temblorosa a reunirse con él esa misma tarde y zanjar el pago de la apuesta.

Puntual a la cita, se acercó hasta la mesa de una céntrica cafetería madrileña donde el Gran Maestro le esperaba. Se sentó triunfante frente a él y con la mejor de sus sonrisas le habló satisfecho de su hazaña. El Gran Maestro intentó cortar la conversación retomando su supuesta autoridad, Dorian le recordó que la idea había partido de ellos, que obraban en su poder los sobres con las condiciones del reto, lo que les involucraba de lleno en el expolio. Él, simplemente, añadió la guinda.

El Gran Maestro se quedó atónito. Debió de pensar que su pretencioso juego se le había escapado de las manos. Tenía enfrente a alguien que decía no estar dispuesto a aceptar ningún chantaje, además de amenazarlo con la información que poseía de ellos. Optó por pagar la apuesta y marcharse cuanto antes. Se levantó y, sin apenas tiempo para escuchar el fingido y cordial «hasta pronto», abandonó el establecimiento.

Observó su marcha. Confuso y nervioso, como él suponía. Le concedió cierta distancia y salió tras él. Caminó con discreción siguiendo sus pasos, apenas un par de manzanas. El Gran Maestro, ofuscado, no tomó precaución alguna y se introdujo en el *pub* de un suntuoso hotel donde le aguardaban otras tres personas. Había conseguido lo que pretendía, reunirles a todos juntos, sin duda asustados y sometidos a su voluntad.

Sentado frente al ordenador, se convenció de que el juego eran *ellos* y no los desafíos que pudieran proponerle. Lo importante para él sería demostrarles cuán mediocres se veían. Sonrió recordando sus tiempos en la Escuela de Arte, desde entonces no había vuelto a disfrutar de un desafío tan estimulante.

Aunque en un principio pensara que no merecían más que su desprecio, ahora lo veía claro, y

puesto que ese grupo de adocenados no era capaz de ofrecerle emoción, debería ser él quien se la proporcionase. Se propuso un desafío, ejecutar una obra maestra. Más tarde les retaría a que igualaran su hazaña. Sería divertido comprobar hasta dónde eran capaces de llegar.

Concibió su juego mientras el día languidecía y se deleitaba escuchando *Andrea Chenier*, en la voz de María Callas.

En su cabeza rondaba un viejo libro de viajes que pocos días antes había estado releendo, *Los destinos del pasado*. El protagonista evocaba, en plena desesperación existencial, sus experiencias personales, aprovechando como excusa sus recuerdos sobre tres ciudades que influyeron en una juventud marcada por los continuos viajes de su padre, agregado cultural de una embajada.

La inspiración irrumpió en su mente al tiempo que la Callas se desbordaba apasionada con *La Mamma Morta*. Entrelazaría las tres ciudades, Ámsterdam, Fez y Londres, con un desafío sorprendente. Después, retaría a esos palurdos, fatuos y exasperantes, a igualarlo. En caso contrario, comenzaría un nuevo y excitante juego.

A fin de cuentas, ellos habían resuelto jugar con él, y, con los desmanes cometidos, preferirían mantener la clandestinidad favoreciendo inconscientemente sus planes.

Satisfecho consigo mismo, se fue adormeciendo, mecido por la voz deslumbrante de su musa mientras finalizaba el tercer acto.

Al día siguiente, remitió por correo a cada uno de los participantes una nota donde les hacía saber que un nuevo juego se iniciaba. Todos deberían igualar un reto que él mismo ejecutaría para lo que decidió seguir el orden establecido en el libro de viajes. Su primer destino sería Ámsterdam.

A mediados de enero, un frío viento del norte azotaba la ciudad.

Había llegado esa misma mañana al aeropuerto de Schiphol y se alojó en un hotel céntrico, uno de los más lujosos de la ciudad. Desde su habitación disfrutaba de unas vistas inmejorables de la plaza Dam, dominando la entrada a uno de los barrios más atractivos de la ciudad. Esa misma noche comenzaría su primera partida.

Pasadas las ocho de la tarde, salió del hotel. En la calle, aunque con el tiempo en calma, advirtió que se avecinaba una noche especialmente fría. A paso rápido, cruzó la plaza y en pocos minutos se sumergió en el bullicio de bares y garitos, atestados pese a lo desapacible de la noche.

Recorrió las calles y salvó los canales cruzando los puentes del barrio rojo. Bajando uno de ellos, se sintió atraído por un antiguo edificio que parecía cercano a la demolición. Se encontraba a la entrada de un mugriento callejón y, a sus pies, se situaba un pequeño burdel en cuya puerta dos mujeronas discutían con un borracho. Pensó en él como *el elegido*, pero le pareció poco excitante.

Penetró en el antro y, una vez que sus ojos se acostumbraron a la escasa iluminación, observó un diminuto cuchitril con una desvencijada barra iluminada por una tenue luz roja y bordeada por tres banquetas. Las tres mujeres que las cabalgaban coqueteaban displicentes con otros tantos hombres a la caza de amor arrendado.

Al fondo del local, tras unos cortinajes, se adivinaba una puerta en la que un individuo de edad indefinida y cara de hastío vigilaba lo que parecía la entrada a los reservados del prostíbulo. Delante de una de las cortinas, junto a una pequeña mesa, se acomodaban la furcia más vieja del local y un hombre diminuto y de aspecto sucio que, magreando a la meretriz, iniciaba el fingido

cortejo. Al poco y con cara indolente, la mujer se levantó y, cogiendo de la mano a su ufano pretendiente, traspasó la puerta.

Esperaría atento junto a la barra. Tras la cortina roja, se encontraba su primer objetivo.

Ni el profundo hedor a prostíbulo barato, ni las risas escandalosas de clientes borrachos de alcohol y soledad, ni la música hortera del club que envolvía a damas de alquiler ya entradas en carnes y en mal llevados años, consiguieron que apartase la vista del reservado donde su presa trataría de sumergir sus penas entre los pechos generosos de la ramera. Se la imaginaba pendiente del reloj de la mesita de noche, mirando por encima del hombro de su fugaz amante y fingiendo con soltura un orgasmo, digno de noches más románticas, que cubriría sobradamente el desembolso realizado por el hombre de voz chillona que se descompondría al primer envite. Medio vestido, sudoroso y balbuceando una mala despedida para un peor encuentro, la dejaría recostada en el lecho a la búsqueda del pitillo de rigor que finiquitase el efímero y breve encuentro.

Le vio abandonar el reservado cerrando tras de sí la puerta y cruzando raudo la sala buscando discretamente la salida trasera del club, sin percibir la sombra que le seguía, hasta dar con sus pasos en la calle adoquinada, donde la noche fría y húmeda le depararía una última sorpresa.

Tras una paciente espera lo tenía delante, caminando encogido a causa de la gélida temperatura. Hasta ahora, la oscuridad del sórdido club y su propia apatía le habían impedido fijarse en aquel individuo del que solo sabía que se llamaba Klein. Un nombre oído por casualidad mientras le servían su última copa. Le importaba poco. Tenía decidido que esa noche empezaría su desafío y él era su objetivo. Algo en su mezquina presencia le atraía.

Apretando el paso se aproximó cauto a su víctima. Cuando lo tuvo a su alcance, le agarró por el cuello. Le hundió un estilete en el hígado y, mientras se deslizaba entre sus brazos confuso por el ataque y sin sentir aún el agudo dolor, le asestó una definitiva puñalada en el corazón. Lo dejó caer al suelo. De forma grotesca, quedó en una posición casi divertida, a no ser por el charco de sangre que revelaba que jamás volvería a levantarse.

## VI

No podía creer lo que estaba escuchando. Hablaba por teléfono con el director de mi periódico.

Esa mañana habían hallado el cadáver de Álex Tena, mi viejo compañero de facultad. Gracias a él, conseguí mi actual trabajo cuando tuve que abandonar precipitadamente mi corresponsalía en México.

El periódico formaba parte de los innumerables negocios que poseía un influyente grupo empresarial del que Álex era socio de peso. Al poco de contraer matrimonio, se convirtió en la mano derecha de su suegro, posición privilegiada que no abandonaría y que se vería acrecentada después de que este falleciera víctima de un cáncer de páncreas fulminante.

Abandoné Cañamero y me dirigí sobrecogido por los acontecimientos hasta Madrid, donde llegué a primera hora de la tarde. Antes de visitar a Claudia, la esposa de Álex, decidí pasar por la redacción para averiguar algo más sobre su muerte. Allí me informaron de que el cadáver apareció en el jardín. Debió de levantarse por la noche, quizá a causa de algún ruido, y sorprender a un intruso. El hecho fue que apareció junto a la puerta de la cocina, tumbado sobre los rosales, con una cuerda rodeándole el cuello y con la tráquea fracturada.

Cuando ya abandonaba la redacción, el director me preguntó sobre el artículo de Escámez, ante semejante dislate consideré contestarle de forma desairada, pero me quedé helado, al tiempo que cariacontecido añadía:

—La vida es una puta mierda. Álex se empeñó en que escribieses sobre su amigo Escámez y ahora aparece muerto, tirado como una colilla en el jardín de su casa. ¡Joder, vaya mierda!

—¿Se conocían? —pregunté sorprendido.

—Creo que el suegro de Álex tuvo negocios con Escámez. Supongo que a raíz de eso se forjó una sólida amistad. Desde luego se le veía muy afectado cuando me insistió en que te encargases personalmente del artículo.

Salí del periódico más confuso de lo que había llegado. Me presenté en casa de Álex, algo aturdido aún. Allí estaba Claudia, su mujer, acurrucada en un sillón del salón junto a una taza de café frío y rodeada de familiares y amigos que pululaban a su alrededor sin que pareciese darse cuenta de ello.

Claudia se levantó nada más verme y, abrazándome, se echó a llorar. La conocí casi al mismo tiempo que a Álex, hacía más de veinte años y aún recordaba su inocencia y su timidez. Por eso, no me extrañó su desesperación al reconocer que no oyó nada esa noche. Entre sollozos, me explicó que llevaba tiempo sin dormir bien y había tomado unos somníferos. No echó en falta a su marido hasta la mañana siguiente. Bajó a la cocina y vio la puerta abierta. Álex estaba tendido en el suelo del jardín.

—Creí que se habría desmayado —dijo entre sollozos—, tenía problemas con la tensión. Cuando me acerqué, vi su cara azulada y una cuerda en el cuello. Todos los rosales estaban rotos y

había tierra por todas partes. Le movía y no se despertaba...

La abracé. No sabía que decir. Así permanecimos durante unos minutos. Poco después, más tranquila, me relató que la policía barajaba la hipótesis de un robo, pero nada faltaba en la casa. Intenté consolarla como pude, pero resulté poco convincente. Intuía que había más que una simple coincidencia en las dos muertes. Mi instinto me decía que algo turbio se escondía detrás del accidente de Escámez y que Álex, de alguna manera, lo sabía.

Bien entrada la noche, dejé la casa de Claudia con su consentimiento para revisar el despacho de Álex al día siguiente. Albergaba la íntima esperanza de averiguar si nos enfrentábamos a algo más que un desgraciado robo. Con lágrimas en los ojos, cerró la puerta tras de mí. Me sumergí en el frescor de la noche incapaz de asimilar la información que me bullía en la cabeza. Caminé varias horas, intentando que el cansancio me ayudase a conciliar el sueño. Al llegar a casa, sentí la necesidad de hablar con Laura Escámez. Ansiaba escuchar su voz y lograr el sosiego imprescindible para ordenar mis ideas.

Al otro lado de la línea, la voz de Laura denotaba que tampoco podía dormir. Al regresar a Madrid, la dejé rodeada de sospechas y conjeturas disparatadas que ahora no me lo parecían tanto. Le informé de lo sucedido y de la extraña relación que podía existir entre mi amigo y su padre. Ella, por su parte, me confirmó lo que ya suponíamos. Había traducido los recortes de prensa con algunas ayudas y, como presumíamos, relataban otros crímenes, el rotativo holandés describía el hallazgo del cadáver acuchillado de Amadeus Klein en los alrededores de la Oude Kerk en Ámsterdam. El diario marroquí revelaba la muerte de un turista alemán encontrado con el cráneo roto en el barrio de curtidores de la Medina de Fez el-Bali.

Respecto a la amistad entre Álex Tena y su padre, no le extrañó no conocerle.

—Yo apenas mantenía contacto con sus amigos —me aclaró—. Sus negocios se habían convertido en su vida y vivía más en Madrid que en casa. No sé más que tú.

—Seguro que existe una conexión entre la muerte de Álex y de tu padre, no puede ser una simple coincidencia. He de reconocer que me siento desorientado —confesé. Cuando hablamos el otro día en Cañamero jamás imaginé que podríamos encontrarnos en semejante enredo. Y la pobre Claudia... no dejo de pensar en ella.

Colgué el teléfono y me tumbé en el sofá. Debía de estar más cansado de lo que creía porque me despertó la radio a todo volumen de la vecina. Eran casi las nueve, me vestí a toda prisa, la viuda y el despacho de Álex me esperaban.

El reloj del salón acababa de marcar las diez, y Claudia, con los ojos hinchados, me hizo pasar al despacho. Al abrir la puerta, viejos recuerdos se agolparon en mi garganta haciéndome enmudecer. Claudia, comprensiva, me dejó solo.

La habitación parecía ahora más pequeña. Descorrí las cortinas para que entrase la luz del día. El sol iluminó montañas de libros apilados por todas partes. En una de las esquinas del despacho, un escritorio clásico de persiana color caoba presidía la estancia; sobre él, el ordenador personal de Álex y correspondencia por abrir; junto al buró, encima de un confidente, algunas revistas de economía y navegación compartían polvo con viejos recortes de prensa.

Recordé su gran afición al mar y su devoción por su velero, un antiguo *ketch* espléndidamente conservado con el que había cumplido muchos de sus sueños de infancia. Paseé la vista por las paredes repletas de fotografías, recuerdos familiares, viajes, momentos felices con su mujer y con sus amigos.

Me detuve en una imagen en la que Álex, Claudia y yo reíamos. Álex, en el centro, nos rodeaba con sus brazos por los hombros. Nos encontrábamos en una pequeña taberna donde solíamos ir después de las clases. Era nuestra pequeña isla, en la que tantas veces Álex intentó abrirme los ojos.

Me senté en el sillón. Dejé que la fotografía presidiese el escritorio y, bajo su atenta mirada, revisé la correspondencia que encontré en las gavetas: cartas de bancos, publicidad, una carta de un club privado. Nada digno de resaltar, tampoco en los cajones.

Tomé del sillón las revistas y recortes de prensa, nada me llamó la atención hasta que hallé un sobre dentro de un ejemplar de la revista *Fortune* y en su interior tres postales con idéntico texto: *Para mi maestro con cariño*. Las postales reproducían diversas imágenes de tres ciudades, Ámsterdam, Londres y Fez.



## VII

Llegó a casa exhausto tras cuatro horas de retraso en el vuelo que le traía desde Holanda, un viaje relámpago que le permitió disfrutar del reduccionismo pictórico de Kasimir Malevich en el Museo Stedelijk de Ámsterdam, asistir a una improvisada sesión de *jazz* en el Bimhuis y dar comienzo a su desafío con un sutil toque de creatividad.

Sentado en el salón, se dispuso a escuchar el cuarteto de cuerda en mi menor de Verdi. Mientras flotaban los acordes en la habitación y saboreaba una copa de *brandy*, recordó la violenta excitación que percibió al sentir cómo se escapaba la vida de aquel triste individuo cuya existencia solo se justificaba para que él hubiera creado su especial desafío.

Dejó transcurrir los dos meses siguientes disfrutando de pequeños momentos gozosos, acudiendo al teatro, a conciertos de compositores noveles y preparando su próxima exposición. Hacía meses que no tenía noticia de ninguno de los miembros del club. Le daba igual, estaba dispuesto a obligarlos a cumplir su parte. Eso sería aún más divertido.

A principios de marzo recibió la carta de un viejo amigo que vivía en Londres, invitándole a pasar unos días en su casa con motivo de la celebración de su décimo aniversario desde que abandonó a su mujer por un joven camarero turco. Le pareció una espléndida idea y, aún mejor, pensó que era la excusa perfecta para retomar el juego, aunque ello supusiera alterar el orden previsto en el libro de viajes y dejar su viaje a Fez para su última aventura.

A su llegada al aeropuerto de Heathrow, le esperaba su camarada de la Academia de Bellas Artes de Bolonia, Giovanni Artero. Hacía casi diez años que no se veían, aunque habían mantenido frecuentes contactos telefónicos. Lo halló bastante más grueso y su poco pelo demostraba que por él, sí pasaban los años.

Giovanni se permitió afirmar que cada vez lo encontraba más parecido a *Dorian Gray*, el personaje de Oscar Wilde, lo cual le hizo sonreír al recordar su seudónimo en el juego. Sin embargo, y a diferencia del personaje de ficción, no necesitaba entregar su alma para triunfar. En el fondo sentía cariño por Giovanni, le parecía melosamente aleccionador. Él deseaba crear su propia perfección.

Depositó la maleta de cuero sobre la cama y paseó la vista por la habitación. Giovanni seguía tan recargado como siempre. Cuadros, *madonnas*, fotografías y mobiliario trasnochado se agolpaban en el dormitorio al igual que en el resto de la casa. Extrajo de su equipaje un pequeño regalo para Giovanni, un reloj saboneta *Waltham* de finales del XIX. Con su valioso presente, adquirido a un anticuario de Roma, bajó al salón donde le esperaba su anfitrión junto a Puccini, Turandot y dos martinis secos.

Eran casi las seis de la tarde y todavía tenían dos horas antes de acudir a un concierto de música barroca para el que Giovanni había conseguido entradas. Repasaron sus recuerdos de Bolonia, los viejos camaradas, los profesores, el claustro de la escuela y, cómo no, Giovanni

rememoró los extraños incidentes que llevaron a un estudiante al suicidio obsesionado por su inferioridad ante los demás.

Giovanni, tan ingenuo como siempre, seguía ignorando el morboso juego que llevó al alumno, cuyo nombre ni siquiera acertaba a recordar, hasta el límite de sus fuerzas en un empeño enfermizo por emularle y por evadirse de su mediocre existencia.

Superado su segundo martini, Giovanni empezó a irritarle con su recurrente nostalgia de un pasado idealizado y su continuo pesimismo existencial. Al fin y al cabo, él estaba en Londres creando su propia obra de arte y le resultaba tedioso el carácter apocado de su viejo camarada. Por suerte, se acercaba la hora de ir al concierto y los quejidos de gallina clueca de su amigo dejarían paso a un Caix d'Hervelois en todo su abigarrado esplendor.

Acomodado en el palco de la sala de conciertos imaginaba con deleite el momento en que sus socios de juegos recibirían el desafío que les aguardaba. Intuía un rictus de espanto ante un reto que les demostraría que, si deseaban jugar, deberían entregarse a fondo. Entretanto, la viola avanzaba con la dulzura soñada por el gran maestro francés y comenzaba a inundarle un sosiego especial. Giovanni acariciaba con fruición su flamante reloj de bolsillo.

La noche cerrada y fría les aguardaba a la salida del teatro. Tomaron el metro hasta el corazón del Soho y, en pocos minutos, llegaron al club donde les esperaban los amigos de Giovanni para celebrar lo que él llamaba su liberación. Se trataba de un auténtico antro gótico, repleto de gárgolas, pósteres de antiguas películas de terror y azotado por una atronadora música.

Los amigos de Giovanni ocupaban uno de los reservados. Actores sin trabajo, jóvenes artistas en busca de mecenas, pelagatos, gays de pacotilla y buscadores de la eterna juventud, le esperaban entusiasmados. La escena le resultó ridícula. Sin duda, pensó, su amigo había perdido la poca dignidad que llegó a atesorar en los remotos tiempos de la Escuela de Arte de Bolonia. Entre copas, chismes y tediosas presentaciones, acabó su primer día en Londres.

Se levantó con el día bien avanzado, tomó un par de tostadas de pan integral y una taza de té negro con un toque floral a cártamo y jazmín, y bajó a un parque cercano donde, pese a una persistente llovizna, consumió una hora haciendo *jogging* y estirando sus músculos. De vuelta, tras una ducha rápida, ojeó el periódico recién comprado y se dispuso a preparar la comida. Antes, rebuscó entre los discos de vinilo de Giovanni y encontró una vieja joya del *jazz* de Dave Brubeck, *Time out*. Conectó el tocadiscos con veneración y mientras sonaba el *Blue rondo a la Turk*, aireó un aceptable chardonnay, instante en el que Giovanni hacía su aparición en la cocina con un aspecto deplorable.

Ignorando a Giovanni, tomó del frigorífico una docena de ostras, espinacas, unas zanahorias y dos chalotas. Abrió las ostras y las separó de las conchas y reservó el agua para la salsa.

Al ritmo del *Takefive* y sus espléndidos solos de batería, cortó los rabos de las espinacas y las lavó en agua fría. Mientras se escurrían, fue pelando las zanahorias y, previamente sazonadas, les dio un hervor durante cinco minutos, al tiempo que los cambios de compás de *Three to get ready* le transportaban hasta la cazuela donde se fundía una pequeña porción de mantequilla. Sofrió las chalotas muy picadas y, antes de que se dorasen, les añadió una pizca de *curry*, removiendo la mezcla con una cuchara de madera. Añadió un poco del chardonnay y, una vez reducido, parte del agua de las ostras, dejándolo de nuevo reducir hasta que apenas quedó una cucharada sopera. Para entonces, Giovanni había retirado la joya del tocadiscos y le regalaba con el glorioso *Kind of Blue*. Entretanto, él añadía nata líquida a la salsa y la dejaba hervir suavemente durante cuatro

minutos. Sazonó las espinacas y las salteó junto con las zanahorias en apenas veinte segundos; incorporó las zanahorias y las espinacas a la cazuela, removiéndolas hasta conseguir una mezcla perfecta con las chalotas y la salsa al *curry*. En ese momento apoteósico, añadió las ostras calentándolas el tiempo suficiente para templarlas.

Las sirvió en una preciosa vajilla de Limoges, herencia de la abuela de Giovanni. Para entonces la trompeta de Miles Davis enloquecía y tuvo que abrir otra botella de chardonnay.

Las campanadas de una iglesia cercana le despertaron, marcaban las siete de la tarde. Debíó de quedarse dormido en el sillón después de la comida y del güisqui de malta. Giovanni había salido, según rezaba una nota apoyada en la repisa de la chimenea. Se sentía pletórico.

Ya en el dormitorio, eligió unos cómodos zapatos de ante, un pantalón *beige* y un suéter de cuello alto de color granate. Tomó su gabardina y ganó la calle bajando las escaleras de la suntuosa mansión. Se zambulló en la niebla y comenzó a caminar sin rumbo fijo por la ciudad.

Delante de sus ojos desfilaron hindúes, hispanos, negros, blancos, rusos, escaparates, tiendas, cafeterías, teatros, cines y *sex shops*, al tiempo que se alejaba del centro de la ciudad y la soledad de las calles se hacía propicia.

La niebla se hizo tan espesa que apenas se distinguían las luces de las farolas. Se sentía abrazado por un manto cómplice, mientras, notaba cómo los ojos se le alegraban y una sonrisa complaciente le invadía el rostro. No podía elegir una noche mejor para su segunda partida.

Vagabundé por la ciudad, dejándose guiar por sus pasos en busca de un toque de inspiración. Bordeando un parque, lo encontró saliendo de un paso subterráneo. Llevaba una vieja gabardina acostumbrada a los días de niebla, aunque no a encuentros como el que le aguardaba. Siguió caminando tras aquella gabardina sin rostro, esperando una señal que le hiciese ver si la espera había llegado a su fin.

Trascurridos diez minutos, algo le llamó la atención. Su presa se había detenido frente a una casa y miraba con disimulo por una ventana hacia un dormitorio donde, a través de los visillos, se adivinaba la figura de una mujer medio desnuda. Esta imagen le pareció la señal que aguardaba. Sintió que la escena estaba creada para él. Aprovechando la ocasión cruzó la calle decidido a añadirle un poco de color. Sin pérdida de tiempo, asió por detrás a su improvisada pareja y, sujetándole la cabeza, le deslizó por el cuello su mejor navaja barbera, seccionándole la garganta e inundando de rojo la noche sublime de su segundo juego.

La mujer, al otro lado de la ventana, proseguía con su propicio desnudo ajena a lo inestimable de su colaboración.

Satisfecho, abandonó Londres al día siguiente. Había disfrutado de un par de días en una de las ciudades que más le fascinaban. Había visitado a un viejo amigo, se había deleitado con la música del maestro Caix d'Hervelois y el *jazz* clásico de Brubek y Davis. Con esa compañía, era imposible no encontrar la inspiración necesaria para convertir su reto en arte.

## VIII

El rompecabezas carecía de sentido. Desde que descubrí las tres postales en casa de Álex, buscaba la relación entre la muerte de mi amigo y la de Alonso Escámez. Lo único que los unía eran tres postales de tres ciudades, Ámsterdam, Londres y Fez.

Una de las postales se envió desde Ámsterdam, según el matasellos el dieciséis de enero de 2003; mostraba la imagen de un canal encajonado entre pequeños edificios y surcado por un pequeño puente repleto de bicicletas apoyadas en la balaustrada. En la segunda de las postales remitida el día quince de marzo del mismo año desde Londres aparecían imágenes nocturnas del Soho. Y finalmente, la última de las postales con una vista panorámica de la Medina se remitió desde Fez, meses después, el veintisiete de mayo.

En las tres postales, aparecía idéntico texto, *Para mi maestro con cariño*, y se habían remitido en las mismas fechas en las que se produjeron los tres asesinatos relatados en los tres artículos de prensa.

Llamé a Laura y le expuse lo que hasta ese momento había averiguado. Convinimos que, al día siguiente, viniera a Madrid para acompañarme a casa de Claudia y revisar el ordenador personal de Álex. Mis conocimientos de informática no pasaban de aporrear el teclado cuando mi ordenador se quedaba colgado con un artículo que con urgencia debía presentar a mi redactor jefe.

Me costó conciliar el sueño. Hasta ahora solo parecía claro que Escámez participaba de una relación oculta con algunas personas, relación para la que utilizaba un apartado de correos secreto. Según parece, discutió con alguien sobre lo que él llamó el juego y una de estas personas, o quizá la misma, les recriminaba a las demás, principalmente a Escámez, que el juego estaba descontrolado y le advertía de su intención de acudir a la policía. Sin embargo, lo que más me intrigaba era por qué le había remitido a Escámez los tres recortes de periódico que le unían a Álex.

Cuando Laura llamó al timbre debían de ser las nueve de la mañana. Apenas me había dado tiempo a preparar el desayuno y mi cabeza aún no estaba del todo en orden. Sin embargo, ella parecía serena y descansada, como si no hubiera conducido más de tres horas desde Cañamero. Me atrevería a decir que la certeza de que el accidente de su padre encerraba un lado oscuro la hacía más fuerte.

Se sentó en un sillón junto a la ventana del mirador y se dispuso a beber una taza de café. Acabé de vestirme tratando de encontrar algo de sentido a todo lo que había estado sucediendo en los últimos días. Desde luego, no me pareció casual que Álex hubiese sugerido que se hiciese un artículo sobre Alonso Escámez y que, además, insistiera en que fuera yo quien debía realizarlo. La relación entre Alonso Escámez y Álex Tena resultaba evidente. Sin embargo, no veía tan claro qué vinculación podría existir entre ambas muertes. Había que partir de hechos, por lo que decidí centrarme en la relación entre Escámez y Álex.

Salí del dormitorio y observé a Laura, ahora de pie junto a la ventana. Sostenía la taza de café con las dos manos y bebía a pequeños sorbos. El cabello le acariciaba el rostro y su figura esbelta se perfilaba a contraluz, ensimismada, paseaba su mirada por las azoteas de la ciudad.

—La ciudad goza de vida propia en las alturas —dijo sin dejar de mirar. Es otra forma de vivirla. Desde aquí parecería que a los tejados de La Latina no le alcanzan los problemas del asfalto, se trata de un mundo aparte salpicado de áticos sorprendentes, terrazas comunales, estudiantes al sol, artistas, bohemios o escritores en busca de inspiración, también se puede disfrutar de las puestas de sol en algunas de las cafeterías que han descubierto las vistas urbanas como reclamo para sus clientes, incluso hay visitas guiadas por el techo de Madrid— le expliqué, mientras me servía una taza de café.

Con un profundo suspiro volvió a la realidad y, fijando sus ojos en mí, me preguntó qué esperaba encontrar en el ordenador de Álex que lo relacionase con la muerte de su padre.

—Álex sentía pasión por la información —le contesté—. Guardaba cualquier cosa, por nimia que pareciese. No será complicado averiguar qué tipo de relación le unía a tu padre.

Estaba seguro de que, como todo converso reciente al mundo de la informática, Álex trataría a su ordenador como si fuera su diario personal. Además, conociendo su minuciosidad con los detalles, confiaba encontrar algo de luz que aclarase eventuales relaciones entre ambas muertes.

Mientras salíamos de la ciudad recapacitaba. No había sido del todo sincero con Laura, siendo cierto todo lo que le dije de Álex, no lo era menos el hecho de que, si la relación que buscábamos se refería a negocios oscuros o a comercio con información privilegiada, no sería sencillo encontrarla. Álex sabía muy bien nadar y guardar la ropa y no esperaba encontrar pistas que le incriminaran en ese tipo de actuaciones. Sin embargo, estaba seguro de que era una hipótesis descartable. Jamás tuve la más mínima sospecha de que Álex participara en actividades de ese tipo.

Llegábamos al chalet de Claudia, cuando nos cruzamos con otro vehículo que al parecer venía de la parte trasera de la casa donde se situaba la puerta del garaje. Junto a ella, distinguí la figura de Claudia.

Aparcamos y, mientras entrábamos en la casa, Claudia nos explicó que la policía acababa de marcharse y que las investigaciones no avanzaban. Se mostró muy molesta por lo que ella percibía como un exceso de celo de los investigadores. Al parecer, insistían en lo inexplicable de que ella no hubiera oído nada esa noche, si su marido, según la autopsia, llevaba muerto entre nueve y diez horas cuando ella descubrió el cadáver.

Claudia se desesperaba, se sentía culpable por tomar tranquilizantes para dormir.

—Me acosté pronto —me dijo, acompañándonos hasta el despacho. Álex también estaba a punto de acostarse, pero debí de dormirme. Lo siguiente que recuerdo es bajar a preparar el desayuno. Era temprano, la asistenta todavía no había llegado. Entré en la cocina y observé abierta la puerta que daba al jardín. Álex estaba tirado en el suelo, encima de los rosales— añadió reprimiendo las lágrimas.

Fui sincero. Le expuse que albergaba serias dudas de que la muerte hubiera sido ocasionada por un vulgar ladrón. Se quedó helada y me hizo prometerle que hablaría con la policía. Ya en el despacho, nos pidió que la excusásemos, desconcertada no se sentía con fuerzas para ayudarnos. Además, pensaba que de poco nos serviría, Álex era muy particular para sus cosas y ella no estaba al corriente de lo que hacía. Convinimos que, si nos surgían dudas sobre alguna

información, se lo haríamos saber.

Laura no había perdido el tiempo y ya estaba sentada frente al ordenador revisando las carpetas archivadas y las diferentes aplicaciones. Empezó buscando por el nombre de su padre sin obtener resultado. Decidió buscar entre las más recientes, con la confianza de que estuviese trabajando en alguna que contuviera alguna pista. Ninguna de ellas parecía tener la más mínima trascendencia. Optó por buscar entre las distintas descargas almacenadas en el disco duro y en el historial de navegación, pero nada parecía mostrar una especial relevancia hasta que encontró un rastro. Habló de algo denominado herramientas de web. Al parecer había encontrado en ellas varios archivos antiguos de un sitio en construcción [www.justasyretos.com](http://www.justasyretos.com). Dio con lo que llamó «un archivo de logos», ficheros que mostraban varios aspectos de la plantilla web y del montaje y diseño del sitio.

—Ves esto —me indicó señalando la pantalla—, parece que tu amigo había diseñado varias páginas sobre juegos de rol o algo parecido.

Miré extrañado, sabía desde hacía tiempo que Álex era aficionado a la informática, pero no hasta el punto de confeccionar páginas webs, lo que para mí era desde luego poco más o menos lo mismo que intentar explicar en qué consistían los fundamentos de la radiestesia.

—No pongas esa cara que no es para tanto —añadió Laura divertida—. Al fin y al cabo, crear un sitio web es bastante simple. ¿O te extraña que se trate de juegos de rol?

—Ninguna de las dos me cuadra con Álex —dije sinceramente—, aunque reconozco que siempre le había gustado llamar la atención y salirse de la norma.

—¿No será que estás un poco anticuado? Hoy en día es bastante normal pasar las horas muertas con este tipo de pasatiempos, que además tienen mala fama, pero son inofensivos.

Entre tanto, Laura había accedido a la página de inicio y aparecían una serie de dibujos de corte fantástico con reminiscencias medievales mezclados con imaginaria futurista. Aparentemente, se trataba de un portal web en el que los usuarios intercambiaban información sobre juegos, ocio y entretenimiento, sin más pretensiones.

Laura anduvo rebuscando información, pero no conseguía encontrar un elemento de unión del que, al menos pudiéramos partir. Decidió centrarse en el correo electrónico de Álex y averiguar si había recibido o enviado algún mensaje en los días anteriores a su muerte.

En la bandeja de entrada del correo había varios, la mayoría posteriores a su fallecimiento, tres de ellos de publicidad, dos de una suscripción a una revista de información económica y un par remitidos desde su oficina el mismo día de su muerte. Todos carecían de interés para nosotros.

Empezaba a desanimarme cuando Laura recuperó la página de inicio y anotó una dirección de correo electrónico, [GmasterJyR@hotmail.com](mailto:GmasterJyR@hotmail.com). Acto seguido conectó con el servidor del correo. Acceder a la primera cuenta de correo había sido sencillo, ya que Claudia conocía la contraseña, pero seguro que desconocía la existencia de esta y decidí no intranquilizarla más. Nos armamos de paciencia y comenzamos a introducir fechas de nacimiento, de boda, nombres de personas allegadas, números de matrícula, distintas combinaciones basadas en el orden de las filas del teclado y un sinnúmero de posibilidades todas ellas infructuosas.

Según Laura, los expertos informáticos aseguraban que la mayoría de las claves de acceso guardaban una relación íntima y psicológica que el usuario había establecido inconscientemente entre aquello que pretendía ocultar y elementos de su vida cotidiana. Pero parecía que Álex no cumplía con esa norma.

Decepcionado, me senté en el confidente frente al escritorio, apartando las revistas de navegación apiladas sobre él. Entonces lo vi claro. Busqué frenéticamente una fotografía del velero de Álex, su califa como él lo llamaba, su *alter ego* al que trataba casi como a un ser humano y que, según repetía, se comportaba en el mar como él en la vida, franco, veloz, duro e implacable y, sobre todo, exigente con los errores de maniobra, pero noble si se le sabía llevar.

En una de las paredes del despacho, junto a la reproducción de un astrolabio náutico, había una foto de Álex al timón y en la aleta de babor se leía: *Altaïr*.

Laura, tecleó el nombre, pero no obtuvimos resultado.

—Álex no sería tan previsible —señalé.

Así que introduje un error ortográfico en la contraseña: *Altaÿr*.

Contuvimos la respiración y, como por ensalmo, la pantalla mostraba los diferentes archivos y carpetas disponibles. Habíamos conseguido acceder a la cuenta de correo.

En su bandeja de entrada había varios mensajes sin abrir. Hacían referencia a juegos, preguntas sobre las condiciones para intervenir en los retos, enlaces con noticias de interés relacionadas con los juegos de rol... De todos los correos solo dos reclamaron nuestra atención.

En el primero, recibido y abierto la misma tarde de su muerte, el remitente simplemente decía: «*Sigo esperando*», lo firmaba [Dorian@hotmail.com](mailto:Dorian@hotmail.com).

El segundo había sido enviado por [PierrotleFou65@terra.es](mailto:PierrotleFou65@terra.es).

No había sido abierto y quizá se recibiese después del fallecimiento de Álex.

El mensaje decía: «*Hermes sigue muy nervioso, piensa que es inaceptable llegar a un acuerdo, busquemos otra solución. Amenaza con contarle todo a la policía*».

Espoleados por la información, decidimos buscar en el foro del web más información acerca de Dorian, PierrotleFou65 y Hermes. En lo que se describía como una lista de pobladores, aparecían los dos últimos nombres entre los más participativos. De Pierrot se decía que era un maestro de nivel seis y desde su primera aparición, hacía ya dos años, en el verano de 2001, había publicado ciento setenta y ocho comentarios y veinticinco artículos; de Hermes se afirmaba que era un maestro de nivel cuatro, comenzó a intervenir a principios de 2002 y había publicado desde entonces noventa y cuatro comentarios y siete artículos.

Para encontrar a Dorian tuvimos que revisar todo el listado, ya que no se encontraba entre los más prolíficos. Apareció en octubre de 2002 y nada se decía de su nivel, no publicó ningún artículo, aunque constaban un total de sesenta y cuatro comentarios.

Laura fue grabando la información que íbamos encontrando para poder inspeccionarla más tarde con detenimiento. Debido a la gran cantidad de archivos, convinimos en que lo mejor era que se instalara en mi casa por unos días para dedicar tiempo a su revisión.

No fuimos conscientes de la hora, hasta que Claudia llamó suavemente a la puerta y se asomó para decirnos que nos había dejado algo de comer en la cocina. Se disculpó por ausentarse un par de horas, debía acudir a una reunión inaplazable con los abogados de Álex, aunque nos rogó que nos tomáramos el tiempo necesario y que si precisábamos cualquier cosa lo pidiésemos a la asistenta.

Casi a las cinco de la tarde nos sentábamos en la mesa de la cocina. Entre emparedados fuimos desmenuzando la relación entre Álex, PierrotleFou65, Hermes y quizá también Dorian.

Al menos, los tres primeros participaban en algún tipo de juego peligroso. No parecía tratarse de ninguno de los que concitaban el interés de los usuarios del web de Álex, pero posiblemente

estuviese relacionado con Dorian. En lo que se refería a Alonso Escámez, no habíamos encontrado su nombre en los archivos, pero si se relacionaba por el mismo medio, sería lógico el uso de un *nick* o alias.

Al finalizar la comida y mientras saboreaba una copa de grapa, Laura extrajo de su cartera un *dossier* con la documentación que habíamos recogido del apartado postal de su padre. Me tendió la carta y el sobre y me preguntó expectante:

—¿Hay algo que te llame la atención?

—Todo —contesté irónicamente.

—Observa en el margen derecho de la carta.

Se refería a un detalle en la carta en el margen derecho, a modo de *exlibris*, aparecía un pequeño dibujo impreso a tinta en el que se observaba un casco alado.

—¿Se te ha olvidado la mitología clásica? —me espetó.

Le dije que no y que podría simbolizar a Mercurio el mensajero.

—Exacto —me confirmó—. Para los griegos, el mensajero de los dioses es...

Capté su razonamiento. Quien envió la carta a Alonso Escámez fue Hermes, el mensajero de los dioses en la mitología griega, lo que sin duda casaba a la perfección con el mensaje enviado por PierrotleFou65, en el que afirmaba que Hermes estaba nervioso y amenazaba con acudir a la policía.

Habíamos establecido la relación entre ellos, aunque faltaba averiguar sobre qué giraba esa relación.

En el coche, de vuelta a casa, Laura me explicaba que los servidores informáticos y de correo, como era el caso de Hotmail o Terra, disponen de la información personal proporcionada por el usuario en el momento de abrir una cuenta de correo electrónico. Entre la información de registro, se encontraban datos personales como el nombre, apellidos, dirección, país o teléfono móvil.

—La empresa que proporciona el hospedaje del correo conoce la dirección IP desde la que se envían los mensajes, algo así como el número identificador del emisor o receptor de la información que circula por la Red y que individualiza cada terminal informático —ahora sí me sentía como un zahorí buscando agujeros negros—. El problema estriba en obtener estos datos, el obligado secreto de las comunicaciones les impide facilitarlos, a no ser que se les solicite mediante un requerimiento judicial.

Eso me trajo de la memoria un nombre y la sensación de que, quizá, era el momento de cobrar viejos favores.



## IX

El color rojizo del atardecer le recibía, mientras el taxi le acercaba hasta el hotel. Mayo le pareció un buen mes para acabar su obra. Además, aún era soportable el calor en Marruecos.

Se entretuvo observando las atestadas calles de Fez, cuyo colorido siempre le había atraído. Desde que estudió en la Escuela de Arte de Bolonia, había sentido una especie de relación amor-odio con ella. La mezcla de culturas que le dieron forma, bereberes, árabes, andalusíes o judíos, había dejado una huella indeleble. La pasión que se llegó a respirar por la cultura la convirtió en la primera ciudad con una gran universidad de las letras y las artes, por delante de Oxford o París y mostraba la grandeza de la antigua metrópolis. Pero la Fez actual manifestaba una situación de decadencia y abandono, convertida en un escaparate para extranjeros que visitan el norte de África, y que mantenía una aséptica distancia garantizada por los guías turísticos.

Permanecía sumido en esta irritante contradicción, cuando el taxi se detuvo frente a su hotel. Se trataba de un antiguo palacio a las puertas de la Medina de Fes el-Bali, la antigua Fez, situado en una abigarrada plaza donde malabaristas, tragafuegos y algún que otro encantador de serpientes entretenían a estúpidos turistas, incapaces de apreciar una ciudad que había transitado desde el misterio y la arrogancia a la farsa y la sumisión.

Se dejó caer en la cama de su habitación. Mirando el artesonado del techo reflexionó sobre lo que la ciudad llegó a ser esperanzado en qué ese recuerdo de la grandeza de la ciudad le proporcionase la inspiración para finalizar su obra maestra.

Desayunó de mejor humor. El sueño reparador le auguraba un día fructífero.

La entrada de varios turistas al comedor del hotel le hizo pensar que debía rendir homenaje al Fez milenario honrando a la vieja Medina, como un rito purificador, y elegir para su último desafío a uno de los muchos turistas que envilecían una ciudad singular a la que observaban sin sumergirse de lleno en ella, sin pudor, sin respeto.

Atravesó la plaza y entró en la Medina por la Bâb Boujeloud. Siempre le había hecho gracia ese cuento para turistas de que no se podía entrar en Fes el-Bali sin un guía, historias contadas para que los incautos contrataran por unas pocas monedas a jovencitos que les enseñasen la Medersa Bou Inania, el Hena Souq o el Fes el-Jdid.

Buscó la inspiración paseando por la Medina. Distraído con los gritos de vendedores ambulantes que pregonaban la bondad de sus mercancías, caminaba entre torneros perseguido por los atroces martillazos de los herreros, siempre inmerso en la luz y el colorido especial de Fez.

La Medina era luz y color y también olores, maderas de cedro, sándalo, incienso, especias, aceitunas, pieles... Esto le hizo pensar en los curtidores y hacia allí se dirigió apretándose contra las paredes, para dar el paso preferente a los burros de carga, esquivando los restos de aguas sucias que corrían por las calles.

El calor y las moscas no parecían alterarle mientras se deslizaba entre empujones y codazos

por las callejuelas sucias, atestadas de gente y tenderetes. El vocerío de los vendedores invitaba a un ritual regateo que habitualmente terminaba con la consentida alegría del incauto que creía haber encontrado la ganga de su vida.

Cerca del barrio de curtidores lo descubrió. Su cabeza inmensa, incrustada en una gorra minúscula atrajo su atención de entre todos los turistas que lo rodeaban.

Su aspecto grasiento y bobalicón casi le convenció. Cuando vio sus pies vestidos de sandalias y calcetines blancos acabó por decidirse. Esperaría la ocasión, pero ya no buscaría más. Se encontraba ante su tercer movimiento.

Le siguió sin disimulo, entre tanta gente no era necesario. Una sucesión de callejuelas, zocos y bazares fueron despejando la muchedumbre hasta que traspasaron la puerta del Suq de los curtidores donde su presa se separó del grupo para fotografiar unas viejas tinajas rebosantes de tinturas.

Esperó hasta que se quedó a solas y le asaltó por la espalda. Le asestó una puñalada que sirvió de poco. La enorme capa de grasa minimizó los daños. Intentó llevarlo bajo un soportal, pero mover semejante mole resultaba agotador. Empezó a golpear su cabeza contra una de las tinajas y notó como su cráneo se rompía. Oyó sus últimos ronquidos al expirar. Solo restaba deshacerse del cuerpo.

Utilizó una de las piscinas de tinte rojo situada unos metros más abajo. No tuvo más que hacer rodar el cuerpo y dejarlo caer, convirtiéndolo en un enorme muñeco escarlata.

## X

Habíamos quedado en un bar cercano a la Jefatura. Bonifacio Céspedes me esperaba engullendo un más que generoso plato de cocido. Se sentaba en la última mesa del comedor, junto a la puerta de la cocina. Mantenía el mismo aspecto sucio de siempre, grandes orejas, medio calvo y la cabeza embutida entre los hombros. Parecía mayor de los cincuenta años que, si no me fallaba la memoria, debía de rondar.

Me tendió su mano sudorosa, mientras pedía otra media jarra de vino. Estaba sorprendido por mi llamada. Hacía más de cuatro años que no sabía nada de mí. Le pregunté si seguía tan bien relacionado como siempre.

—Para el mejor *estupa* de la ciudad, todas las puertas están abiertas —me respondió ufano.

Oír el apodo de los miembros del departamento de estupefacientes de labios de uno de ellos me hizo sonreír. Me alegré por él y por mí. Empecé a preparar el terreno recordándole el desliz de un buen policía con apuros para llegar a fin de mes que, descuidado, dejó escapar cierta información sobre una importante cantidad de cocaína ubicada de manera accidental en una comisaría de un pequeño pueblo de Ciudad Real durante un fin de semana, a la espera de su traslado a la Delegación de Farmacia más cercana. La «mala fortuna» hizo que la cocaína fuera sustraída durante la noche. Nunca se encontró a los autores, ni la droga. No me hizo falta mencionar que un avisado periodista optó por no perjudicar a ese policía y silenció determinadas confidencias que le señalaban como autor de la inapropiada filtración.

—¿Y se puede saber que debería hacer ese policía para zanjar su deuda? —preguntó irónico.

No hicieron falta más preámbulos. Le expliqué que necesitaba información sobre la muerte de Álex Tena, fallecido recientemente en su casa de las Rozas, en apariencia, víctima de un robo.

Le hice ver que había varias direcciones de correo sospechosas en su ordenador personal y que necesitaba saber quiénes habían abierto esas cuentas de correo. Adorné la información con posibles amenazas por recalificaciones de terrenos sospechosas, sobornos y malversación. Así evitaría las preguntas. Le pedí absoluta discreción, y él a mí, las direcciones de correo. Le anoté las que obtuvimos de la bandeja de entrada del sitio web de Álex, PierrotleFou65@terra.es y Dorian@hotmail.com y añadí otro correo que Laura extrajo del foro de la página web, Hermes@terra.es.

Se comprometió a ponerse en contacto con quien llevaba el caso y a arreglárselas para averiguar los datos de registro que le pedí. Me explicó que no era difícil conseguir la información. Las empresas que prestaban los servicios de correo electrónico conocían los datos que yo buscaba. El problema era que necesitábamos una autorización judicial para intervenir ese correo, aunque solo fuese para averiguar el titular y los datos registrados.

—De todas maneras, —precisó— en este país los jueces conceden cualquier intervención del secreto a las comunicaciones con tal de que el oficio policial con el que se solicite la información

esté convenientemente adornado, aunque las conjeturas policiales resulten insostenibles, ya sabes, el fin justifica los medios.

Concretó que la información de Terra sería pan comido. El auto judicial se dirigiría a Madrid, domicilio social de la compañía. La de Hotmail era otra cuestión. Este servidor pertenecía a Microsoft Corporation, empresa con sede en Estados Unidos, lo que obligaba a solicitar la intervención del correo electrónico mediante Comisión Rogatoria remitida al Fiscal General de los Estados Unidos. Sin embargo, una vez en trámite y alegando la urgencia del caso, la respuesta se podría agilizar a través de la sección de Delitos Informáticos y Propiedad Intelectual del Departamento de Justicia en Washington. Se conseguiría que nos adelantaran los datos vía fax, antes de recibirlos por el procedimiento reglamentario.

Me despedí de Bonifacio, satisfecho por su predisposición algo forzada, eso sí, pero impagable. Se quedó sentado al final del comedor, despachando su segunda copa de orujo. Cuando llegué a la puerta me giré hacia él y le observé mirándome divertido. Alzó su copa y la apuró de un trago. Había que reconocer que estaba de vuelta de todo y no parecía muy afectado por mi particular manera de solicitar su ayuda. Incluso se diría que agradecía poder devolverme el favor.

Laura aguardaba impaciente mi regreso, sobre la mesa del comedor dispuso los artículos y comentarios que había impreso del foro de justasyretos.com. Al llegar a casa, apenas me dejó explicarle mi encuentro con Bonifacio. Estaba eufórica con la información que había leído y creía entrever quién era quién en este enrevesado rompecabezas.

De su periplo virtual por el foro de información, había extraído que los usuarios o pobladores, como ellos se llamaban, compartían sus inquietudes sobre juegos y desafíos en general. Muchos de ellos se limitaban a compartir información sobre juegos de rol y participar en los que nacían de la relación establecida mediante la web justasyretos.com u otros enlaces de interés a los que se remitía.

En dicho foro, se recogían mensajes de los pobladores, que ellos mismos catalogaban como artículos y comentarios. Los artículos consistían en textos extensos en los que su autor exponía distintas consideraciones a los demás usuarios; los comentarios solían ser respuestas a otro artículo o intervención publicadas previamente.

De todas maneras, lo que más nos interesa a nosotros —afirmó categórica— es el uso que ciertos pobladores hacen de una especie de subforo donde se lanzan retos o desafíos y cruzan apuestas impregnadas de magos, caballeros, damas o aventureros, en definitiva, la parafernalia típica. Juegos de rol adulterados donde la apariencia sirve de excusa para la esencia de los juegos: la realización de retos previa aceptación de las condiciones fijadas en la apuesta, incluidas las económicas.

Para ilustrar su explicación contaba con algunos ejemplos de los textos publicados por nuestros personajes. Sobre PierrotleFou65, le había llamado la atención, y he de reconocer que a mí también, sus reiteradas alusiones a un mundo utópico en el que una clase superior velara por un orden que permitiese un desarrollo vital de individuos de menor nivel que respetaran la diferencia social. Se percibía a un hombre autoritario y engreído, dotado de un ensimismamiento rayano en el delirio. Se adornaba con un discurso hueco y artificial que, sin embargo, calaba muy hondo en los usuarios del foro.

Los visionarios —teorizaba Laura— siempre pescan en las aguas de los incautos.

Uno de estos infelices era el propio Hermes. Ambos mantenían una especial relación en el

foro que, unida al correo electrónico recibido por Álex, hacía pensar que existía una relación personal más allá de la cibernética.

Hermes era un personaje que reflejaba en sus artículos una enfermiza sumisión a Pierrot. Sus temas eran los mismos, pero sus artículos solían ensalzar los absurdos delirios de este último, incluso aceptando sus tesis. Lo hacía desde el punto de vista del ser inferior que describía Pierrot y aceptaba con devoto servilismo los más altos criterios de su mentor. Cuando Pierrot era atacado por algún cibernauta asqueado de sus peroratas, Hermes aprovechaba para descargar con vehemencia contra el osado que ponía en tela de juicio las vacías soflamas de Pierrot.

De estos enfrentamientos dialécticos, Laura extrajo uno por su trascendencia posterior. A finales de septiembre y principios de octubre de 2002, diversos artículos de Pierrot que desarrollaban las mismas ideas, encontraron respuesta en un poblador llamado Wizard, también maestro de nivel seis.

—Escucha lo que le dijo a Pierrot —decía Laura divertida—: «Tu puto discurso no es más que una pose forzada de pseudointelectual de medio pelo, artificial y pretencioso. ¿Por qué no nos dejas de una puñetera vez en paz con tus estúpidas utopías de mierda?».

Sus comentarios seguían por los mismos derroteros dudando de la sinceridad de las supuestas creencias de Pierrot y afirmaba que, si fuera cierta su propuesta utópica, simplemente merecería la burla y el olvido, comparándola, además, con las modernas corrientes neonazis, «nostálgicas de un pasado abyecto y autoengañadas en un futuro imposible».

De las sucesivas réplicas y contrarréplicas, lo que más ofendió a Pierrot fue el menosprecio y la puesta en duda de sus convicciones, ofensa que encontró respuesta en Hermes, quien se embarcó en un violento ataque contra Wizard.

En este agrio debate, se produjo la mediación de un nuevo internauta, Dorian. Haciendo gala de una exquisita sensibilidad, consiguió atraer la atención de los contendientes y demás usuarios con un lenguaje y unos conocimientos filosóficos que desatascaron la discusión, presentando en sociedad al tercero de nuestros personajes.

Dorian efectuó sesenta y cuatro comentarios desde octubre de 2002 hasta mayo de 2003. Hasta el mes de diciembre se mostraba predispuesto a aceptar los desafíos y manifestaba su opinión sobre materias tan dispares como el arte, la música, la poesía, el existencialismo o el escepticismo.

—Por su forma de expresarse, diría que es una persona culta, inteligente y elegantemente discreta, con una habilidad innata para atraer a los demás —intuí cierta admiración en las palabras de Laura.

—O un manipulador —contesté yo molesto— porque parece que eso sea lo que pretende, quedarse con el personal.

Laura hablaba sin parar de lo que había descubierto y creía que el perfil psicológico que intuía podría aclarar el embrollo. La escuchaba percibiendo en ella matices contradictorios e inquietantes. Era metódica y constante, nada parecía importarle más que descubrir lo que en realidad había sucedido; incluso, en ocasiones, podría parecer algo tímida, pero se mostraba apasionada, vehemente y, cuando tenía la certeza de estar en el buen camino, sus ojos expresaban una alegría incontenible. Entonces, parecía olvidar que esta mezcla de extraños personajes, de alguna manera estimulados por mi amigo Álex Tena, el Gran Maestro, se habían involucrado en un extraño juego que había finalizado con la muerte de dos de ellos y guardaba relación con tres

extraños asesinatos cometidos en Ámsterdam, Londres y Fez.

## XI

Decidió abandonar Fez cuanto antes y, para ello, alquiló un vehículo que condujo hasta Casablanca, de cuyo aeropuerto partía un vuelo esa misma tarde. Así no tendría que esperar hasta el día siguiente.

Sufría un fuerte dolor de cabeza y una extraña inquietud inexplicable. Por fin había acabado su reto y no podía dejar de reconocer que se sentía satisfecho. Sin embargo, la imagen prostituida de la ciudad imperial siempre le acababa hastiando. Esta vez decidió cambiar sus planes y regresar de inmediato a Madrid, incluso renunció a unos días en Essaouira para no prolongar el enojo que, como una bofetada, le sobrevenía cuando enfrentaba el Marruecos real al evocado.

Anohecía cuando llegó a su casa. Al menos el vuelo había sido puntual y la migraña había remitido. Ni siquiera abrió la maleta. A la mañana siguiente, la asistenta lavaría hasta la última prenda.

Se introdujo en el baño y se duchó. Necesitaba eliminar olores y sensaciones que le irritaban. Tras unos minutos sintiendo la fuerza del agua en la nuca, y ya más relajado, cerró el grifo y, con los ojos entornados, sintió cómo se deslizaba el malestar junto a las gotas que resbalaban por su piel. Se vistió con un albornoz mientras salía del baño y, con la piel todavía húmeda, atravesó el salón. Invitó a Verdi a darle nueva vida a su amado tocadiscos, se sirvió un *armagnac Hors d'Age* y salió a la terraza de su ático.

Las luces de la ciudad le llegaban con el aire tibio de la primavera. Se acomodó en una hamaca *wave* envuelto por la fragancia de gardenias y calicantos y se zambulló en los acordes de *Un ballo in maschera* que comenzaba a sonar en el salón.

Entre hechiceras, amores imposibles, antifaces, venganzas y brebajes mágicos, avanzó la noche. El agridulce regusto que le proporcionaba Verdi se mezclaba con el agradable aroma a ciruela madura y especias del aguardiente.

Desde siempre, sentía cierto desasosiego cuando culminaba con éxito cualquiera de los objetivos que se había marcado. Surgía en él una ancestral desazón, una imperiosa necesidad de saciar un impulso íntimo de fijarse nuevos desafíos. Y pese a que esa compulsiva búsqueda de la perfección le generaba una permanente insatisfacción que, solo calmaba ocasionalmente cuándo alcanzaba su propósito, también le había inspirado sus mejores logros.

Hasta tal punto abominaba de cualquier atisbo de mediocridad que la sola sospecha de poder incurrir en ella le torturaba sobremanera y, aunque por el momento se sentía complacido y disfrutaba de su recién acabada obra, algo en su interior le compelia a sorprender a sus socios de juegos con el nuevo reto que deberían igualar, pero, reflexionó, ya tendría tiempo de eso en los próximos días. Ahora, solo quería deleitarse con una de sus más queridas óperas.

El tocadiscos apuraba los últimos compases y, mientras el gobernador de Boston mostraba clemencia con Renato, su propio asesino, una ligera punzada en el estómago le devolvió a la

realidad. Apenas había comido en todo el día y recordó que en la despensa quedaba un tarro de ventresca de atún blanco y un par de terrinas de *mousse* de trufa. Se vistió con unos pantalones vaqueros y una camisa, preparó la mesa y se dispuso a saborear la cremosa densidad de la *mousse* y la exquisita textura de la ventresca, acompañados de un *Ruinart Vintage* y de los sueños al piano de Theleonius Monk.

Cumplidas las dos de la madrugada se despertó, se encontraba relajado, física y espiritualmente. Había dormido un par de horas tras la cena y estaba especialmente lúcido. Entró en el estudio, deslizó la puerta corredera que daba a la terraza y, en unos segundos, se llenó del aire fresco de la noche. Se desprendió de la camisa y los zapatos y observó la amplia mesa en la que se disponían los tubos de pintura al óleo, acrílicos, aceite de lino, selladores, masillas, paletas, espátulas, pinceles de todo tipo, trementina, carboncillos y un sinfín de los más variados útiles de pintura, todos ellos dispuestos a intervenir en cuanto su inspiración lo demandase.

Hacía dos semanas que había adquirido un desvencijado armario, lo había destripado y extraído su tapa posterior. Reparó con masilla sus dos travesaños, tapó sus carcomidos poros con pintura selladora blanca y lo dejó colgado en la pared del estudio. Ahora, endurecida la masilla y seca la pintura, había llegado el momento de darle vida. Colocó sobre una paleta de carroceros dos porciones iguales de naranja tostado y ocre dorado. Sin mezclarlas previamente, deslizó con firmeza la paleta sobre la madera ajada describiendo una curva sinuosa como el ala de un pájaro. Reprodujo la misma curva al lado contrario. Tomó otra paleta de menor tamaño, que cargó con carmín violáceo y azul prusia, trazando una franja vertical que cruzaba las dos curvas aladas. Después, incorporó un sutil toque de siena y amarillo cadmio en el borde inferior. Se retiró unos metros, observó el resultado y dio por terminada la sesión.



## XII

El amanecer me sorprendió insomne. Tumbado en el sofá, pensaba en Álex y nuestros sueños de juventud. Echaba de menos su permisividad y sentía a flor de piel sus cariñosas burlas cuando me invitaba a disfrutar del momento y a aceptar que no todo en esta vida debía cumplir una función inexorable.

Eran otros tiempos y quizá, si hubiese pensado como él, no hubiese desperdiciado tanta energía para comprobar, al final, que lo único importante es saborear la vida hasta el último sorbo. Aunque eran muchos los traspies que había dado hasta alcanzar esta conclusión, me consolaba saber que al fin y a la postre me había aceptado tal como era. En el fondo, estoy convencido de que siempre fue lo que Álex pretendía.

Volví a la realidad cuando, a primera hora de la mañana, recibí la llamada de Bonifacio Céspedes. Tenía algo importante que contarme y necesitaba verme. Había transcurrido una semana desde nuestro último encuentro y Laura y yo habíamos cotejado la información obtenida del ordenador de Álex, buscando una conexión con su padre. Laura sostenía que la informática siempre dejaba rastros, solo era cuestión de paciencia y mantener la mente abierta.

Como de ambas virtudes andaba sobrada, la búsqueda dio sus frutos. En uno de los archivos apareció un pequeño listado con direcciones y apartados de correos entre los que identificamos el de Alonso Escámez. El archivo fue remitido por correo electrónico a la dirección de Dorian@hotmail.com el día dieciséis de octubre del pasado año y, a su vez, el apartado de correos de Dorian fue reenviado por Álex a PierrotleFou65@terra.es a Hermes@terra.es y a un tal Unicornio@eresmas.com.

Unicornio era un poblador que apareció en la página justasyretos.com a finales del verano de 2001. No fue muy prolífico, apenas escribió una treintena de comentarios y no se significó de manera especial en el foro. Parecía claro que PierrotleFou65, Hermes, Unicornio, Dorian y Álex, el Gran Maestro participaban en un juego prohibido y peligroso al margen del sitio web y se relacionaban utilizando los apartados de correos.

Con toda esta información bullendo en mi cabeza, llamé a la puerta de mi dormitorio, donde dormía Laura. Esperé en vano, hasta bien entrada la madrugada había oído sus pasos, pero ahora su sueño era tan profundo que no me atreví a despertarla. Entré y tomé algo de ropa. Laura dormía hecha un ovillo y abrazada tiernamente a la almohada. La dulce fragancia de su perfume bañaba la habitación y causaba en mí una paradójica mezcla de sosiego e inquietud.

Demasiado joven, pensé, así que, razonablemente persuadido de que sería lo mejor, opté por vestirme en el salón y acudir cuanto antes a mi cita con Céspedes.

Bonifacio me esperaba en un oscuro reservado de una pequeña cafetería situada a escasos quinientos metros de Jefatura. Sentado, leía la prensa deportiva. Del labio inferior le colgaba un palillo con el que jugueteaba nervioso, cuando me vio, sonrió y pidió café para dos.

Le había resultado fácil filtrar la información al grupo de homicidios. El hecho de que el encargado de las investigaciones fuese un antiguo compañero de correrías en la Brigada Central de Estupefacientes le abría las puertas de par en par. Además, por los resultados de alguna que otra información similar, reconocían que Bonifacio gozaba de un olfato especial para la investigación criminal.

La información de Terra se conocía extraoficialmente. En unos días, se recibiría la documentación que deberían presentar en el Juzgado.

La Juez de Instrucción, como ya preveía Bonifacio, no puso objeción alguna y cursó las solicitudes para reclamar información de las cuentas de correo e, incluso, los mensajes que pudieran conservarse. También se habían iniciado los trámites para solicitar de Microsoft la información relativa a Hotmail y, en pocos días, Washington daría una respuesta.

Parecía que la insinuación de encontrarnos en una trama de corrupción político-inmobiliaria resultaba, por ahora, suficiente. No sabía por cuanto tiempo.

Los datos de registro de ambos eran reales. Hermes era el seudónimo de Hilario Matoses Ortiz, treinta y dos años, profesor adjunto de economía en una universidad privada cercana a Madrid, y que residía en Alcorcón. Poca información más poseía la policía.

Lo siguiente suponía un problema. PierrotleFou65 era Pedro Hinojosa de los Santos, un magistrado de la vieja guardia en puertas de la jubilación que llevaba mal la pérdida de peso específico que, dentro de la judicatura, había sufrido como consecuencia de sus excesos dialécticos, sus continuas salidas de tono y sus críticas desaforadas a la cúpula del Poder Judicial. En sus argumentaciones salían a relucir la debilidad de carácter de algunos de sus miembros para, según él, limpiar las calles de morralla.

Esta perla extremista, aunque venido a menos, aún conservaba poder y ascendencia suficiente, como para que la juez que instruía el caso, apocada, irritable e insegura, no dudase ni un minuto en ponerse plenamente a su disposición. Se trataba de una sustitución temporal del juez titular a la que no le convenía llevarle la contraria a quienes estaban por encima de ella. Por este motivo, la información se retrasaría, convenientemente, unos días en llegar al juzgado. Según Bonifacio, pretendían que el juzgado solicitase a las compañías de telefonía, tanto fija como móvil, los listados de llamadas efectuadas durante el mes anterior desde los teléfonos de Álex Tena e Hilario Matoses. Por ahora, había considerado dejar al margen a Hinojosa, hasta obtener indicios más consistentes.

No le comenté nada sobre las tres muertes descritas en los recortes de prensa, ni sobre las tres postales enviadas desde las respectivas ciudades en las fechas en que ocurrieron los hechos. Tampoco revelé el hallazgo del listado con los apartados de correos.

Decidí seguir mi instinto y esperar hasta averiguar a donde nos llevaban las investigaciones. Además, había que descubrir quiénes eran Unicornio y Dorian.

## XIII

Esa mañana estaba especialmente contento. Había recibido una llamada de su representante confirmando el interés de la Galería Claude Bernard de París en exhibir sus obras. Las fechas aún no habían sido concretadas, pero en otoño podría mostrar su obra más reciente y, pese a que el repertorio se encontraba muy adelantado —llevaba preparando durante casi un año la exposición— los próximos meses iba a estar bastante ocupado ultimando la colección.

Salió a la calle orgulloso de sí mismo y feliz. Siempre había tenido una consideración especial por esa galería, y no solo por su prestigio y la proyección que alcanzaban los autores que exponían allí, sino porque suponía una muestra de distinción conseguir su aval. Sus directores no solo buscaban lo mejor para sus exposiciones, premiaban la originalidad y el estilo propios, características que le complacía sobremanera que apreciaran en él.

Esa satisfacción no le hizo olvidar su ineludible cita con el Gran Maestro. Aunque, curiosamente, este no tuviera ni idea de su próximo encuentro.

Junio se acercaba a su fin. Durante todo el mes había intentado en vano contactar telefónicamente con él y, desde finales de noviembre, no había vuelto a verle. Se mostró ridículamente desorientado. A raíz de su último encuentro, y tras la reunión que el Gran Maestro tuvo con sus acólitos en aquel bar, se preocupó en averiguar quiénes eran, uno a uno.

El Gran Maestro era Álex Tena, un trepa listillo y pretencioso, un engreído manipulador cuyo único mérito fue casarse con la hija de un rico empresario del mundo de la comunicación.

Pedro Hinojosa, PierrotleFou65, resultó ser un solitario y caduco magistrado, amante del cine europeo de los 60, y tan desfasado en su vida profesional, como su autoritario y lenguaraz personaje.

Sobre Hilario Matoses, Hermes, extrajo la conclusión de que era un estúpido sin personalidad, un auténtico botarate odioso que malvivía impartiendo clases de economía en una universidad católica. Su servil dependencia de PierrotleFou65 resultaba grotesca.

Por último, quedaba Unicornio, Alonso Escámez, un promotor inmobiliario y constructor corrupto. Pedante y soberbio, hacía gala de un comportamiento despótico y huraño inaguantable.

Completado el juego y con la información necesaria sobre los demás, había llegado el momento de pedir cuentas al Gran Maestro. Y puesto que este le colgaba el teléfono, decidió esperarlo en el aparcamiento del edificio de oficinas donde trabajaba.

Estacionó su vehículo cerca del de Álex. Esperó. A eso de las siete de la tarde le vio acercarse y, cuando se disponía a abrir la puerta de su coche, le abordó. Álex quedó paralizado al reconocer su voz impregnada de fingida cordialidad.

Apenas articuló palabra cuando le preguntó irónico si había recibido las tres postales remitidas desde Ámsterdam, Londres y Fez. Su bobalicona expresión le trajo a la memoria su último encuentro y sonrió al pensar que eso no era nada en comparación a su sorpresa cuando

averiguase el significado de las misivas.

Le preguntó por los demás, esperaba que estuviesen bien de salud y con ganas de jugar. En un par de semanas les enviaría un nuevo desafío. En esta ocasión no fijaría ninguna apuesta, una modificación que entenderían dado lo original del reto.

Al despedirse, le observó con detenimiento. Álex le miraba entre asustado e incrédulo. Le pareció tan mediocre que tuvo la impresión de que sería incapaz de imaginar hasta donde llegaría el juego.

Los siguientes días los debería emplear en ultimar los detalles de lo que él llamaba su exposición definitiva. Hasta el momento de transportar su obra aún transcurrirían dos semanas de reuniones con su agente para supervisar el empaquetado y almacenaje, así que preparó cuatro sobres, dentro de los cuales introdujo tres fotocopias de tres recortes de periódico. En cada uno de ellos se relataba el hallazgo de otros tantos individuos asesinados en Ámsterdam, Londres y Fez y una nota: *Sigue el juego*.

Al día siguiente, envió el desafío a los cuatro apartados de correos.

Sesiones eternas le mantenían absorto en los preparativos para acondicionar su obra para el transporte. La selección de las jaulas y marcos de viaje o la comprobación de que el aislante isotérmico del camión era el apropiado apenas le dejaban tiempo para nada.

Regresó de la oficina de su agente, sobre las nueve de la noche, tras firmar el contrato de seguro del transporte. El frenesí de los últimos días llegaba a su fin. Hambriento y cansado y sin descalzarse siquiera, hizo que *La Sonámbula* de Bellini fuera acomodando la atmósfera.

Al tiempo que se quitaba la ropa, conectó el ordenador. Para entonces, los aldeanos vitoreaban a Amina, y el maestro de Catania se había apropiado de su apartamento.

Se duchó rápidamente y envuelto en la toalla abrió su correo electrónico. Accedió al buzón de entrada y encontró un mensaje de Unicornio. Era su primera reacción desde que cuatro días antes lanzase su genial desafío. Le proponía reunirse con él al día siguiente por la tarde, a las siete en los jardines de la Biblioteca Nacional.

Aquello despertó su curiosidad, de Alonso Escámez se podía esperar cualquier cosa. No concertó la cita en sus oficinas de Recoletos, aunque sí cerca. Aquello le indicó que no le interesaba que alguien de su empresa los pudiera relacionar. Acudiría a la entrevista.

Apagó el ordenador y abrió una botella de *Bertani amarone*. Mientras los aromas confitados del valpolicella se desperzaban preparó la mesa en la terraza y dispuso un *carpaccio* de lomo de corzo y un poco de queso viejo de Zamora. Se sirvió una copa de vino, y al anochecer se deleitó pensando en que las piezas del juego empezaban a girar a su alrededor. Mañana sería un buen día.

Faltaba casi media hora para las siete de la tarde. Prefirió llegar con tiempo para evitar sorpresas. Se situó en los alrededores de las oficinas de Alonso Escámez, de dónde le observó salir con un individuo alto y malcarado que le acompañó durante unos minutos, hasta que se separó de él y se apostó vigilante a cierta distancia del lugar de la cita.

Alonso Escámez se detuvo junto a las escaleras y esperó hasta que Dorian hizo su aparición. La charla fue breve. Unicornio no parecía entender el juego, creía que Dorian pretendía un vulgar chantaje. Esto le hubiese ofendido, pero no esperaba gran cosa de la cerrazón mental de Escámez. Entre ofertas generosas y veladas amenazas, transcurrió la entrevista mientras paseaban por los jardines. Dorian fue claro, el reto debía cumplirse. Alonso también, él no era como los demás y sabía cómo tratar a tipos como Dorian.

Las carcajadas de Dorian resonaban en la calle cuando se alejó. Alonso Escámez, perplejo, apenas tuvo tiempo de hacer una señal a Jacinto para que saliera tras él.

Caminó despacio. Intuía que Alonso Escámez no se contentaría con una charla más digna de un matón de barrio que de un supuesto tiburón de las finanzas. Cerca de su casa se detuvo en un par de ocasiones, quería asegurarse de las intenciones de su contrincante.

Jacinto se encontraba al acecho. Mientras preparó su desafío, había tenido tiempo de estudiar a sus rivales. De todos ellos, el más previsible era Alonso Escámez. Jacinto, exlegionario y perro fiel, un auténtico pedazo de carne con ojos, se encargaba siempre del trabajo sucio.

Se detuvo por última vez en el portal de la finca, recogió el correo y subió al ático. Una vez en su apartamento, conectó el tocadiscos y dejó que *Carmina Burana* pusiera la banda sonora del atardecer de Madrid.

Se despertó al amanecer, relajado y tranquilo. Desde hacía meses, el sueño no se veía alterado por viejas pesadillas y eso lo reconfortó.

Se extrañó de que la noche hubiera transcurrido sin sobresaltos y sin noticias de Alonso Escámez, ni de su esbirro Jacinto. Quizá, y pese a todo, los hubiera sobrevalorado y Unicornio se conformara con aquel estúpido sermón.

Dedicó buena parte del día a visitar al transportista que debía trasladar sus obras a París. Le obligó a desembalar y volver a embalar algunas pinturas cuya preparación no le satisfacía, pero en general, dio su visto bueno firmando los documentos necesarios para trasladar sus lienzos a la Galería Claude Bernard.

Cenó con su agente en un pequeño restaurante familiar que conoció al poco de trasladarse a vivir a Madrid, y regresó a eso de la una de la mañana a su casa.

Estaba cansado, pero satisfecho.

Al introducir la llave en la cerradura, se dio cuenta de que algo no marchaba bien. El bombillo giró por completo al accionar la llave, así que empujó la puerta y encendió la luz.

La casa estaba patas arriba, el mobiliario roto y volcado; los libros, con sus hojas arrancadas, alfombraban el suelo del salón; sus viejos discos, pisoteados; las paredes, manchadas con grafitis y dibujos obscenos.

El estudio, por suerte ya sin ningún lienzo, era una mezcla de pinturas, aceites, masillas y demás productos y utensilios desperdigados por el suelo. Ni siquiera el pequeño jardín de la terraza se había salvado, las plantas arrancadas y regadas con esencia de trementina estaban por todas partes.

En su dormitorio, las sábanas y su ropa, rotas y manchadas y, sobre el cabecero de su cama, una pintada: *Muérete hijo de puta*.

Patético.

Lo que más le disgustó no fue el arrebato de pandillero tarado, sino que, en el fondo, su comportamiento indicaba que no le había tomado en serio. Si Unicornio hubiera valorado hasta dónde podía llegar, no se hubiera conformado con amenazarle.

Al día siguiente, adecentó como pudo la casa y ordenó a la asistenta una limpieza a fondo con absoluta discreción. Si alguien preguntaba sobre el asalto debía limitarse a contestar que le preguntasen a él.

Bajó a la estafeta de correos y remitió a Unicornio un sobre con una nota: *Sigue el juego*.

En un par de días cogería el coche y pasaría por Cañamero.

## XIV

Por fin, la llamada que tanto esperaba. Bonifacio Céspedes había recibido esa mañana la información de Hotmail y quedamos a mediodía frente a Jefatura, en el mismo café de la última vez. En esta ocasión, me acompañaba Laura. Estábamos convencidos de que debíamos revelarle a Céspedes todo lo que sabíamos.

Cuando llegamos a la cafetería, un camarero nos indicó, con un gesto señalando hacía un reservado, que Bonifacio nos estaba esperando.

Estaba sentado y sobre la mesa, un paquete de tabaco, un café y la prensa deportiva. Había revivido, parecía más joven y animado. Hasta el roído palillo que colgaba de su labio inferior parecía más ágil.

—¿Qué tal Valcárcel, cómo va todo? —me dijo cordialmente, mientras me daba una palmada en la espalda e intentaba alcanzarle una silla a Laura.

—Me acompaña una amiga —le respondí—, Laura...

—La hija de don Alonso, ¿no? —me interrumpió divertido. Y ante mi cara de sorpresa, continuó—. Bueno, cada cosa a su debido tiempo.

Comenzó a detallarnos la información que Dorian había facilitado a Microsoft al registrar su cuenta de correo. Se trataba de Óscar Wieden Quintana, nombre supuesto, a quien correspondía también una dirección falsa, salvo que viviera en una librería de lance.

Sin embargo, el número de teléfono móvil registrado en su cuenta parecía verdadero, aunque pertenecía a una tarjeta prepago lo que impedía la identificación de su propietario.

—¿Qué te parece la información? —dijo riendo irónicamente.

—Ni un nombre, ni una dirección, un teléfono prepago... tú verás —contesté decepcionado.

—¡Hombre de poca fe! Confía en tu policía preferido —bromeó, continuando tras un breve silencio—. Hemos cruzado las llamadas telefónicas realizadas entre los teléfonos de Álex Tena, Hilario Matoses y el tal Dorian. Resulta curiosa la información que se puede llegar a obtener. Según los listados de las compañías telefónicas, Álex Tena había recibido varias llamadas del tal Dorian, algunas esporádicas durante los últimos meses. Pero aumentaron en sus últimos días de vida. El día anterior y la misma noche de su muerte recibió llamadas desde el teléfono que Dorian facilitó a Hotmail. Álex Tena, a su vez, había mantenido diversas conversaciones con Pedro Hinojosa. También se multiplican en los últimos días. Incluso, después de hablar telefónicamente con Dorian el día anterior a su muerte, llamó de inmediato a Pedro Hinojosa.

Céspedes detalló también las llamadas efectuadas por Pedro Hinojosa, cuya información solicitaron a la vista de la insistente aparición de su número. Bonifacio extraía que Hinojosa mantuvo un nivel similar de contactos con Hilario Matoses durante los días previos a la muerte de Álex, llamadas que, según dijo, se habían sucedido, incluso, después del fallecimiento de mi amigo.

—Pero hay algo más —añadió circunspecto—. Como ya os podéis imaginar, cotejamos todos los números de teléfono que aparecen en los listados de llamadas que nos entregan las compañías telefónicas y, a su vez, comprobamos los que en cascada se van obteniendo, cruzando la información que recibimos. De esa manera descubrimos que Álex Tena también solía hablar con el usuario del número 607148261, que no era otro que el propio Alonso Escámez. De hecho, dos días antes de su muerte, se registraron varias comunicaciones.

Solo necesitábamos esa confirmación, Unicornio era el padre de Laura. El círculo se cerraba. Pero las sorpresas aún no habían llegado.

—Hay algo que me intriga —añadió—. El mismo día de su muerte, apenas media hora antes del accidente, Alonso Escámez recibió una llamada de cinco minutos de duración. Después de esta llamada y durante los cinco siguientes minutos, Escámez intentó devolverla, pero lo único que conseguía, a juzgar por breves y constantes tiempos de conexión, era que saltase el contestador. Después, recibió de nuevo otra llamada desde el mismo número de teléfono, a las trece horas y cuarenta minutos —dijo mirando sus notas—. Esta conexión se mantuvo hasta las catorce horas, justo en el momento en que se fija la hora del accidente. Hemos comprobado el número y el tráfico de llamadas y, desde el accidente, no ha vuelto a ser utilizado. ¿Le dice algo el número 607690143, señorita Laura? —interrogó Bonifacio.

Laura palideció y apenas logró balbucear una respuesta.

—Era mío.

—¿Hablaba usted con su padre en el momento del accidente, señorita Escámez? —insistió Céspedes.

—Por supuesto que no —dijo Laura indignada—. Esa mañana... Esa mañana perdí el móvil.

—¿Seguro? —inquirió Bonifacio.

—No me gusta lo que insinúas —intervine.

—Tranquilízate —aclaró Bonifacio—. No dudo de Laura. Conjeturo que quizá no lo extravió, sino que alguien lo sustrajo —Céspedes hizo una pausa para comprobar en nosotros el efecto de sus palabras y continuó—. Si recapitulamos, sabemos que desde el teléfono de Laura alguien llamó a su padre a partir de las trece horas treinta minutos del día de su muerte, el día seis de agosto. Hemos comprobado que desde ese teléfono se mantuvieron varias conversaciones con amigas de usted y que la última fue a la una en punto. Por lo tanto, en algún momento entre las trece horas y las trece treinta se produjo la pérdida o la sustracción. ¿Recuerda dónde estaba ese día entre las trece y las trece treinta horas?

—Creo que pasé la mañana haciendo unas compras en el pueblo —dijo intentando recordar—, mi madre estaba en Niza de viaje con unas amigas, y mi padre, descansando en la finca. Recuerdo que visité a Sonia, una amiga que regenta la cafetería del hotel del pueblo. Tomé algo en la barra y saludé a unos amigos, pero no hay nada que... Bueno, sí. Se me acercó un hombre y habló conmigo unos minutos. Me preguntó sobre alrededores dignos de visitar y sobre unas cuevas de la comarca con pinturas rupestres poco conocidas que, según él, quería ver.

Pese a nuestra insistencia, Laura no podía recordar ningún detalle sospechoso. El desconocido habló con ella y se marchó. De hecho, lo vio salir del aparcamiento conduciendo un vehículo de color claro, tampoco pudo precisarlo. Lo recordaba alto, delgado, bien vestido, de entre treinta y cinco y cuarenta años, y de pelo claro, pero poco más. Ni siquiera podía asegurar si tuvo o no la oportunidad de sustraerle el teléfono. En cualquier caso, era una pista importante. Era la única

persona desconocida con quien había hablado aquella mañana.

—¿Denunciaste la pérdida del móvil? —interrumpió bruscamente Bonifacio apeándole el tratamiento.

—Sí, claro —se sorprendió Laura—. Al día siguiente, creo. Llamé al teléfono de atención al cliente de la compañía...

—Me refiero a la policía —volvió a interrumpir Bonifacio—. ¿Lo denunciaste a la policía?

—No pensé que fuera tan importante —se excusó apurada.

—Bueno, no perdamos los nervios —intervine intentando relajar el incipiente interrogatorio—. Después del accidente de su padre, es normal que Laura no recordase la pérdida del móvil. Además, ¿se puede saber a dónde quieres llegar?

—Solo quiero aclarar ciertos aspectos, al fin y al cabo, estamos hablando de una muerte extraña, ¿no te parece? —dijo con cierto tono inquisitorial.

Laura y yo nos miramos. La mirada reprobatoria de Céspedes nos indicó que había llegado el momento de sincerarse. Había demasiadas cosas que no encajaban y resultaba evidente que Bonifacio desconfiaba. Le contamos todo lo que sabíamos. El jueguecito que se llevaban entre manos Alonso Escámez, Álex Tena, Pedro Hinojosa e Hilario Matoses, o lo que era lo mismo, Unicornio, el Gran Maestro, PierrotleFou65, Hermes y Dorian, quien quiera que fuese.

Le explicamos con todo lujo de detalles en qué consistía el juego; le hablamos de justasyretos.com; le pusimos en antecedentes de la carta que encontramos en el apartado de correos de Alonso Escámez, así como de los tres recortes de prensa que describían las tres muertes en Ámsterdam, Londres y Fez; y, por supuesto, le informamos de los detalles del accidente de tráfico que acabó con la vida de Escámez aunque, a este respecto, Bonifacio ya se había puesto en contacto con el cabo Cifuentes, una vez averiguó que en los listados telefónicos aparecía el padre de Laura, fallecido en extrañas circunstancias unas semanas antes que Álex Tena.

Desconocíamos cuál podría ser su reacción. Y el resultado no fue del todo mal. Eso sí, después de mentar a mi madre, de tratarme de bastardo y de recordarme que jugar a policías podía llevarnos a la cárcel o al cementerio. También aprovechó para mencionar que cualquier supuesta deuda entre él y yo, quedaba saldada.

Una vez desahogado, decidió que se pondría en contacto con el agente encargado de investigar la muerte de Álex. Según su criterio, habría que hablar con Pedro Hinojosa, el tal PierrotleFou65, en cuanto fuera posible, y ponerle sobre aviso, al igual que a Hilario Matoses, Hermes. También creía conveniente cruzar la información de los vuelos a Ámsterdam, Londres y Fez durante los días anteriores y posteriores a las muertes relatadas en los periódicos y esperar que llegase pronto la información definitiva desde Washington sobre Dorian confiando en encontrar alguna pista.

Contactar con Cifuentes se presumía un ejercicio interesante para repasar algunos puntos oscuros de la investigación a la luz de los nuevos datos que poseíamos. Le propusimos llevar a cabo esa gestión, ya que teníamos intención de hablar con el pastor, único testigo del accidente. Dado que el cabo y el pastor siempre habían mantenido buena relación con el padre de Laura, nos parecía aconsejable hacerlo de ese modo.

Bonifacio, a regañadientes, aceptó. Sabía que la relación entre la Policía y la Guardia Civil no era un dechado de fraternidad y admitió que Laura podría extraer más información del testigo.

Mientras Bonifacio ponía en antecedentes a su colega del grupo de homicidios, nosotros



acudiríamos a Cañamero. En apenas un par de días estaríamos de vuelta y nos entrevistaríamos con Hinojosa.

Esa misma tarde partimos hacia Cañamero. Habíamos hablado con Nemesio, el pastor, y por la noche nos recibiría en su casa. Deseoso de colaborar, parecía emocionado porque, al fin, alguien le hiciera caso.

Laura condujo su coche y tratamos de encajar las piezas durante el trayecto. Si extraño parecía el juego al que se dedicaban Álex y sus amigos, más extraña nos pareció su relación con las muertes en Ámsterdam, Londres y Fez. Pero a lo que no hallábamos explicación era a la muerte en accidente de Alonso Escámez y, mucho menos, a las llamadas telefónicas que recibió hasta su muerte, efectuadas desde el móvil de Laura.

Anochece cuando aparcamos el vehículo a la puerta de la casa de Nemesio. Vivía a pocos kilómetros de la finca de los Escámez, en una aislada y destartalada casa de una planta, situada a las afueras del pueblo, rodeada de bártulos dispersos por doquier dispuestos en una perfecta anarquía presidida por una *mobylette* roja carente de rueda delantera.

Hortensia, su mujer, nos abrió la puerta mientras se secaba las manos con un paño de cocina.

—Pasen, pasen, señoritos —casi rogó Hortensia, sonrojándose al saludar a Laura.

Según nos dijo, la conocía desde niña, cuando Nemesio aún trabajaba los campos del abuelo Escámez.

Nemesio se levantó del sillón, con más pena que gloria, y se aprestó a saludar a Laura. Menudo y enjuto, resultaba un reto casi imposible calcular su edad, sus manos encallecidas traslucían una vida de sufrimiento y penurias, sin embargo, su rostro, ajado y surcado de profundas arrugas, enmarcaba unos ojos alegres y avispados.

—Ya se lo dije al Cifu —respondió servicial una vez que Hortensia sirvió café y hubo rememorado los tiempos del abuelo de Laura—. Yo estaba arriba del barranco de la Viuda y oí un golpe muy fuerte y miré hacia la carretera y vi un coche blanco, como de carreras, parado en la curva que hay bajo el cercado de los Monteros.

—Pero necesitamos saber si cuando oíste el golpe, miraste de inmediato.

—Bueno, señorita, lo que me costó subirme a un peñasco para ver mejor.

—¿Cuándo te subiste al peñasco el coche blanco estaba ya parado? —insistió Laura.

—No estoy seguro, pero ahora que lo dice, señorita, se paró en la curva justo cuando yo llegué arriba —contestó muy seguro.

—Esa curva —me explicó Laura— está a unos cien metros de donde el coche de mi padre se salió de la carretera —se dirigió de nuevo a Nemesio, reflexiva— y te dio tiempo a subir al peñasco.

—Segundos tardé señorita, segundos —replicó.

—Bueno —sonrió complaciente Laura—, segundos, pero cuando subiste al peñasco, en ese momento mismo, el coche circulaba y se detuvo en la curva. Por lo tanto, cuando se produce el accidente debería ir detrás de mi padre.

—O delante —interrumpí yo.

—Si iba delante, ¿por qué, una vez detenido, no intentó ayudar o avisar a la policía o a una ambulancia? —reflexionó Laura en voz alta.

Si Jacinto conducía a casi 200 kilómetros por hora y el final de la recta estaba a unos 100 metros, parecía aventurado suponer que el coche blanco fuera delante del de Escámez, aunque,

desde luego más extraño parecía que la carrera finalizara con el accidente mortal de Alonso Escámez y Jacinto, y que el coche blanco se detuviera en la curva sin dar aviso. Si no fuera descabellado daría la impresión de que se detuvo para comprobar el resultado.

A las doce de la noche cruzamos la cancela de la casa de campo de los Escámez. Era tarde para visitar a Cifuentes y, en realidad, ninguno de los dos teníamos ganas de entrevistarnos esa noche con él, por lo que decidimos descansar y acudir al cuartel a la mañana siguiente. La madre de Laura, cómo no, estaba ausente, participando en una cena benéfica para recaudar fondos a favor de la instalación de comederos para cigüeñas o algo así.

La criada nos preparó algo ligero para cenar y subió a acondicionarme la habitación de huéspedes. Permanecimos callados toda la cena. Cuanto más creíamos saber, más confusos nos sentíamos. Solo apurando una copa de vino, después de cenar, nos decidimos a hablar.

—¿Tú qué crees que pasó? —preguntó Laura tomando un sorbo.

—Cada vez estoy más convencido de que tu padre y Jacinto no murieron de forma accidental. Ignoro hasta qué punto está implicado el deportivo blanco, el coche de tu padre no tenía ningún resto de pintura de otro vehículo y nadie ha comentado la existencia de huellas de frenada o cristales de otro vehículo... Es desconcertante.

—Y muy descorazonador —añadió Laura resignada—. Pensar que alguien quería matar a mi padre y lo consiguió y, sin embargo, no encontremos ninguna razón para ello.

—Quizá ese sea el problema. Intentamos encontrar una lógica en su muerte y no parece que avancemos mucho.

—Me resisto a pensar que no haya un motivo. ¿Y la llamada desde mi móvil? ¿Qué opinas?

—Tampoco le encuentro sentido. Alguien utiliza tu móvil para llamar a tu padre y le dice algo que lo obliga a contactar contigo como un loco. Después vuelve a llamar desde tu móvil y lo mantiene pegado al teléfono hasta su muerte. No lo entiendo.

—En fin, creo que tienes razón. Estamos demasiado obsesionados, quizá un poco más de vino nos ayude a relajarnos —dijo sonriendo mientras rellenaba las copas.

Tras unos minutos en los que el silencio saturaba el comedor, Laura, incorporándose en el sillón, me espetó.

—¿Qué se siente cuando te sorprenden liado con la mujer de un mexicano con la fama de machos que tienen? —dijo burlona—. Los dos metros que nos separaban se me antojaron insuficientes. Sus inquietantes ojos verdes volaban demasiado cerca de mí.

—Vaya eso sí es cambiar de tema. No creas todo lo que te cuenten —intenté rápidamente cortar la conversación.

—Bueno. ¿Y por qué no me lo cuentas tú? —prosiguió divertida.

—Es agua pasada y ya no merece más atención —añadí.

—Ya pero ahora estás aquí en gran parte por eso, y no me negarás que algo de mal llevada fama de mujeriego te ha dejado. Además, ¿no crees que debería saber si tengo algo que temer de un donjuán como tú? —insistió zalamera mientras desplazaba su sillón hasta sentarse a mi lado.

—En realidad, siento decepcionarte —dije azorado—. Natalia, que así se llamaba la mujer en cuestión, no fue mi amante y no porque no hubiera sido un placer gozar de su íntima compañía, su hermosura era celebre en todos los saraos de postín de Veracruz.

—¿Entonces? —insistió curiosa. Ahora era su dulce perfume el que se acercaba demasiado a mí.

—Nuestra relación no giraba alrededor de lo que la gente llegó a creer. Su marido era el responsable del área de transportes de Veracruz y acabó relacionado con el hampa más corrupta de México, y la única forma que se le ocurrió a Natalia de recuperar a su marido fue la de urdir un plan que le abocase a perder su relevancia política aún a costa del escándalo y para ello optó por revelarme los entresijos que ella conocía de la trama. Sostenía que su esposo no podía salir solo de semejante enredo y albergaba la esperanza de que, si ya no les resultaba útil, le dejarían en paz. Así comenzó a filtrarme información de los amigos de Rosendo Villalba, que así se llamaba su esposo, y yo, a su vez, la reenviaba, convenientemente dosificada, a un agente anticorrupción con el ánimo de que Natalia pudiera conseguir su objetivo y al mismo tiempo seguir las investigaciones que, intuía, culminarían con detenciones sonadas que esperaba cubrir en exclusiva. Pero en México nada es secreto por mucho tiempo y los amigos de Villalba comenzaron a sospechar de nuestra relación, y ante el evidente riesgo que corría Natalia preferimos fingir una inexistente aventura que arriesgamos a que algún sicario le descerrajase un tiro en la nuca, al fin y al cabo, en México aún es peor un chivatazo que un desliz amoroso. Así que me quedé sin reportaje y sin trabajo, y tuve que poner tierra de por medio. Y ahí acaba la historia.

—En fin, que en vez de un donjuán fuiste todo un caballero. ¿Siempre eres tan mirado con las damas? —susurró sugerente.

—No siempre, solo cuándo me la vida en ello... O cuándo me topo con una niña mimada y exasperante —añadí secamente.

—No te enfades, no quería incordiarte —dijo riendo—. ¿O acaso lo que temes es que la niña no lo sea tanto? —recalcó deslumbrante.

—Mejor será que lo dejemos como está —apenas acerté a decir.

Demasiado ofuscado para responder con acierto resultó un alivio escuchar el timbre de mi teléfono móvil zanjando una conversación doblemente incómoda y anunciando la inevitable llamada de mi redactor-jefe, el cual despoticaba al otro lado del auricular, quizá pensaba que de esa manera podía fundirme, o algo parecido.

Entre improperios, me recordó que no estaba de vacaciones y que, aunque hubiera fallecido mi amigo Álex Tena, lo que lamentaba profundamente, se suponía que trabajaba para el periódico, aunque de un tiempo a esta parte albergaba serias dudas de que ello fuera así, dada la inoperancia que venía mostrando para obtener una decente exclusiva que publicar.

Capeé el temporal como pude e intenté excusarme, informándole de mi investigación sobre la muerte de Álex y su posible relación con el accidente de Alonso Escámez.

—¿Qué estás haciendo qué? —Desde luego no resultó una idea brillante.

—Pero ¿qué carajo dices? ¿Tú qué te has creído, investigando las muertes de Álex y de Escámez? Pero hombre de Dios, ¿qué coño investigas? ¿Un robo y un accidente de tráfico? ¿Quién te crees, *Colombo* o *Harry el sucio*? Ya estás volviendo inmediatamente a la redacción, si no quieres dedicar el resto de tu puta vida a escribir esquelas —bramó.

Laura, intuyendo por mi tono de voz el cariz de la conversación, me hizo un gesto indicando que se iba a dormir. Entre tanto, al otro lado del teléfono mi jefe se iba apaciguando, mientras, mis ojos viajaban prendidos de las caderas de Laura, al tiempo que remontaban, rítmica y pausadamente, la escalera.

—Mira, se me está agotando la paciencia. Me han llamado de publicidad, hay que hacer caja. Tienes que entrevistar a un jodido pintor, su agente tiene mucho interés en que seas tú. No sé por

qué, ni me importa. El aprendiz de Picasso, o lo que cojones sea, ha insistido mucho en que tú le hagas la entrevista. Mañana por la mañana llamas a su agente y la concertas. ¿Entendido? —ordenó inapelable.

Me dio el número y colgó sin despedirse.

Apuraría hasta la última hora de la mañana siguiente, así podría posponerla un día más y ganar algo de tiempo.

Las entrevistas concertadas resultaban fastidiosas pero necesarias, a cambio el entrevistado o su representante facilitaban algún tipo de contrato publicitario rentable. El encargo no llegaba en el mejor momento, pero carecía de alternativa. Confiaba en no perder mucho tiempo, quizá un día o día y medio.

A la vista de que mi jefe había interrumpido la velada opté por subir a mi habitación. El día había sido intenso y a la mañana siguiente me aguardaba una larga jornada.

A las ocho Laura golpeó suavemente la puerta de mi dormitorio. Teníamos muchas cosas que hacer esa mañana y me esperaba en la cocina para desayunar. Me alcanzó el tiempo justo para una ducha rápida y revolver en mi maleta en busca de algo de ropa cómoda antes de que el reconfortante olor del café y pan recién hecho inundase la alcoba.

En pocos minutos bajé la escalera que conducía a la cocina, Laura acababa de servir la mesa, entretanto, la tía Pura nos dejaba discretamente solos. Laura conocía a la cocinera desde pequeña y me confesó que cuando estaban solas en la casa les gustaba charlar mientras trasteaban entre los fogones. La madre de Laura no compartía ese trato cercano con el servicio y, aunque su padre no solía pasar mucho tiempo en la finca, quería pensar que en el fondo le gustaba tanto como a ella. Pero los últimos años, la relación con sus padres, y la del matrimonio entre sí, se había deteriorado tanto que casi no se veían.

Acodados en la mesa de roble teñido que presidía la cocina apurábamos el desayuno. Laura necesitaba ordenar sus ideas.

—¿Por qué crees que mi padre se metió en un lío como este? —preguntó pensativa.

—No sé, quizá verdaderamente todo empezó como un juego, como una simple distracción. Ten en cuenta que tu padre dedicaba buena parte del tiempo a cuestiones que dejaban poco margen a la improvisación y necesitaría evadirse —argumenté.

—Eso lo puedo entender, pero mi padre siempre fue más bien reservado, incluso arisco para quienes no formaban parte de su círculo más íntimo —reflexionaba.

—Tú misma dijiste que este tipo de pasatiempos ofrecían una forma de ocupar el ocio en algo intrascendente y...

—Por supuesto —interrumpió vehemente Laura— pero no a costa de la vida de nadie.

—Cuando se iniciaron en este juego no imaginarían que pudiera tomarse en algo peligroso y menos aún que pudiera acabar con sus vidas, aunque te pueda parecer extraño que tu padre participase en estas actividades. No olvides que la mayoría de los miembros disfrutaban de una antigua amistad. A mí me parece más bien un club privado, excéntrico, eso sí, claro que con lo que no contaban sus socios era con la aparición en escena de un tipo como el tal Dorian —afirmé, reflexionado en voz alta.

—Espero que estés acertado —añadió resignada— veamos que averiguamos esta mañana.

Con el estómago lleno y el aire limpio de la mañana, subimos al coche. Solo estábamos a mediados de septiembre, pero el tiempo había cambiado en las últimas dos semanas más rápido

que nuestra investigación y comenzaba a refrescar.

Cifuentes seguía anidado en su despacho. Nada parecía haber cambiado desde nuestra última conversación, pero solo en apariencia.

—Recibí la llamada de vuestro amigo Céspedes —nos lanzó a la cara a modo de saludo—. ¿Acaso piensa que no sabemos hacer nuestro trabajo?

Mal empezábamos, las eternas disputas entre *maderos* y *picoletos* que habían dado al traste con tantas investigaciones. Hicimos uso de nuestra más diplomática paciencia y le recordamos que estábamos hablando de la muerte de una persona que se merecía toda la atención y que por eso Bonifacio Céspedes intentaba colaborar con sus pesquisas en otra investigación paralela, pero, posiblemente, relacionada con la muerte de Escámez. Esto pareció calmar al cabo.

No sé si su enfado era real o simplemente una pose, pero lo cierto es que sabía hacer su trabajo. Le ampliamos la información que Céspedes le había adelantado, incluidas las llamadas que recibió el padre de Laura momentos antes de su muerte. También reprodujimos fielmente la charla que habíamos mantenido con Nemesio, el pastor. El cabo nos escuchó expectante. Finalmente nos dijo:

—Cuando os fuisteis empecé a cavilar y dudé si quizá habíamos pasado algo por alto. Repasé todas y cada una de las pruebas periciales que practicamos al vehículo y la calzada, y volví a hablar con Nemesio. No encontré nada extraño. Así que decidí replantearme la investigación. Ordené levantar un nuevo atestado, incluido el croquis y el reportaje fotográfico del lugar de los hechos. Aparentemente, arrojaba idéntico resultado. Pero surgió un detalle al que no dimos importancia el primer día. Cerca del punto donde tu padre se salió de la carretera, aproximadamente a unos treinta metros por delante, observamos unas huellas de frenada de un vehículo. Comprobé un plano general de la calzada, tomado el día del accidente y ya aparecían entonces.

El cabo nos explicó que, debido a su posición adelantada y alejada del punto del accidente, y a la vista de que no existía ningún rastro de la implicación de otro vehículo no se hizo referencia alguna en el atestado inicial al suponer que se trataba de huellas antiguas y sin relación con el caso.

—Para asegurarnos, esta vez realizamos fotografías en primer plano de las huellas y un informe sobre su dirección y características. Por su anchura y dibujo averiguamos que se montan en vehículos deportivos, la mayoría de importación y de lujo. No se trata de vehículos corrientes, ni mucho menos, habituales en esta zona. Analizamos la dirección y extensión de la frenada y aunque los ABS limitan la aparición de huellas, podemos asegurar que circulaba a gran velocidad y efectuó una frenada brusca situando el vehículo en el centro de la calzada, atravesado respecto al sentido de la marcha, unos cuarenta y cinco grados. Delante de esta huella no hemos observado nada que nos permita deducir por qué se produjo el frenazo, lo que nos inclina a creer que el conductor del vehículo lo realizó de forma controlada y voluntaria, no como reacción a un incidente de la circulación.

—Y, ¿qué piensas? —preguntó Laura.

—Mi opinión, por absurdo que parezca, es que alguien conduciendo un deportivo blanco frenó bruscamente delante del coche de tu padre, Jacinto intentó esquivarlo y se salió de la carretera...

—Y después de lo que te hemos contado —Laura lo interrumpió impaciente—, ¿no pudo alguien usar mi móvil para llamar a mi padre, que salió a toda prisa de casa y persiguió a ese

vehículo hasta que se salió de la carretera y se mató?

—Bueno, tranquilízate —dijo Cifuentes—. No sabemos que te robaran el móvil para provocar a tu padre...

—¿Entonces?

—No lo sé —se excusó Cifuentes, viéndose acorralado por los argumentos de Laura—, pero lo averiguaremos. La investigación seguirá adelante el tiempo que sea necesario.

## XV

Hasta la última pieza de su colección había sido ya embarcada y esperaba lista para ser transportada a París. También se aprestaba a finalizar su juego, solo quedaban algunos cabos sueltos. Uno de ellos era Álex Tena. Por eso, lo mejor sería telefonearle de nuevo, el día anterior apenas pudo hablar con él. Álex, estaba tan asustado que le colgaba el teléfono apenas intuía su voz.

Esa misma noche volvería a llamarle, con la excusa de olvidarlo todo a cambio de dinero. Seguramente eso lo convencería para que accediera a reunirse con él. El lenguaje del dinero le resultaría familiar a Álex Tena que se sentía seguro en ese terreno, albergando la esperanza de olvidar lo que se había convertido en una pesadilla para el Gran Maestro. Por otra parte, habría hablado con Alonso Escámez y, si aquel creyó que se trataba de un simple chantaje, posiblemente Álex viese en esa entrevista una liberación.

Al fin y al cabo, si había manipulado al gran Alonso Escámez, aprovechándose de su propio ímpetu de hombre de acción, vehemente y poco reflexivo, con más razón podría engañar a Tena, apocado y engreído, combinación peligrosa para un oficiante de juegos supuestamente audaces y arriesgados.

Se sentía especialmente orgulloso de cómo había salvado el escollo de Escámez, al que consideraba un adversario digno, con poca frialdad e inteligencia, pero digno. Además, tenía una hija bastante agradable. Quizá en otras circunstancias hubiese reservado algo más de tiempo para ella y para agradecer su inestimable colaboración.

Un pueblo como ese, pocos atractivos ofrecía a una joven encantadora como ella. Así que no sospechó de un forastero simpático, educado e inofensivo que se interesaba por los alrededores y por unas pinturas rupestres poco conocidas.

Apoderarse de su móvil resultó sencillo. Como casi todas las muchachas lo había dejado a su lado, encima de la barra del bar donde sentada tomaba un refresco. Un poco de conversación y algunas sonrisas dejadas caer en el momento adecuado y, al amparo de una distracción, el teléfono y un precioso pañuelo rojo que colgaba del respaldo de su silla, fueron suyos.

Primero una llamada a Alonso Escámez. No reconoció su voz. Le dijo que le llamaba desde el móvil de su hija como demostración de la veracidad de lo que iba a escuchar. Su hija había sido secuestrada y debería acudir, cuando le avisara, a un punto situado a unos diez kilómetros de su finca conduciendo por la carretera de Cañamero a Guadalupe, siguiendo las instrucciones que le iría dando. Por supuesto, si avisaba a la policía, no volvería a ver a su hija nunca.

Durante los cinco minutos siguientes el teléfono de Laura Escámez no paró de sonar. *Papá*, aparecía en la pantalla del móvil. Lo dejó sonar una y otra vez. Se imaginaba a Unicornio desesperado.

Cinco minutos después, volvió a llamarle. Le ordenó que tomara su coche y saliera a la

carretera que le había indicado. Por el camino le instruiría sobre los pasos a seguir. Mantuvo la conversación mientras vio salir de la finca a Escámez y a Jacinto a toda prisa, a bordo del *Mercedes* del Unicornio. Circulaban a toda velocidad en la dirección que le había indicado.

La comunicación telefónica subió de tono y el sanguíneo Alonso comenzó a blasfemar y a amenazarle. Había llegado el momento de informarle de quién era. El nombre de Dorian retumbó en el móvil e imaginó la cara de Alonso Escámez durante los segundos en que permaneció callado como una tumba. Amenazó con matarle. Dorian contraatacó, Laura había sido violada por él repetidas veces. Se recreó relatándole los detalles y cómo no había parado de invocar a su padre, llorando. Esta era su manera de vengarse de él.

Oyó como Alonso le explicaba a Jacinto lo que él le iba contando, mientras los seguía con el coche. Los adelantó y, situándose delante de ellos, informó a Alonso que su hija estaba con él en el coche que en esos instantes le precedía.

Alonso pidió hablar con Laura. No podía ser, le dijo. Laura estaba en el maletero del coche medio inconsciente, esperando morir si su padre no la salvaba.

Conducía a más de 200 kilómetros por hora y Jacinto le seguía. Alonso le gritó a Jacinto lo que Dorian le había comunicado y, como buen sabueso, trataba de no perderlo de vista.

A Alonso Escámez, desesperado, no le quedaba más remedio que permanecer pegado a su móvil, escuchando con todo lujo de detalles las salvajes vejaciones que había sufrido su hija.

Se acercaba el vehículo al lugar previsto y, disfrutando con su sádico relato, Dorian repetía la poca vida que le quedaba a su hija. El destrozado padre jaleaba a Jacinto, quien no dejaba de pisar el acelerador.

Sacó por la ventanilla el pañuelo rojo que le había sustraído a Laura. Le recordó por el teléfono que su «hijita» estaba amordazada en el maletero de su vehículo, un habitáculo estrecho, tan estrecho que acababa de callarse, quizá empezara a faltarle el aire. Alonso Escámez enfurecido gritaba a Jacinto que no perdiera de vista el coche.

Para entonces se iban acercando al final de la recta. Alonso Escámez, al borde de la histeria, bramaba. Dorian miró por el retrovisor. Observó cómo el *Mercedes* le seguía. Redujo bruscamente la velocidad. Pisó el freno y poco después accionó el de mano. El coche derrapó quedándose en el centro de la calzada. Del móvil llegó el grito desgarrado de Alonso: «Jacinto mi hija... esquívalo». Jacinto, perro fiel, cumplió la orden. No pudo controlar el vehículo. Se salió de la carretera y chocó contra un árbol, tras varias vueltas de campana. Adiós Alonso, musitó satisfecho. Nunca una ficción resultó tan eficaz.

Desde entonces, había revivido con fruición lo sucedido, reconociendo que no podía haber salido mejor. Sin duda, era un genio. Ahora, aguardaba el turno de Álex.

Apostado entre los arbustos del jardín esperó a que las luces de la planta baja se apagaran a excepción de una pequeña habitación junto a la cocina. En el piso superior, el dormitorio permanecía a oscuras desde hacía unos minutos. Tomó el móvil y llamó al teléfono de la casa. Al otro lado de la línea, Álex, inquieto y sin duda sorprendido, le suplicó que no le volviera a llamar. Él le amenazó con presentarse en la casa y contarle todo a su mujer, si no accedía a hablar con él esa misma noche. Solo quería hablar del precio que deberían pagar para que desapareciera de sus vidas. Álex permaneció callado durante unos segundos y aceptó. Se había tragado el embuste. Álex apagó la luz y salió al jardín por la puerta de la cocina, con el pijama ya puesto. Su mujer ya debía de estar acostada.



Le hizo ver a Álex que se sentía defraudado. No atendía a sus llamadas e incluso no contestaba sus correos. No podía entender cómo le habían intentado engañar con ese supuesto juego arriesgado que no era más que una estúpida diversión para nuevos ricos, sin agallas para jugar hasta el final.

Álex intentó convencerle de que trataban de crear un inocente pasatiempo y no imaginaron que alguien pudiera tomárselo al pie de la letra. Jamás intentaron burlarse de él, pero si se sentía ofendido le rogaba que les perdonase.

Ridículo.

Álex solo deseaba saber cuánto dinero quería para zanjar la cuestión y desaparecer de sus vidas. Dorian insistió: le había menospreciado al no creerle capaz de llegar hasta el final, igual que Unicornio. Pero Alonso, claro está, ya no contaba en el juego.

Le contó con placer que la muerte de Alonso no había sido un accidente. Álex palideció. Su cara reflejaba su pensamiento, no le contaría esto si no le aguardase el mismo final.

La luz situada sobre el dintel de la puerta de la cocina parpadeaba. Álex se dio la vuelta. Intentó entrar en la casa. Sus piernas no le respondían. Dorian le asió por el hombro. Con una cuerda, le rodeó el cuello. La azocó con fuerza, apretándole contra sí. Álex pataleaba e intentaba liberarse en vano, las fuerzas comenzaban a fallarle. Dorian lo agitó bruscamente, blandiendo su cabeza de un lado a otro. Álex dejó de respirar. Tenía la tráquea aplastada. Su cuerpo se desplomó sobre los rosales.

Comenzaba a refrescar.

## XVI

Bonifacio Céspedes y Armando Herreros, el inspector encargado de la investigación, nos habían citado esa misma mañana a las diez. Esta vez, la reunión sería oficial, en el despacho de Herreros, en la brigada de homicidios.

Apenas habíamos tenido tiempo de acudir con Claudia a la estafeta donde Álex tenía su apartado de correos para comprobar si encontrábamos algún mensaje pendiente de recoger. El buzón se encontraba vacío. Si algo había recibido Álex desde la muerte de Alonso Escámez, ya lo habría retirado. Después, dejamos a Claudia en el centro de Madrid, cerca del despacho de sus abogados, donde debía acudir para una reunión sobre algunos asuntos que Álex dejó pendientes y que no admitían demora.

Tras identificarnos convenientemente en Jefatura, subimos hasta el despacho de Bonifacio Céspedes, quien nos aguardaba para acompañarnos hasta el de Herreros. Bonifacio quería informarnos en privado. Había puesto al día a su compañero. Su primera reacción había sido montar en cólera. Según Herreros, si le hubiéramos informado de lo que sabíamos, quizá se hubiera podido evitar la muerte de Álex Tena. Típica reacción de la policía. Buscar cualquier excusa para curarse en salud, así, si algo sale mal, ya tienen fijados a los responsables. Sin embargo, Céspedes reconoció que de poca información sería disponíamos en un principio y difícilmente hubiera podido hacer nada con lo que averiguamos en su día. Además, al fin y al cabo, le habíamos adelantado el trabajo.

Con Bonifacio, acudimos hasta el despacho de Herreros, después de recorrer un laberinto de escaleras interiores desembocamos en un anexo del edificio principal desde el cual accedimos a una ridícula escalera exterior que nos condujo por fin hasta la Brigada de Homicidios en el penúltimo piso.

Herreros nos abrió la puerta. Era un tipo alto y muy delgado con la cara marcada de viruela, mal disimulada con una barba de pelo lacio y grasiento que le confería un aspecto turbio, suavizado por unos ojos que trasmitían confianza. Nos invitó a sentarnos en un viejo sofá. Mientras Laura y yo aceptábamos el ofrecimiento, Bonifacio y Herreros hacían lo propio en un par de sillas desvencijadas que debían llevar allí desde la inauguración del edificio.

—Hemos cotejado los vuelos de ida y vuelta a Ámsterdam, Londres y Fez —comenzó Herreros—. No coincide ninguna persona que haya volado a esos tres lugares en períodos que van desde una semana antes a una semana después de los asesinatos. Seguimos indagando en otros medios de transporte, pero resulta complejo buscar coincidencias cuando no se ha utilizado una línea aérea.

La historia que nos habéis contado resulta bastante rocambolesca —prosiguió—, aunque los hechos que hemos contrastado indican que es cierta, extraña, pero cierta. No vamos a obcecarnos en entenderla, pero debemos averiguar los entresijos de la relación entre los participantes de ese

juego. Es imprescindible que nos entrevistemos con Pedro Hinojosa, el magistrado, y pienso que deberíais acompañarnos. Hay muchos detalles que conocéis mejor que nosotros. Pero, os advierto, es un déspota de tomo y lomo.

—No creo que esté para muchos humos —interrumpí.

—Con todo lo que ha pasado, debe estar acojonadito el muy hijo de puta —añadió Bonifacio riendo.

—Es posible, pero no olvides que quien tuvo, retuvo —advirtió Herreros—. Pedro Hinojosa ha gozado de mucho poder. Aunque en la actualidad no es lo que era, sigue teniendo la misma prepotencia y mala leche de siempre. Por cierto, ¿este elemento es el tal PierrotleFou65?

—Así es —respondió Laura.

Pues Hinojosa es un viejo carcamal, tan autoritario como trasnochado, que permanece en la carrera judicial por la extraña costumbre que profesan los jueces de este país de taparse unos a otros no sea que los mortales lleguemos a pensar que son débiles y hagamos una revolución —dijo Herreros irritado— y aunque no entiendo porque se metió en semejante despropósito, en el fondo no me sorprende, ya que su fama de sátrapa siempre ha ido unida a un halo de corrupción acrecentado en estos últimos años en los que ha sido relegado a la última fila de la política judicial. Ahora ya no están bien vistos sus excesos.

—En fin, a lo largo del día nos entrevistaremos con él, cuando tenga a bien recibimos en su despacho —apostilló Céspedes.

A partir de esta presentación empleamos buena parte de la mañana en cotejar la información que habíamos recopilado con las comprobaciones que había efectuado la policía. Laura se alegró al comprobar que, al amplio *dossier* con el que ya contaba la Brigada de Homicidios, se había incorporado una copia del expediente sobre la muerte de su padre, enviado por Cifuentes. La brigada contaba también con numerosos listados de llamadas telefónicas y la información remitida por los servidores de Internet, con los datos privados correspondientes a las cuentas de correo.

Laura les entregó los ficheros grabados con la información del ordenador de Álex Tena y les introdujo en los entresijos de justasyretos.com. Durante la mañana fueron llegando a la brigada los informes policiales de Ámsterdam, Londres y Fez con las investigaciones llevadas a cabo a raíz de los tres asesinatos.

Las distintas líneas aéreas remitieron información complementaria a los listados de pasajeros, con los que ya contaba la brigada, pero sin aportar ninguna información nueva.

La mañana transcurrió a una velocidad de vértigo, por eso me sorprendí cuando Bonifacio y Armando Herreros nos dijeron que debíamos acudir al despacho de su señoría en la Audiencia Provincial de Madrid. Eran ya casi las dos de la tarde, la hora, finalmente concertada para la cita.

Llegamos a su despacho poco después de la hora prevista, ventajas de acudir en coche policial. Pese a ello, aún tuvimos que esperar casi media hora, prebendas del poder judicial.

—Hoy estoy muy ocupado —nos espetó Hinojosa—. No han elegido un buen día así que vayan al grano, me espera el presidente de la Audiencia.

Armando Herreros nos presentó al viejo e impertinente magistrado que nos miraba, todavía de pie, como si nos quisiera destripar.

—¿Me quieren explicar que pintan estos señores en mi despacho? —Escupió Hinojosa.

—Señoría —Armando Herreros estaba dispuesto a no aumentar la tensión del ambiente—, estos señores han venido por su bien y creo que es mejor que usted nos escuche. Salvo que

prefiera acudir a Jefatura a explicarnos que relación tiene PierrotleFou65 con las muertes de Álex Tena y Alonso Escámez —aunque, claro está, toda condescendencia tiene un límite.

Hinojosa se desmoronó en el sillón. Nos miraba atónito. No esperaba que un estúpido juego le llevase a una investigación policial por homicidio. A estas alturas de su carrera, no podía permitirse emborronar sus últimos años en la judicatura y su talante acusó el cambio.

—Díganme en que puedo ayudarles —farfulló desencajado.

Herreros y Bonifacio se recrearon desgranando de forma clara y precisa la información con la que contábamos y que debía retumbar como un mazo en la cabeza del magistrado.

Justasyretos.com, Álex Tena, el Gran Maestro, Pedro Hinojosa, PierrotleFou65, Hilario Matoses, Hermes, Alonso Escámez, Unicornio, Dorian, Ámsterdam, Londres, Fez sonaron como aldabonazos en la habitación. A cada vocablo, Pedro Hinojosa parecía envejecer. Se estaba viniendo abajo.

—Bien, señoría, —finalizó Herreros triunfante— ahora le toca a usted.

Aclárenos este galimatías.

—Hemos sido víctimas de nuestro engreimiento —balbuceó el magistrado—. Invocamos al diablo y se sentó a la mesa a comer.

Parecía desvariar.

—Hace tiempo —respiró hondo—, Álex y yo alumbramos la idea de crear un foro en Internet, donde pudiéramos exponer nuestras diatribas más absurdas y debatir y filosofar sobre las cuestiones más dispares. Al grupo se incorporó Hilario Matoses, al que conocía desde mi participación como profesor en un máster para licenciados en derecho y económicas. Por su parte, Álex nos presentó a un viejo amigo, Alonso Escámez. Por aquel entonces, nos conformábamos con chatear entre nosotros y poco más.

Prosiguió su relato explicando cómo de ese inicial contacto surgió la creación del sitio web [www.justasyretos.com](http://www.justasyretos.com). Hacía poco más dos años. Continuaron los contactos y comenzaron a publicar sus fantasías en forma de artículos y comentarios. Con el tiempo llegó el aburrimiento y con el aburrimiento, la búsqueda de nuevas experiencias. Fue el principio de los desafíos y las apuestas.

—Debe de hacer aproximadamente un año apareció en el foro un nuevo poblador, que así era como llamábamos a los usuarios del sitio. Este poblador, llamado Dorian, conectó rápidamente con todos. Era sagaz, brillante, inteligente, culto —dijo con un punto de admiración—, un individuo atractivo e interesante que parecía estar dispuesto a jugar. Después de participar en alguno de estos juegos, Álex, Alonso, Hermes y yo decidimos que sería un buen candidato para ampliar nuestro círculo.

El juez se levantó dirigiéndose a una pequeña nevera disimulada en uno de los armarios del despacho. Extrajo un botellín de agua y, abriéndolo, regresó a su sillón.

—Álex, el Gran Maestro, le envió un correo electrónico proponiéndole formar parte de un grupo escogido para llevar a cabo juegos más arriesgados —hizo una pausa tomando un pequeño sorbo y continuó—. Para jugar era necesario contar con un apartado de correos. Las reglas eran fáciles, un miembro del grupo lanzaba un desafío con una apuesta y se remitía a uno de los apartados de correos. El nuevo jugador estudiaba el desafío y, si aceptaba la apuesta, remitía a otro el desafío, con la apuesta inicial aceptada y añadía una complicación más. Así, sucesivamente, iba pasando por todos. Finalmente, en una fecha elegida por el primer desafiante,

se remitía un correo electrónico advirtiéndolo que la rueda debía finalizar y aquel que tuviera en su poder el desafío debería ejecutarlo. Se le daba para ello un plazo de dos semanas. Si lograba llevarlo a cabo, ganaba la apuesta. En caso contrario, debería retornar el doble del total apostado.

Pedro Hinojosa nos miró a todos, deteniéndose un instante en cada uno. Bebió otro sorbo de agua. Le costaba un verdadero esfuerzo sincerarse de aquella manera, confesar lo que, de no haber sido por las consecuencias, no hubiera pasado de ser una absurda travesura. Pero no detuvo su relato.

—En fin, para qué engañarnos. Concebimos ese juego para gastarle una broma pesada a los incautos que aceptaran, pero no considerábamos a Dorian como uno de ellos. Más bien al contrario. Estábamos convencidos que merecía formar parte del grupo, aunque fuera un desconocido, en su caso se trataba de un rito iniciático más que de una burla. Álex y yo éramos viejos amigos y él había introducido a Alonso. Hilario se incorporó por mediación mía. Incluso conocíamos nuestras verdaderas identidades, ocultas en el foro y en el juego tras nuestros alias. Así que le propusimos a Dorian un desafío y lo organizamos de manera que pareciese casual que él fuera el elegido. Con el tiempo he llegado al convencimiento de que forzó la situación para hacerse cargo del desafío y demostrarnos hasta dónde era capaz de llegar —añadió pensativo. Tomó de nuevo la botella de agua y clavó su mirada en Herreros antes de proseguir.

—Le remitimos un desafío que previamente habíamos pactado. Dorian debería introducirse en la mansión de un politicucho del tres al cuarto, corrupto... un trepa que Álex y yo conocíamos, un nuevo rico indeseable. Una vez en su interior, sustraería un fotomontaje del artista Marcel Duchamp que debía depositar, más tarde, en una galería de Madrid. Pensamos que sería chocante para los dueños del fotomontaje y para la galería de arte encontrar la pieza en una de sus salas. Pero Dorian nos salió respondón. No solo llevó a cabo el desafío, sino que añadió algo de su propia cosecha: prendió fuego al fotomontaje a las mismas puertas de la galería de arte.

—¿Qué relación tiene el tal Dorian con los tres muertos de Ámsterdam, Londres y Fez? —Herreros impaciente quería ir directo al grano.

—Eso es una locura —Hinojosa se descompuso aún más—. Cuando nos enteramos de que Dorian había quemado el cuadro de Duchamp, nos asustamos. Pensamos que el juego se había desmadrado e intentamos cortar las relaciones con Dorian. Pero se tornó obsesivo y comenzó a presionar a Álex. Al principio, parecía que solo pretendía cobrar las apuestas, de hecho, Álex se entrevistó con él y las pagó. Pero Dorian se descubrió como un tipo frío y peligroso, hasta tal punto que tenía atemorizado a Álex. Después del encuentro con Dorian, se reunió con nosotros en el hotel Escandinavia. Queríamos saber cómo había ido la cita. Álex llegó desenchajado. Ya anunció que Dorian nos traería problemas.

—¿Por qué no lo denunciaron? —preguntó cándidamente Laura.

—¿Qué íbamos a decirle a la policía? —Hinojosa miraba a Herreros y a Bonifacio—. ¿Que un individuo por indicación nuestra había robado un cuadro? Dorian tenía en su poder el reto... era absurdo. Además, cómo íbamos a convencer a nadie de que desconocíamos su pretensión de destruir el cuadro.

—Con el desafío que le entregaron a Dorian hubiera sido suficiente, ¿no? —Laura miró a Herreros. Él, a su vez, la contemplaba entre escéptico y sorprendido.

—Señorita, ¿en qué país vive? —Hinojosa no daba crédito y pareció por un instante que iba a perder los estribos, pero se recompuso—. En cuanto se hubiese sabido que un magistrado de la

Audiencia de Madrid, dos conocidos empresarios y un profesor de universidad participaban en juegos ilegales se nos hubiese echado encima la prensa amarilla —Hinojosa comenzó a hablar más rápido, amontonando sus excusas—. Hubiese salido de las catacumbas cualquiera que nos la tuviera jurada y señorita le puedo asegurar que no son pocos. Además, hasta entonces Dorian solo se había mostrado impertinente para cobrar las apuestas.

Su señoría bajó la vista, clavándola en un punto indeterminado. Se levantó y caminó hacia la ventana. Quizá miraba atrás, meses atrás. De espaldas a nosotros, y recuperando el tono, volvimos a oírle.

—Durante mucho tiempo, el único contacto que tuvo Álex con Dorian fueron tres postales que le envió desde Ámsterdam, Londres y Fez. Las consideramos una extravagancia más y no les dimos importancia. Pasado un tiempo, Álex recibió la visita de Dorian.

Después de preguntarle por las tres postales enviadas, le anunciaba que en unas semanas nos enviaría un desafío que deberíamos ejecutar. Una vez conociésemos el contenido del desafío, entenderíamos por qué, en ese caso, no sería necesario cruzar ninguna apuesta.

Hinojosa se dio la vuelta y continuó su explicación mirando descompuesto a Herreros.

—Álex se reunió con nosotros y decidimos esperar hasta conocer las intenciones de Dorian. A las pocas semanas, salimos de dudas —comenzó a caminar de nuevo hacia su sillón, lentamente, al ritmo de su historia—. Recibimos en nuestros respectivos apartados sendos sobres con unas fotocopias de tres recortes de prensa de tres periódicos de Ámsterdam, Londres y Fez donde, según se decía, se habían hallado a tres hombres asesinados, justo en las mismas fechas que aparecían en las tres postales enviadas por Dorian —al pronunciar el nombre maldito tomó asiento de nuevo, pesado, derrotado—. Junto a los recortes, una nota nos conminaba a seguir el juego. A igualar su macabra hazaña.

Pedro Hinojosa hizo una pausa y bebió agua lentamente, sorbo a sorbo y con los ojos cerrados, como si la oscuridad le aliviase su dolor. Me hubiera gustado saber qué pasaba por su cabeza, aunque no era tan difícil suponerlo, debía estar totalmente hundido y desconcertado. Yo mismo, cuanto más le escuchaba y más sabía, menos entendía. Pero tenía la certeza de que Dorian había jugado con ellos como había querido.

—Sabíamos que ese cabrón nos tenía cogidos por las pelotas —prosiguió con los ojos enrojecidos—. Pero Alonso era un hombre de acción y a narices no le ganaba nadie. Aseguraba que Dorian era un chantajista y él estaba acostumbrado a tratar con gentuza como esa. Le envió un correo. Quedaron citados cerca del despacho de Alonso, según nos contó él mismo. Puso a Dorian en su sitio y le amenazó al tiempo que le hacía ver que sería comprensivo si lo único que quería era dinero. Dorian se rio de él. Pero esas no eran las auténticas intenciones de Escámez. Hizo que Jacinto, un empleado suyo siguiera a Dorian. Al día siguiente, Alonso le mandó un aviso destrozándole la casa, pero no me preguntéis, no tomé la precaución de pedirle a Alonso la dirección. A los pocos días Alonso Escámez murió en el accidente de tráfico. Sinceramente, no pensamos que el accidente de Alonso guardara ninguna relación con Dorian. Y las investigaciones de la Guardia Civil insistían en que se trataba solo de un desgraciado accidente.

Tras pronunciar la última palabra, Hinojosa clavó sus ojos en mí.

—Ya supondrá señor Valcárcel por qué Álex le pidió a su jefe que fuese usted quien realizase un artículo sobre Alonso. Sabía que, si sospechaba algo, lo investigaría sin necesidad de facilitarle demasiadas pistas que pudieran comprometernos. Y creo que poco más puedo añadir.

—Y mientras tanto, ¿qué era de Hilario Matoses? —preguntó Bonifacio.

—Hilario es un niño grande —Hinojosa esbozó una sonrisa triste y paternalista— un histérico apocado. Imagínenlo permanentemente descompuesto y fuera de sí, aunque paradójicamente resultó el más coherente de todos. Propuso acudir a la policía y contar toda la historia antes que ceder a las amenazas de Dorian. Si no lo hizo fue por mí. ¡Lástima! Optamos por engañarle. Álex, Alonso y yo fingimos que íbamos a aceptar el desafío y que lo ejecutaría Alonso. Incluso nos remitimos de nuevo la información que Dorian nos había enviado. Hilario puso el grito en el cielo cuando pensó que íbamos a cumplir el reto. A punto estuvo de echarlo a rodar y contarle todo a la policía. Solo se tranquilizó cuando le expliqué que creíamos que Dorian pretendía chantajearnos y que Alonso había ideado un plan para aparentar nuestra predisposición a cumplir con el desafío. Actuamos como unos estúpidos engréidos.

—¿Dónde está ahora Hilario? —preguntó Herreros.

—Supongo que en su casa —reflexionó—, preparando el nuevo curso o quizás en el departamento de macroeconomía, no estoy seguro. Hace un par de días que le llamo al móvil y no contesta. La última vez que hablé con él se mostró muy cortante. Intuyo que necesita distanciarse de mí. De alguna manera se siente defraudado. Siempre he sido para él como una especie de hermano mayor, casi un padre, y ahora se ve implicado en todo esto. No puedo culparle.

—Hemos intentado localizarle en su domicilio —aclaró Herreros—, pero nadie contesta al teléfono. Un agente se acercó esta mañana, también sin resultado. ¿Conoce de algún otro domicilio donde podamos localizarle?

—Sé que está acabando de restaurar el caserón de su madre, cerca de la universidad. Falleció la primavera pasada y la idea de Hilario es reformar la casa y trasladarse a vivir allí, cerca de su trabajo. Se ha pasado los últimos meses yendo y viniendo y me había pedido en muchas ocasiones que le acompañara a verla, pero nunca he tenido tiempo y no puedo decirles dónde está exactamente —se lamentaba Pedro Hinojosa—. ¿Creen que corre peligro su vida?

—Posiblemente Dorian se conforme con Alonso y Álex por miedo a que las sospechas puedan recaer sobre él —aclaró Armando Herreros—. Fueron quienes, de una u otra forma, más cerca de él estuvieron. Pero queríamos asegurarnos de que ninguno de ustedes corre peligro. En todo caso, señor Hinojosa, reforzaremos la vigilancia que, como magistrado, ya posee. Se extenderá también a su vida privada hasta que esto se aclare —le informó Herreros.

El sonido de mi móvil interrumpió la conversación. Ante la mirada inquisitorial de Herreros opté por salir del despacho y atender a mi jefe. Quería saber si había concertado la entrevista con el agente del pintor. Me excusé alegando que no había podido localizarlo pero que, en cuanto colgara, volvería a intentarlo.

Me contestó el agente, de pésimo humor. Había estado esperando toda la mañana y su representado, me dijo, se había tenido que marchar fuera de Madrid.

Además, al día siguiente a última hora de la tarde debía tomar un vuelo a París, así que, inexcusablemente, recalco, debería entrevistarle a la mañana siguiente. Acaté la imposición como no podía ser de otra manera. Mi trabajo dependía de esa entrevista.

El pintor ultimaba la venta de una antigua masía que poseía a los pies de la sierra de Bernia, en Alicante. Debido al poco margen de tiempo que nos quedaba, tendría que desplazarme hasta allí. Me facilitó la dirección y un número de teléfono para que llamara cuando estuviese cerca de la casa. Entonces, me explicarían como llegar hasta ella.

Cuando acabé la conversación, Laura, Bonifacio y Herreros salían del despacho. Herreros hablaba por su teléfono móvil. Apenas pude vislumbrar el cariacontecido gesto de Hinojosa al cerrar la puerta, pero, según Laura, estaba más que angustiado. Toda su verborrea prepotente y autoritaria se había desvanecido.

—Menudo marrón se le viene encima a este pajarito —comentó irónico Bonifacio—. Ahora se le bajarán los humos. A su edad y con jueguecitos de estos. ¡Será posible! Luego te putea en los juicios porque no has hecho las cosas como él dice que tienen que hacerse.

—Bueno, vayamos a lo nuestro —le interrumpió Herreros mientras colgaba su móvil—. Ahora es necesario localizar a Matoses. No creo que sepa mucho más, pero necesitará protección. Acaban de llamarme de la brigada. Del rastreo de los correos electrónicos conservados por Hotmail, hemos descubierto un mensaje enviado a Dorian confirmando la compra de un disco de *jazz* por medio de una tarjeta de crédito. Están siguiendo la pista del titular de la tarjeta. Además, Microsoft ya nos ha confirmado que nos facilitará en breve el IP del terminal desde donde se solicitó el disco.

Ya en la calle, nos despedimos. Les informé que debía realizar un encargo de mi periódico fuera de Madrid y que apenas tardaría un día en regresar. Céspedes y Herreros agradecieron nuestra ayuda, pero dejaron claro que a partir de ahora se encargaban ellos. Contactarían con Matoses y localizarían a Dorian, aunque nos prometieron mantenemos informados.

Laura y yo comimos cerca de los Juzgados. Tratamos de ordenar las últimas piezas aportadas por Hinojosa y encajarlas en todo el puzle recopilado en los últimos días. La euforia de los primeros escauceos en la investigación, habían dejado paso a una sensación de vacío que no comprendía. Laura esperaba que, cuanta más información obtuviéramos y más cerca nos encontráramos de descubrir la verdad, más fácil sería para ella entender lo sucedido. Sin embargo, averiguar la relación de su padre en este peligroso juego le había traído más sinsabores que tranquilidad. No le gustaba la imagen agresiva y violenta que percibía de su padre y no porque fuese tan ingenua de pensar que las habladurías sobre su padre eran solo eso, sino porque ese juego estúpido había acabado con él. Su padre habría estado inmerso en situaciones mucho más peligrosas, muchas de ellas ilegales y había sabido cuidarse. Esta reflexión confería a su padre una imagen de vulnerabilidad hasta ahora desconocida para ella.

A media tarde pasamos por el periódico y recogí el *dossier* con la obra y milagros de Iván Larrea Salgado, el afamado pintor al que no conocía de nada. Pese a que se hubiese empeñado en que fuera yo quien le hiciera la entrevista, decidí acudir con Sebastián, el fotógrafo del periódico, que me recogería en mi casa sobre las seis de la mañana para partir hacia Alicante. Quizá, con un poco de suerte, pudiese regresar a Madrid a última hora de la noche.



## XVII

La última vez que vio a Hermes, acababa de reunirse con Pedro Hinojosa en su despacho. Le siguió discretamente hasta un aparcamiento cercano a los juzgados y se apostó a la salida. Lo vio partir con su vehículo y, por su forma de conducir, resultaba patente su irritación. Con lo que conocía de él por sus comentarios en el foro, debía estar desquiciado. Se mantuvo a una distancia prudente y le llevó hasta una casa cercana a San Martín de Valdeiglesias. Allí le observó detenidamente. Gritaba y gesticulaba a un albañil que ultimaba la restauración de una vieja casona.

En los días posteriores se acercó en varias ocasiones para averiguar la distribución de la vivienda. Haciéndose pasar por un decorador, recorrió la casa aprovechando el descanso de los pintores, a la hora de la comida.

En la planta baja se situaba la cocina, un amplio salón-comedor, un cuarto de baño completo y una pequeña habitación. Todas las dependencias estaban vacías de mobiliario, a excepción de la cocina, que contaba con algunos electrodomésticos.

Dispersos por toda la planta se disponían botes de pintura, brochas, masilla, aguarrás, disolventes, acetonas, algunos tablones, yeso y herramientas de albañilería.

A todas las estancias de la planta baja se accedía desde un amplio espacio central, a modo de distribuidor, al que se llegaba desde el recibidor. Girando sobre ese gran espacio, remontaba una escalera que conducía hasta la primera planta, donde se encontraba una gran estancia que parecía destinada a ser un despacho. En ella había algunas cajas con libros y otra con un ordenador, todas a medio desembalar. Junto a esta habitación, localizó dos dependencias más, ambas vacías.

La última planta, abuhardillada, se la repartían un gran dormitorio y un cuarto de baño. Esta dependencia era la única que se encontraba parcialmente amueblada con una cama, un armario y dos sillones. En el cuarto de baño, la presencia de toallas indicaba que Hermes ya hacía uso de la casa.

Coincidiendo con el hueco de la escalera, la casa se remataba con una gran claraboya de cristal que permitía a la luz natural penetrar hasta la misma planta baja.

Ahora, una semana después, Dorian se encontraba al final de la calle esperando tras una esquina a que Hermes apagase las luces. Debía ser cerca de las doce de la noche cuando la casa quedó a oscuras. Esperó hasta la una de la madrugada. No se veía un alma por la calle. Avanzó portando una pequeña mochila a su espalda.

Saltó el murete que rodeaba el antiguo huerto convertido en jardín. Extrajo las maderas que tapaban el premarco de una ventana, todavía por instalar, y se introdujo sigilosamente. En el interior reinaba el silencio, todo indicaba que Hermes dormía.

Al pie de la escalera había varios botes de pintura, tablones de madera y restos de material de obra. Apiló junto a ellos algunas latas de disolvente, un par de botellas de acetona y varios tubos

de adhesivo de contacto que encontró dispersos en la planta baja, y amontonó algunas cajas de cartón en los primeros peldaños. Tomó un bidón de disolvente y fue derramando su contenido incoloro con mucho cuidado por el enlosado llevando el reguero hasta la puerta de la cocina, a unos seis metros de la escalera. Roció con el líquido una caja de cartón que encontró junto a los botes de pintura. A continuación, extrajo de la mochila una cajetilla de cigarrillos rellena con azúcar y polvo de clorato de potasio que había extraído de pastillas para la inflamación de garganta. La colocó en el fondo de la caja de cartón y vertió el resto del disolvente. Sacó de la mochila una pequeña botella de cristal que previamente había relleno de desatascador para tuberías a base de ácido sulfúrico. Sustituyó el tapón original de plástico por uno de corcho y la dispuso boca abajo. Se aseguró de que el tapón estuviese en contacto con el paquete. Solo quedaba esperar a que el ácido corroyese el tapón y se vertiese sobre el clorato de potasio y el azúcar para provocar la ignición. En el caso de que Hermes se despertase, no sospecharía del olor, camuflado con el de las pinturas que había en la casa.

Salió al exterior y, con cuidado, volvió a colocar los tablones tapando el hueco de la ventana. La noche empezaba a ser fría, se dispuso a esperar escondido en una casa en ruinas cercana a la de Hermes.

Apenas transcurrida media hora, observó cómo se iluminaba la casa. Al poco, una luz rojiza empezó a vislumbrarse en la claraboya. Se oyó una pequeña detonación y, casi de inmediato, aumentó la luz provocada por el fuego que comenzaba a lamer los cristales del lucernario.

Las ventanas de la buhardilla se iluminaban con los reflejos del fuego. Desde la calle, Dorian se deleitaba con el espectáculo. A los pocos minutos, una gran explosión en el techo de la casa precedió a una gran lengua de fuego que salía por las ventanas superiores, lanzando cristales al exterior, al tiempo que parte del techo se desplomaba. El fuego fue retrocediendo hasta limitarse a la planta baja de la casa.

Satisfecho, anduvo hasta las afueras del pueblo, donde subió a su vehículo. Se alejó con las luces apagadas. Había sido una verdadera obra de arte.

## XVIII

Apenas faltaban unos pocos kilómetros para llegar a la casa del pintor, cuando recibí la llamada de Armando Herreros. Él y Bonifacio Céspedes se encontraban a las puertas de la casa de Hilario Matoses. Esa misma mañana les habían facilitado en el departamento de macroeconomía de la Universidad Europea la nueva dirección de Hermes. La encontraron acordonada por una unidad de policía judicial y bajo la vigilancia de un retén de bomberos. Durante la pasada noche, había ardido con el pobre Hermes en su interior.

—Bonifacio y yo hemos estado hablando con el sargento encargado de la investigación —me informó Herreros—, y tienen bastante claro el origen del incendio.

Escuchaba atónito las primeras conclusiones que la propia Guardia Civil había hecho saber a Armando Herreros y que ahora, con pulcritud y detenimiento, me transmitía, aumentando aún más mi capacidad de sorpresa, que en los últimos días creía agotada por completo.

El equipo de incendios de la Guardia Civil sostenía que había sido, sin duda, provocado. La teoría resultaba avalada tanto por la existencia de una carga calorífica excepcional con un gran poder de destrucción, como por la distribución del fuego. Localizaron un primer foco causado por la utilización de una mezcla química de reacción retardada, que dio tiempo a quien provocó el incendio a ponerse a salvo. El fuego recorrió el suelo, alentado por un acelerante, del que no habían encontrado vestigios. Este primer recorrido sobre el suelo produjo la emanación de vapores del enlosado, al tratarse de material sintético derivado del plástico. La ausencia de grandes manchas de humo negro en la zona de arranque del incendio descartaba la gasolina o el keroseno como elemento inicial.

Según Herreros, desde la puerta de la cocina, el fuego fue recorriendo el suelo hasta llegar al pie de una escalera donde entró en contacto con materiales de obra amontonados que alimentaron las llamas.

El hecho de que varios de los cristales rotos de las ventanas en la planta baja quedaran en canto vivo descartaba un incendio de combustión lenta, y por tanto reforzaba la tesis del origen provocado. Una primera explosión destruyó parte del falso techo de la planta baja de la casa, aunque sin llegar a quemarlo.

En la última planta, la buhardilla, se encontró el cadáver de Hilario. El sargento encargado de la investigación sostenía que si se hubiera tratado de un fuego no provocado, lento, Hilario Matoses hubiera percibido el aumento de la temperatura. Hermes apareció en el último piso con quemaduras importantes, pero que no consumieron su cuerpo, abonando la hipótesis de una irrupción violenta del fuego en su habitación, recorriéndola de manera vertiginosa y proyectándolo contra la pared del dormitorio.

El oxígeno no consumido se acumuló en la claraboya, junto a los vapores liberados del suelo sintético y los emanados por la combustión del material almacenado al pie de la escalera. Según

la Guardia Civil, el rápido aumento de la temperatura del embolsamiento y un aporte de oxígeno, quizá por fractura de la cubierta de cristal o por la apertura de una ventana en el último piso, provocó una reacción que los técnicos denominaron *flash-over*.

Apenas pude reaccionar al bombardeo informativo de Herreros.

—Estamos muy cerca de ese tal Dorian, pero nos sigue ganando por la mano —se lamentó—. De momento, he duplicado la vigilancia de Hinojosa, que es el único que falta.

—¿Estás seguro de que ha sido Dorian? —repliqué convencido de la respuesta.

—¿Tú qué crees? —ironizó—. Se trata de un incendio intencionado y el candidato número uno es Dorian. La Guardia Civil ha sido muy explícita y, conociéndolos, no se mojarían tanto si no lo tuvieran claro. El autor sabía perfectamente lo que quería. Dispuso el fuego de manera que causara el mayor daño posible en la parte superior de la casa donde dormía Hilario Matoses.

Sebastián, el fotógrafo, al que había puesto en antecedentes a nuestra salida de Madrid, atendía expectante y en silencio a la conversación que mantenía con Herreros. Cuando colgué y terminé con los detalles nos quedamos sumidos en un profundo silencio.

Aturdidos por el impacto de las noticias, llegamos a la casa de Iván Larrea.

Dominaba la cima de una montaña, cercana a la sierra de Bernia, desde donde presidía una amplia bahía abierta a los vientos de levante. Desde la carretera secundaria partía un camino, rodeado de jacarandas y buganvillas, que franqueaba los viejos bancales de piedra que, en un elegante y bucólico estado de decadencia, rodeaban una antigua finca de principios de los años veinte, según rezaba sobre el dintel de la puerta de entrada.

El mayordomo me acompañó al interior de la casa y, displicente, me mostró el salón donde debía esperar. Tras los cristales, pude observar a mi anfitrión recostado en una tumbona al sol de la mañana, junto a un muro del jardín. Alto, delgado, de pelo ligeramente entrecano y esmeradamente desaliñado. En cuanto el mayordomo le anunció mi visita, se abrochó la camisa, se puso en pie y se dirigió a mi encuentro al ritmo de una vigorosa zancada.

Le aguardaba al otro lado de un enorme ventanal que recogía el abrazo del sol de principios del otoño. Apenas entró en la estancia, me invitó con gentileza a sentarme en un sillón mientras el mayordomo nos servía unas generosas copas de té helado.

—Señor Valcárcel —me saludó sonriente—, espero que haya tenido un buen viaje.

—Ha sido bastante tranquilo —contesté—. Nos hemos turnado conduciendo. Mi compañero Sebastián, el fotógrafo, está tomando unas imágenes del exterior de la casa para ambientar el reportaje, si no le importa. Vendrá enseguida.

—En absoluto. ¿Les ha sido difícil encontrar mi viejo escondite?

—Con las indicaciones que me dio su agente resultó muy sencillo llegar hasta la entrada del pueblo. Allí nos indicaron el camino para subir y, ya llegando, su mayordomo nos acabó de guiar —expliqué—. Nos han impresionado mucho las vistas, con el camino surcado de barrancos y torrenteras. Parece increíble que tan cerca del mar haya montañas tan abruptas de un paisaje tan peculiar plagado de bancales con naranjos, vides y almendros desde que se remonta el valle hasta el pie mismo de la sierra.

—El Mediterráneo es así, no hace falta buscar en lugares exóticos para encontrar un paraíso escondido —afirmó complacido.

—Si le parece, comenzamos la entrevista. Primero querría contrastar algunos de los datos que me facilitaron en la redacción —aclaré—. Nació usted en Buenos Aires en 1962, y es hijo de

españoles emigrados a Argentina. Su padre llegó a ser propietario de una cadena de hoteles; su madre, concertista de piano se retiró muy joven, al poco de casarse con su padre —Larrea asintió indolente, por lo que proseguí con mi lectura—. Estudió usted en Buenos Aires, Londres y París y cursó Bellas Artes en Bolonia y desde hace unos años vive usted en Madrid —me detuve un segundo e intenté aclarar la duda que me asaltaba desde que recibí el encargo—. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Por qué tenía tanto interés en que la entrevista la hiciera yo y no un periodista experto en arte?

—He leído sus artículos y me gusta como escribe. Hace poco leí un artículo sobre Escámez, el empresario fallecido, y me gustó cómo recogió su biografía. No es la primera vez que su periódico publica información sobre mí y me pareció una ocasión única para que nos conociéramos. Además, los periodistas que se creen expertos en arte siempre hacen las mismas preguntas aburridas. Carecen de imaginación —afirmó.

—En fin —sonreí—, hay gustos para todo. ¿Empezamos?

—Por supuesto —asintió.

—Los críticos dicen que puede marcar una época en el mundo del arte, si se decide a mantener una línea constante de trabajo y no se dispersa con saltos en su evolución dentro de la abstracción postpictórica que lo llevaron desde una moderna reinterpretación del arte conceptual de sus inicios, hasta el expresionismo abstracto y el informalismo actuales.

—Vaya, ¿a esa conclusión ha llegado usted solo? —interrumpió irónico.

—La he sacado de una crítica que nuestro semanal publicó hacer un par de años sobre usted —reconocí—. Si le parece, podría ser un buen punto de partida.

—La crítica es simplemente estúpida, —aseveró—. Los críticos de arte siempre se empeñan en clasificar todo aquello que ven, psicoanalistas baratos que sufren una especie de convulsión mental si todo no está debidamente catalogado y etiquetado. El problema es que son pintores frustrados, incapaces de crear algo de la nada. Señor Valcárcel, yo hago lo que me da la gana y me importa muy poco lo que la gente piense sobre mis cuadros. Todo el mundo está empeñado en encontrar una explicación al arte y se olvidan de que el arte no se explica, existe. Según dicen, en una ocasión Kandinsky se prendó de la impresionante fuerza interior de un cuadro, su abstracción pura le sorprendió hasta el punto de quedar fascinado, sin embargo, solo estaba mirando un cuadro suyo invertido. ¿Quita eso mérito a su obra? En absoluto, lo importante es la creación, lo demás es superfluo. Los críticos analizan el lienzo como un fin en sí mismo, como algo físico, no comprenden que el arte es un medio para expresar libremente los sentimientos, sin ataduras, sin cortapisas, sin censura. No hay arte sin conmoción, señor Valcárcel.

—Sin embargo, presenta sus obras en exposiciones —le hice ver—. Desde fuera, parece como si los artistas necesitaran de la admiración de los demás para autoafirmarse.

—No en mi caso —aseveró, tomando la copa de té—. Le aseguro que no necesito la confirmación de nadie sobre la calidad de mi obra. Expongo mis cuadros porque, de alguna manera, cumplo con una finalidad interior que es la de demostrarme a mí mismo que he alcanzado una meta. Me importa muy poco el dinero que puedan alcanzar mis cuadros. Más bien, lo único que me importa de la comercialización de mis cuadros es el convencimiento de que el comprador de mi obra, al igual que un simple admirador, es consciente cuando observa un cuadro mío de que él es incapaz de hacer algo ni remotamente parecido.

—¿No le parece un planteamiento un tanto egocéntrico? —dije suavizando mi verdadera

opinión.

—¿Egocéntrico? —Me miró fijamente—. Me sorprende señor Valcárcel, un tanto egocéntrico no, muy egocéntrico. En el proceso de creación artística, el artista proyecta al exterior lo que bulle en su interior. Solo desde el egocentrismo se explica esa percepción de que el mundo necesita la expresión del talento íntimo de un artista. Hay muchos creadores que creen que lo son, pero no llegan siquiera a ser mediocres. La incultura de los demás les permite elevarse a la categoría de artistas.

—Entonces, para usted ¿no es artista todo aquel que es considerado como creador por el público? —le pregunté interesado.

—Solo la originalidad puede ser considerada arte, el resto es imitación —aseguró con desdén—. Sin originalidad no hay arte, solo mera impostura, barata y anodina. Y sin conmoción no existe la originalidad.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Si el artista —aclaró— no es original, está imitando a otro o, en el mejor de los casos, a sí mismo, inventando y reinventando una y otra vez una expresión del arte ya mostrada anteriormente. En ese caso, no es una artista. La originalidad es la muestra suprema de la creación y de la intelectualidad y solo así se puede entender el arte.

—Parece más una apuesta filosófica que un estilo artístico —afirmé.

—Es una forma de entender la vida —reflexionó— y, al fin y al cabo, el desdén de los mediocres.

—Pero todos, tarde o temprano, nos repetimos —aseguré incluyéndome inconscientemente en la reflexión.

—¿Está seguro? —preguntó—. Los genios no.

—Incluso los genios —recalqué convencido de ello—. Tarde o temprano usted consolidará un estilo y alguien dirá que ha creado escuela. Será necesario que persista en una técnica o estilo y entonces se repetirá, dejando de ser original.

—Quizá sea necesario no llegar a crear un estilo o escuela o como usted quiera llamarlo.

—Bueno, todo artista pretende que su obra se perpetúe —dije sinceramente— y que trascienda incluso a su muerte... Gauguin, Van Gogh, Dalí, Picasso. ¿No era eso lo que pretendían?

—Usted basa la trascendencia en la aceptación de un estilo por la chusma —replicó despectivo— y, sin embargo, olvida que muchos de los artistas más famosos no obtuvieron en vida el beneplácito de la mayoría. El propio Van Gogh es un ejemplo de ello o ¿acaso cree que en la Inglaterra victoriana alguien entendió que Turner se adelantó de forma inexplicable al expresionismo abstracto? Sin embargo, ahora todos ellos son considerados maestros de la pintura.

—¿Cómo pretende que su forma de entender el arte trascienda sin crear un estilo y pese a ello propugne su originalidad? —En este punto comencé a ser consciente de que había dejado de dirigir la entrevista.

—La forma de entender la vida es lo que debe trascender, al fin y al cabo, la creación no es más que una parte de nuestras vidas. No es necesario perpetuarse creando un estilo repetitivo y socorrido, lo importante es el impacto que en los demás generan nuestros actos —aseguró.

—Y, ¿cómo causa usted ese impacto en los demás? —insistí.

—Veo que no conoce con detalle mi obra. Le recomiendo que esté atento a mi próxima

exposición en París, en la Galería Claude Bernard, entenderá a que me refiero —dijo sonriendo—. En cualquier caso, el artista debe sobresalir de la mediocridad y no me refiero solo a la creación, sino que debe ocupar todas las facetas de su vida. La vida es para los audaces, para los originales, para aquellos que, como usted y como yo, sobresalen por encima de los otros.

—Cualquiera que le oiga pensará que cree en una especie de ser superior, único digno de ser admirado —intervine incómodo—. Además, no sé de donde saca usted la conclusión de que yo sobresalgo en nada.

—A su primera observación le diré que, en cierto modo, creo que hay personas que están por encima de la mayoría de los mortales y, no solo eso, se trata de personas que se han ganado el derecho, incluso, a crear sus propias reglas. No sabe hasta que punto estoy convencido de ello y me gustaría pensar que antes de que acabe esta entrevista usted compartirá conmigo esta certeza —subrayó con una inquietante sonrisa.

—¿No le parece presuntuosa esa visión de la vida y de los que le rodean? —le atajé.

—Los verdaderamente presuntuosos son los que pretenden mostrarse como personas singulares, capaces de estar a la vanguardia y, sin embargo, son mediocres y mezquinos. Señor Valcárcel, los ignorantes necesitan apoderarse del arte de unos pocos para sobrellevar sus miserables vidas —dijo tajante.

Percibía en él cierto aire irritado y pensé que era el momento de retomar la entrevista por los derroteros que yo pretendía, al fin y al cabo, se trataba de eso y no de una disquisición filosófica.

—El crítico francés Sebastián Millet destaca que la sencillez de la técnica pictórica y la libertad de sus pinceladas irradian una deliciosa sensación de belleza que, sin embargo, a veces contrasta con formas pesadas, de movimientos violentos y obsesivos que torturan de manera inquietante la composición —de algo me tenían que servir las notas de Damián—. ¿Coincide con esa apreciación?

—Me es indiferente —reafirmó sus palabras con una mueca despectiva—. El señor Millet es un individuo gris que solo percibe lo físico. Yo voy más allá. Un lienzo reproduce un sentimiento, una disposición anímica, eso es lo único importante. Por eso existe la aparente contradicción en mi obra. No es más que la exteriorización de distintos estados de ánimo. Una obra maestra solo se produce cuando a la exteriorización de la obra física unimos sentimientos profundos como el amor, el odio o el miedo.

A esas alturas de la entrevista Sebastián tomaba fotografías del pintor y me miraba disimuladamente. Su cara reflejaba desasosiego. Un sentimiento producido por la mezcla de atracción y obsesión que emanaban de nuestro entrevistado. Larrea resultaba inquietante y contradictorio. Amparado bajo un manto de refinamiento y elegancia, ocultaba una actitud despótica y provocadora que resaltaba aún más su poderosa y seductora presencia física.

—Antes, rechazó considerarse un ser excepcional. Sin embargo, no creo que el autor de *El paraíso de las ratas* sea una persona vulgar —Larrea retomó los caminos por los que quería que discurriera la conversación y la mención de mi libro me acabó de descolocar.

—Desde que lo escribí, ha pasado mucho tiempo —me sentía manipulado.

—Diez años —me sorprendió mientras se levantaba del sillón—. ¿Por qué no escribió nada más desde entonces?

—Se me acabaron las ideas —intenté zanjar la cuestión.

—No lo creo —se acercó a la librería y rebuscó entre los volúmenes perfectamente alineados

—. ¡Ajá! Aquí está, a mí me gustó mucho y como ya le dije antes me pareció muy original. ¿Cuántas ediciones se han publicado del libro?

—Lo ignoro —dije sinceramente.

—¿Cómo es posible que no le importe cuántas copias se han vendido, acaso no le importa si ha gustado a los lectores? —preguntó cargado de ironía.

—No me importa —aclaré—. Escribí lo que necesitaba escribir, nada más.

—Ya ve, señor Valcárcel —me miró fijamente—, no somos tan distintos. A usted tampoco parece importarle lo que opinen de sus libros.

Comenzaba a sentirme molesto. Tenía la sensación de que estaba jugando conmigo y, cuando parecía mostrarse más encantador, pasaba a exhibir su lado más ácido. Era un tipo desconcertante.

Abrió el libro y leyó algunos pasajes que, según dijo, le habían impresionado. Todos los que leyó eran extractos esenciales en la narración, eso me demostró que había leído mi novela.

—Sinceramente, señor Valcárcel, me impactó su libro —reflexionó terminada la lectura del último fragmento—. Siento curiosidad, si no le parece indiscreto. ¿Cuál es la historia de la dedicatoria? Es muy original, *A Alex Tena, siempre a barlovento de la vida*.

—Álex era un viejo amigo, un enamorado del mar, siempre vivía la vida conforme venía y sacaba lo mejor de ella sin cambiarla. Se adaptaba a sus vaivenes sin buscar más explicaciones, era una gran persona —dije apesadumbrado.

—¿Era, señor Valcárcel? —preguntó.

—Falleció recientemente.

—Lo siento, disculpe mi inoportunidad —se excusó.

—En absoluto, no tenía por qué saber que había muerto. No se preocupe. Si no le importa, me gustaría seguir con la entrevista, aún tenemos que regresar hoy mismo a Madrid —intenté retomar las riendas.

—Por supuesto, además, yo también salgo esta noche hacia París —me dijo.

—Hábleme de la exposición —le pedí.

—La parte histórica del lote obedece más bien al interés del galerista por mostrar una retrospectiva, pero yo tengo un interés especial en las últimas obras, creo que serán impactantes. Se trata de siete pinturas que recogen emociones esenciales, el miedo, la ira, la venganza... muestran colores limpios, fuertes y directos, rojo sangre, amarillo fuego o negro. Sin duda, creo que culminan mi obra —dijo orgulloso.

—Habla usted como si pensara retirarse —le interrumpí extrañado.

—Señor Valcárcel, no hay que repetirse, ni crear escuela, ni estilo, ¿recuerda? Además —añadió riendo—, cuantos menos cuadros míos existan, más se cotizarán.

Visto el cariz desafiante que tomaba la conversación pensé que debía zanjar la entrevista con algunas preguntas que me había preparado Damián para completar el material necesario para el reportaje. Sebastián no hacía más que mirarme señalando su reloj, era el momento de marcharse.

—Señor Larrea, creo que con esto tenemos todo lo necesario. Debemos marcharnos ya, gracias por su tiempo.

—Espere un momento —dijo mientras se levantaba del sillón y se acercaba a la librería—, lo tengo por aquí... Creo que a usted le gusta viajar y quisiera regalarle este libro. Se trata de un libro de viajes, seguro que le gustará. Espero que nos veamos, quizá en alguna ciudad remota.

Sorprendido le agradecí el regalo. Nos acompañó a la puerta y descendí las escaleras del



porche examinando la cubierta del libro encuadernado en piel de color rojo oscuro. Su título me resultó curioso, *Los destinos del pasado*.

Abrí la puerta trasera del coche y dejé sobre los asientos mi bloc de notas, la cazadora y el libro. Cerré la puerta y me dispuse a sentarme en el asiento delantero junto al conductor. Larrea se acercó a mí, como un perfecto anfitrión despidiendo a sus invitados. Nos deseó buen viaje y se despidió de nosotros con la esperanza de que, algún día, pudiéramos intercambiar impresiones sobre el libro que me había regalado.

Debían de ser las dos de la tarde cuando salimos de la casa de Iván Larrea. Entre curvas, valles y barrancos, iba pensando en la entrevista realizada. Se trataba de un individuo extraño y enigmático. Generaba una mezcla de atracción-repulsión desconcertante. Era inteligente, culto, refinado, buen conversador, una persona interesante de conocer, pero, al mismo tiempo, un ser vanidoso y egocéntrico, rayano en lo inmoral.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté a Sebastián.

—Es imposible que te deje indiferente —contestó—, pocas veces he escuchado a alguien tan seguro de sí mismo. Si es la mitad de lo que aparenta, debe ser un auténtico genio.

—Ni idea. Mi relación con la pintura actual es nula, por eso me sigue desconcertando su insistencia en que le hiciera yo la entrevista. Me he sentido como un pelele durante toda la conversación.

—Tampoco es eso —atajó Sebastián mientras se incorporaba a la carretera nacional en sentido Alicante—. La parte que he escuchado no ha estado nada mal. Me ha parecido original, una charla entre dos amigos sobre arte o filosofía. No me negarás que has eludido los tópicos.

—¿Has tenido la sensación de estar hablando con alguien que sabe algo que tú no sabes y que juega contigo?

—Y ¿no será que venir hoy aquí te ha supuesto un trastorno y has hecho la entrevista a disgusto?

—Es muy posible —reconoció—. Por cierto, voy a llamar a Bonifacio a ver si sabe algo más.

Me di la vuelta para coger la cazadora en cuyo bolsillo interior guardaba mi teléfono móvil. Junto a ella, se encontraba el libro que me había regalado Iván Larrea. Mientras hablaba por teléfono con Bonifacio, acaricié las desgastadas tapas de piel.

La Guardia Civil había finalizado la toma de restos y había confeccionado el reportaje fotográfico del lugar. Los encargados de la investigación se habían comprometido a informar de cualquier dato relevante del que tuviesen conocimiento. Para entonces, circunvalábamos Alicante buscando conectar con la autovía a Madrid. Llamé a Laura y le conté lo sucedido. Estaba aterrada, en todo el día no había salido de casa. Acordé con ella que nada más llegar a Madrid la recogería y me acompañaría al periódico.

Intenté recomponer la información y seguí sin encontrarle sentido. No me explicaba por qué un individuo era capaz de asesinar fríamente a varias personas por un juego sin trascendencia.

Ignorábamos si el motivo había sido la venganza —lo que no casaba con la muerte de tres personas en Ámsterdam, Londres y Fez— si ese comportamiento se debía a una diversión en la que utilizaba a los demás como títeres a su conveniencia o si existía alguna relación causal entre los distintos asesinatos que no era capaz de vislumbrar.

Entretanto mi mente revolvía todas las piezas, mis manos jugueteaban con el libro. El tacto de su lomo me resultaba gratificante, tenía el efecto balsámico de los libros capaces de mantenerte

absorto como si de un fetiche se tratase. Así que decidí sumergirme en él y abrí sus tapas.

El libro *Los destinos del pasado* se había escrito en 1958 por un tal James Stewart Harper y su dedicatoria parecía casi un subtítulo: *Al pasado que siempre vuelve y al futuro que nunca llega*.

«Sentado en una vieja mesa y apurando la botella de aguardiente, observo en qué me he convertido, sucio y borracho guardo más relación con el ajado mobiliario de este garito inmundado y pestilente que con aquello que fui y, sin embargo, me persigue el recuerdo de aquella noche en la que mi vida inició una caída sin freno a los abismos. De ello hace solo cinco años y parece que no hubiese conocido otra existencia. Apenas recuerdo ya mi niñez, ni mi juventud».

El timbre del teléfono me transportó junto a Sebastián que me miraba con aspecto impaciente. Respondí a la llamada.

—Buenas noticias —Bonifacio hablaba con la voz de la esperanza—. Parece que nuestro astuto amigo ha cometido un error, la central de datos de la tarjeta de crédito con la que se pagó el disco que Dorian encargó por Internet nos acaba de facilitar sus datos personales: Humberto Zarzalejos González, vive en San Sebastián de los Reyes, justo enfrente de un cibercafé desde donde hizo el pedido. Nos dirigimos hacia su casa. El domicilio del titular de la tarjeta coincide con el domicilio a donde se debía remitir el disco, intentamos contactar con el vendedor para que nos confirme si se ha entregado. El encargo es de apenas una semana. Creo que ya lo tenemos.

—Parece que la pesadilla llega a su fin —respondí—. En un par de horas llegaremos a Madrid. En cuanto sepáis algo más, llamadme.

Le conté a Sebastián lo que Bonifacio y Herreros habían averiguado y a continuación llamé a Laura para tranquilizarla. Por lo rápido que descolgó el auricular debería estar esperando la llamada, su voz transmitía ansiedad.

—Necesito saber de una vez por todas por qué ha pasado todo esto Juan. Necesito comprender por qué mi padre y toda esta gente han muerto.

—Estamos cerca del final, pero no esperes demasiado. La explicación puede ser la más absurda.

Laura parecía más serena cuando colgó. No podía ni imaginar lo que estaría pasando por su cabeza. Había perdido a su padre por un estúpido juego y sería muy duro asimilar una conclusión como esa.

Con menos de doscientos kilómetros para llegar a Madrid, retome la lectura de *Los destinos del pasado*. El protagonista, al que había dejado sentado en una sucia mesa de un viejo cuchitril junto al puerto de Marsella, vivía sumergido en una profunda depresión debido a sus problemas con el alcohol y a un pasado tortuoso.

Marcelius, nombre del protagonista, había rozado el cielo del éxito a los treinta años. Nada le faltaba en su vida, arquitecto prestigioso y enamorado de una rica heredera hija de un adinerado fabricante de coches británico. Todo lo perdió en una fría noche de invierno cuando, fruto de una discusión insulsa, tuvo una reyerta con un desconocido en un bar de Hamburgo. Poco después, en un oscuro callejón, el destino le jugó una mala pasada y acabó apuñalándolo hasta su muerte. El pánico se apoderó de él y huyó.

Al día siguiente, tras averiguar por la prensa que el desconocido era un respetado comisario de policía, decidió huir del país y abandonar todo aquello que había conseguido. Desde ese momento, según contaba, había vivido con documentación falsa, enrolado en varios mercantes de ciudad en ciudad, iniciando un camino hacia ninguna parte que le había llevado a aquella vieja

taberna de Marsella desde donde, hundido en el alcohol, reflexionaba sobre sus miserias. Pese a todo, mantenía vivo un oasis personal anclado en su pasado.

El móvil me reclamó de nuevo. La voz de Bonifacio Céspedes sonó grave esta vez.

—Te llamo desde la casa de Dorian —dijo recalcando especialmente el nombre—. Hemos tenido que echar la puerta abajo y el olor a muerto casi nos tumba. Hay un cadáver en la bañera, varón, de unos cincuenta años, se trata de Humberto Zarzalejos. Tiene el cuello seccionado de oreja a oreja.

Guardé silencio.

—Debe de llevar muerto una semana. Ese Dorian es un auténtico hijo de la gran puta — Céspedes perdía su aplomo por momentos—. Está jugando con nosotros. Creíamos que había cometido un error, pero después de esto... El muy cabrón lo tiene todo calculado.

—¿Y ahora? —pregunté desconcertado.

—Vamos a cruzar al cibercafé, desde donde envió el pedido del disco. No creo que puedan recordar nada de quién hizo el encargo, pero espero que podamos localizar el ordenador desde donde se remitió. Intentaremos extraer la información del día en el que compró el disco, posibles huellas dactilares... Pero no creo que encontremos nada concluyente... Juan, te aseguro que ese bastardo no se escapa —sentenció Bonifacio a modo de despedida.

Sebastián acabó tan desconcertado como yo cuando le resumí la conversación con Bonifacio. Opinaba que íbamos a remolque de Dorian, quien quiera que fuese, y eso nos limitaba las opciones y las ideas.

Era posible que tuviera razón. Pero a esas alturas de la historia, no se me ocurría dónde podía buscar una relación entre Dorian y sus víctimas.

Acabábamos de rebasar el desvío a Arganda cuando me llamó de nuevo Bonifacio.

—Hemos entrado en el ordenador que utilizó Dorian —la voz de Céspedes denotaba ahora preocupación—. Entre las páginas visitadas justo antes y después del envío del correo han aparecido un par con información sobre vuelos internacionales, otra donde aparece el sitio [www.justasyretos.com](http://www.justasyretos.com) y otra sobre literatura contemporánea. ¿Eres tú el mismo Juan Valcárcel que escribió *El paraíso de las ratas*?

—¿Qué? —Lo había oído perfectamente, pero me quedé atónito.

—Sería demasiada casualidad que no lo fueras. Creemos que Dorian ha estado averiguando información sobre ti —añadió Bonifacio—. Según nos ha informado el encargado del cibercafé la mayoría de los usuarios suelen borrar sus historiales para que nadie sepa que páginas han visitado, incluso los ordenadores del local están configurados para guardar por defecto solo las páginas visitadas durante el día. Eso significa que ese cabrón modificó la configuración para que se conservaran las páginas que visitó. Quiso dejar el rastro. Quizá solo pretenda seguir jugando, pero conoce tu intervención en esta historia o tu relación con Álex Tena —reflexionó Bonifacio—. Vamos a comprobar los vuelos internacionales de Barajas por si encontráramos alguna pista.

A cada llamada mi desconcierto aumentaba en progresión geométrica. Parecía que Sebastián había dado en el clavo. Algo estábamos pasando por alto. Opté por dejar *Los destinos del pasado* en el suelo del coche y concentrarme en la información que hasta ahora teníamos. En menos de una hora estaríamos en Madrid y no sabía muy bien cómo explicarle a Laura aquel enredo.

Álex Tena sospechaba que la muerte de Alonso podía no haber sido accidental y se empeñó en que el director de mi periódico me encargase un insulso artículo sobre Escámez. Un artículo que

escondía la posibilidad de descubrir información comprometida para mi amigo. Álex sabía que haría lo posible para no perjudicarlo, pero también sabía que si encontraba un hilo, tiraría de él.

Por eso tenía claro que el interés del tal Dorian por mí se debía exclusivamente a mi relación con Álex Tena y con el artículo que había escrito sobre Alonso Escámez. Jamás había tenido relación alguna con los otros miembros del grupo. Por otra parte, tenía la sensación de que los últimos descubrimientos de la policía seguían un guion perfectamente diseñado. Su único punto débil sería su afán de notoriedad.

Continué repasando toda la información descubierta a partir de ahí, tratando de encontrar una relación de las tres muertes en Ámsterdam, Londres y Fez con los amigos de Álex Tena. No encontré ninguna más que la intuida por Pedro Hinojosa. Nos encontrábamos con un juego macabro ejecutado por un enfermo. La falta de lógica dificultaba el descubrimiento de la personalidad de Dorian y solo permitía acabar en un callejón sin salida.

Atascado, necesitaba sosegarme así que volví a *Los destinos del pasado*. Había algo en aquel libro que me intrigaba y, antes de retomar la lectura donde la dejé, eché un vistazo a los distintos capítulos del libro.

Marcelius recordaba con verdadera devoción su juventud, marcada por los viajes que la familia se veía obligado a hacer, debido al trabajo de su padre para el gobierno británico.

—¡¡¡Hijo de puta!!! ¡¡Maldito hijo de puta!! ¡No puede ser una casualidad!

—¿Qué ocurre? —preguntó sobresaltado Sebastián.

—¡Es un juego, un puto juego! ¡Nos está tomando el pelo! —Me sentí humillado.

—Pero ¿qué dices? ¿Quién nos está tomando el pelo?

—¿Sabes a que ciudades se refiere el protagonista del libro que me regaló Iván Larrea? —pregunté sin esperar respuesta—. Ámsterdam, Fez y Londres... No puede ser una casualidad.

—Tú estás loco, Juan. Estás obsesionado —aseguró Sebastián—. Qué sentido tiene que un pintor famoso se meta en esta historia de locos.

—Piensa, Sebastián, piensa. Iván Larrea insistió para que le hiciera personalmente la entrevista. Te conté cómo describía Pedro Hinojosa a Dorian: culto, inteligente, atractivo, pero también frío y obsesivo... Tiene que ser él —todo encajaba, no le di tiempo a replicar—. ¿Recuerdas cómo me preguntó por la dedicatoria de mi libro? Es un cínico. Y cuando le pregunté por el motivo de su insistencia en que yo le hiciese la entrevista, ¿recuerdas su respuesta? Porque había leído mis artículos y recientemente, el que había escrito sobre Alonso Escámez —estaba convencido y me dispuse a llamar a Bonifacio.

—¿Qué haces? Espera un momento, reflexiona. ¿Por qué iba a tirar por la borda su vida? Insisto, se trata de un pintor de éxito... —Sebastián intentaba convencerme, pero apenas le dejaba hablar.

—¿Ya no te acuerdas? Parecía que se fuera a retirar, incluso se lo pregunté..., su forma de contestar... ¡Joder! ¡El muy cabrón jugaba conmigo! —Estaba furioso—. ¿Bonifacio?

Le relaté por teléfono la idea que me carcomía tan claramente como fui capaz.

—¿Estás seguro de lo que dices? —Tras un largo silencio, fue su única respuesta.

—Dorian e Iván Larrea son la misma persona. Además, cuando me despedí de él me dijo que hoy debía coger un vuelo a París. Llama a su agente y te lo confirmará —le recomendé convencido.

—Podría sospechar y ponerse en contacto con Larrea —expuso Bonifacio—. Vamos a

confirmar si sale algún vuelo a París y verificaremos el pasaje. ¿A cuánto estás de Madrid?

—Nos acercamos a la M-30, pero Laura me espera en casa...

—Acude a la comisaría del aeropuerto —no me dejó acabar—, yo enviaré un coche patrulla para que recoja a Laura.

Le indiqué a Sebastián que saliera de la autovía. A los pocos minutos, Bonifacio volvía a llamar. Él y Armando ya se encontraban en el aeropuerto. Esa misma tarde, en poco más de una hora, salía un vuelo a París e Iván Larrea Salgado había adquirido un billete por vía telefónica que debería recoger en el mostrador de la terminal.

Llegamos a la comisaría del aeropuerto casi al mismo tiempo que Laura. Herreros y Bonifacio habían desplegado un gran dispositivo policial en los alrededores, cerca del mostrador de billetes y en la puerta de embarque. Comenzaba la caza.

Caían los minutos con lentitud y la ansiedad empezó a apoderarse de nosotros. Apenas faltaban treinta minutos para la salida del vuelo e Iván ya debería haber recogido su tarjeta de embarque.

Herreros ya no podía más. Me pidió que le acompañara a la comisaría, se le había ocurrido que era muy posible que el billete a París fuera un cebo y quería comprobar si en el aeropuerto de destino, Orly, había algún vuelo en el que Iván Larrea pudiera enlazar con otro destino. Pero, sobre todo, quería comprobar otros vuelos. Solicitó información sobre la existencia de otros billetes adquiridos por Iván Larrea.

Enseguida nos confirmaron su intuición. En menos de cincuenta minutos, Iván Larrea tenía plaza en un vuelo con destino a Buenos Aires, en menos de hora y media, otro billete con destino a Londres, y también en apenas dos horas, otro con destino a Rabat. En todos había adquirido reserva, pero solo había recogido el billete a Buenos Aires.

Herreros movilizó a todos los agentes disponibles y dispuso una tela de araña en las puertas del embarque a Buenos Aires, Londres y Rabat, y mantuvo la vigilancia en la de París, aunque por lo avanzado de la hora ya era prácticamente imposible que Iván Larrea tomara ese vuelo.

En el embarque a Buenos Aires, ningún agente observó la presencia de Iván Larrea y la impaciencia volvió a todos nosotros.

—Me parece demasiado fácil —dijo Laura—. Aunque haya adquirido varios billetes, tarde o temprano deberá tomar un vuelo hacia alguna parte y, cuando aterrice, podrá ser detenido.

—Es posible. Quizá... —Comencé a hablar, pero Laura me interrumpió.

—Deberíamos mirar por otro nombre, como Dorian —me adivinó el pensamiento.

Apenas Herreros escuchó el nombre, se comunicó con la central de reservas para comprobar si alguien llamado Dorian había adquirido un billete y, si era así, con qué destino.

Se quedó pálido, en el vuelo anterior al que Iván Larrea había efectuado su reserva con destino a París, un individuo llamado Dorian Gris tenía billete. Quedó esperando la confirmación del embarque.

La frustración de Herreros y Bonifacio era evidente, Dorian seguía jugando con nosotros.

En pocos minutos quedó patente quién dominaba la situación. A nombre de Iván Larrea había tres reservas correspondientes a otros tantos vuelos desde Orly a Río de Janeiro, Estocolmo y La Habana; pero desde cada ciudad, se repetía el proceso con reservas a otros tantos destinos. Era imposible comprobar en cuál de ellos partiría.

La central de reservas ya conocía la información del embarque a París. El billete había sido

retirado diez minutos antes. Armando Herreros concentró la mayoría de sus hombres en Dorian Gris y les repartió fotografías de Iván Larrea Salgado.

Pedro Hinojosa se encontraba cerca de allí, en el Círculo de Bellas Artes, impartiendo una conferencia. Aprovechó que estaría localizado y en un lugar público para movilizar también a sus escoltas y les hizo acudir a las inmediaciones del aeropuerto. Necesitaba a todos los agentes de los que pudiera disponer. Nos hallábamos cerca, muy cerca. Herreros no estaba dispuesto a dejarlo escapar.

En la ventanilla, la vendedora que entregó el billete de Dorian estaba casi convencida de que había sido Iván Larrea. Herreros concentró todos los efectivos en la puerta de embarque del vuelo a París. La azafata nos confirmó que la tarjeta de Dorian Gris le había sido entregada casi al finalizar el embarque. En ese momento, los pasajeros deberían estar subiendo al avión. Herreros ordenó que avisara al piloto para que alargase la operación de acomodo. Quería acordonar la aeronave.

En dos minutos, el avión había sido discretamente rodeado por agentes camuflados de personal de pista. Armando Herreros había pedido la máxima cautela para preservar la seguridad de los pasajeros. El inspector obtuvo autorización para que yo subiera con él al avión, era el único presente que conocía el aspecto actual de Dorian. Entramos en el aparato cuando los pasajeros aún estaban acomodándose. El piloto nos aconsejó que esperásemos a que todos hubiesen tomado asiento para detener a Dorian.

Herreros dispuso varios agentes de paisano en las puertas y junto a las salidas de emergencia. Esperaríamos hasta que todos estuviesen sentados. Los minutos se hicieron eternos. Nunca pensé que se pudiese tardar tanto en guardar el equipaje de mano en los cofres de los pasajeros. Desde nuestra posición no distinguíamos si el asiento de Dorian estaba ocupado.

Cuando la azafata nos indicó, fuimos recorriendo el avión desde la puerta delantera hasta la cola. Observamos a los pasajeros uno a uno. Nos acercábamos al asiento 37 A y no había rastro de Dorian. La inquietud del principio se comenzó a tornar en disgusto. Sospechábamos que se nos estaba escurriendo entre los dedos.

El disgusto se transformó en rabia cuando comprobamos el asiento vacío. Pese a ello, los agentes procedieron a identificar a todo el pasaje y a la tripulación. Todo fue en vano. Dorian había vuelto a jugar con nosotros.

Armando aguardó al pie de la escalerilla apurando un cigarrillo hasta que bajó el último agente. No podía ocultar su frustración. Dorian había conseguido eludir los controles del aeropuerto. Según la central de reservas, en los distintos destinos a donde Iván Larrea había adquirido algún billete de avión a ese nombre o al de Dorian, también tenía reservados distintos billetes con destino a otros tantos aeropuertos, seguirle la pista se convertiría en un proceso de horas, si no de días. Por supuesto, se habían enviado las órdenes oportunas a la Interpol, pero seguía siendo sorprendente por qué se había arriesgado a ser detenido en el aeropuerto, no podía ser simplemente para burlarse de nosotros. Hasta ahora su comportamiento siempre había obedecido a un plan perfectamente urdido.

Apenas habían transcurrido dos horas desde que llegamos al aeropuerto, y Herreros y Céspedes, disgustados, se vieron forzados a reconocer su derrota. Armando mantuvo un pequeño dispositivo de guardia y ordenó a los agentes que se reincorporasen a sus respectivos servicios, especialmente a los escoltas de Pedro Hinojosa, que debían recogerlo a la salida de una

conferencia a la que asistía como ponente.

Laura y yo nos despedimos de Herreros y Céspedes después de tomar con ellos una taza de café, mientras repasábamos lo ocurrido. Se les veía cansados y desmoralizados. Al día siguiente, nos informarían de los datos recibidos de los distintos destinos, o de tránsito, donde Iván Larrea o Dorian aparecían como titulares de algún pasaje. De momento, habían llamado al agente de Iván Larrea y trataban de localizar cualquier lugar donde el pintor pudiera encontrarse oculto.

De vuelta a casa, explicaba a Laura mi entrevista con Iván Larrea Salgado. Me sentía, no tanto manipulado, sino más bien vulnerable, como si alguien hubiera descubierto mis más íntimos secretos, hubiese quitado mi coraza protectora y me hubiera dejado desnudo, expuesto a mis miserias y mis miedos.

El teléfono sonó devolviéndome a la realidad. Al otro lado, una voz me preguntaba por el libro de *Los Destinos del Pasado*.

—Espero que haya comenzado a leer el libro —era Iván Larrea—, estoy convencido de que su lectura le resultará tan gratificante como a mí. Lástima que no tengamos tiempo para comentarlo con detenimiento. Pero no pierdo la esperanza de volver a encontrarnos, quizá coincidamos en alguno de nuestros viajes.

Colgó sin darme tiempo a contestar. Estaba aturdido y al mismo tiempo aliviado. Pensé que por fin había acabado esta locura. Quizá tardara algún tiempo en entender el por qué de esta sinrazón, pero intuía que para Iván Larrea había algún tipo de complicidad entre ambos que, desde luego, yo no acertaba a entender, ni quería aceptar.

El teléfono volvió a sonar, era Céspedes. Su voz amarga me revelaba el motivo de la arriesgada aparición de Dorian en el aeropuerto. Pedro Hinojosa acaba de aparecer ahorcado en los baños del Círculo de Bellas Artes, donde el magistrado daba la conferencia.

Colgué lentamente. Permanecí en silencio mientras el coche policial nos llevaba a casa. Ahora sí había acabado el maldito juego. Al borde de la carretera fueron desfilando las hileras de edificios en construcción junto a los recuerdos de estas últimas semanas.

Han pasado varios meses y estoy sentado en mi estudio. Me he decidido a escribir todo lo que sucedió, si no, estoy convencido de que algún día pensaré que ha sido solo un sueño.

Gritos, golpes, carreras, voces, siempre voces, un niño mirando, más gritos, más golpes, su madre implora, voces, siempre voces...



JULIO SÁNCHEZ MARTÍNEZ (Valencia, 1961) es abogado de profesión, especializado en derecho penal y fundador del despacho que lleve su nombre. Ha combinado el ejercicio profesional con la docencia y la participación en charlas y conferencias. Escribe habitualmente en diferentes medios jurídicos y en su propio blog sobre cuestiones de interés legal.

Es un apasionado de la vela y en particular de las regatas de altura, lo que le ha llevado a participar en regatas oceánicas y a publicar relatos de viajes sobre sus experiencias en la navegación a vela en el Cabo de Hornos, Tierra de Fuego y los Ventisqueros Chilenos. Comparte su entusiasmo por la abogacía, la vela y la escritura con el mundo de la pintura.